

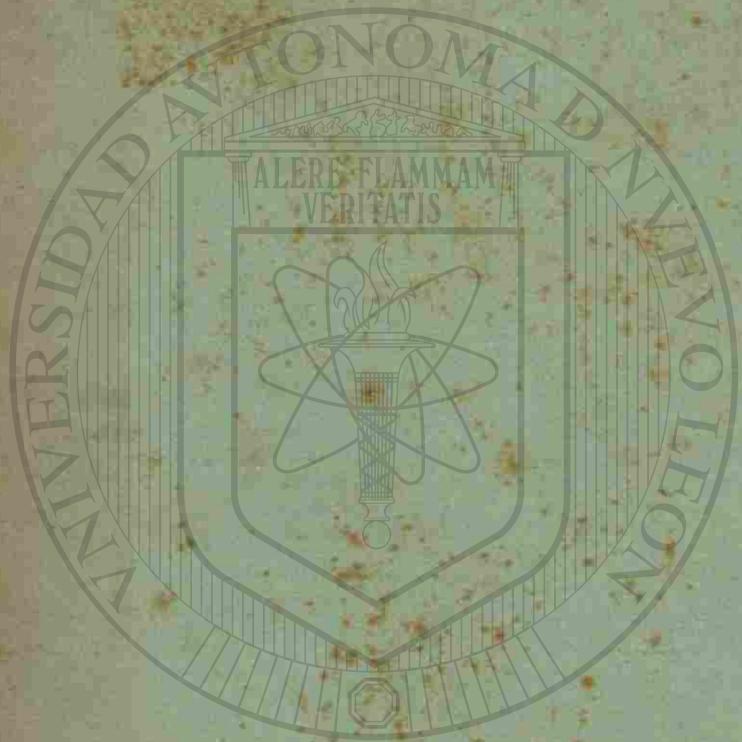
CAMPAÑA
CONTRA
EL IMPERIO

P1233
M359

1047 JV



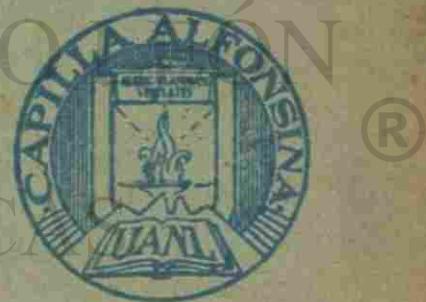
1020002730



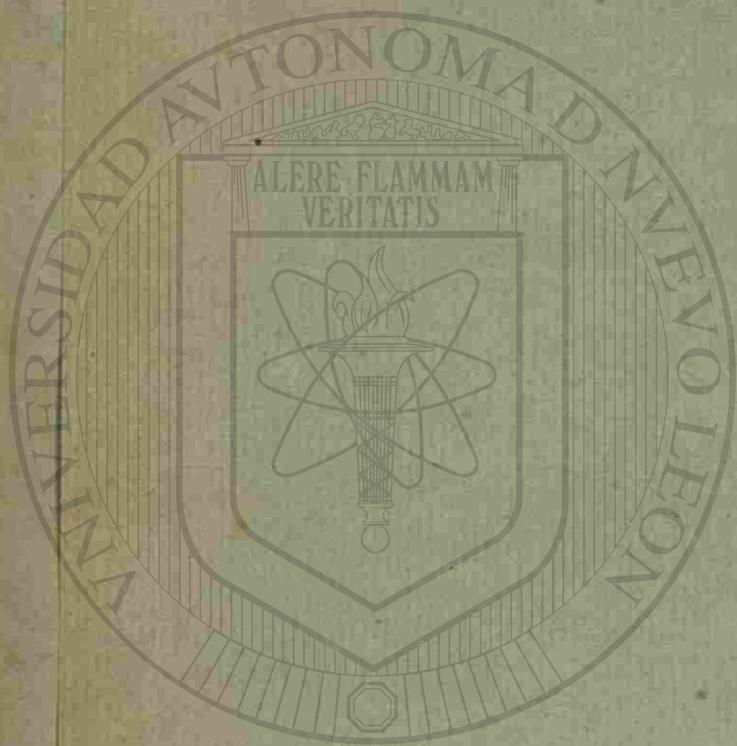
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



104536



RECUERDOS

DE LA

CAMPAÑA DE LOS REPUBLICANOS

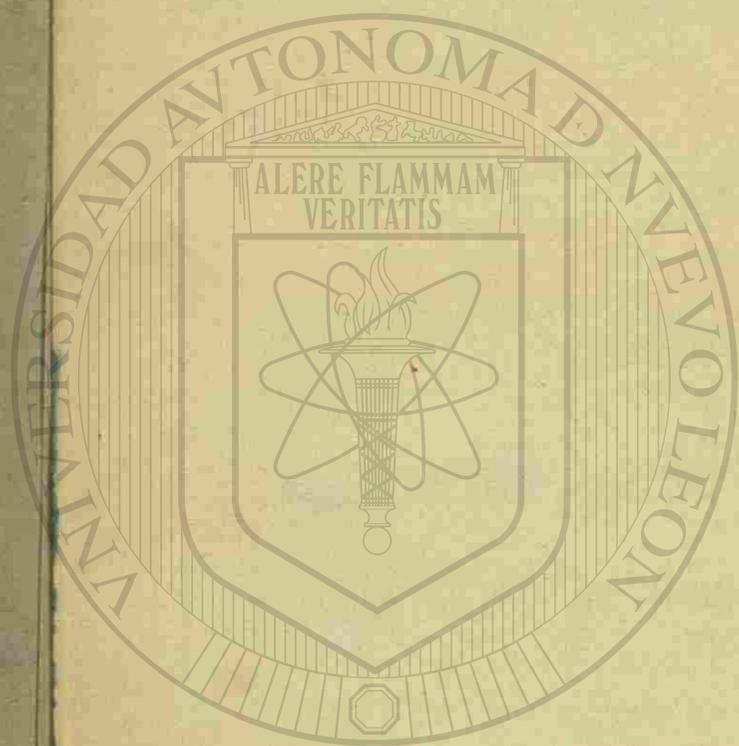
CONTRA EL IMPERIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



#1233
M359



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

INTRODUCCION.

LA idea de establecer una monarquía en México no fué nueva al presentarse la intervención extranjera. Se había ensayado después de la guerra de independencia con el efímero imperio de Iturbide, el que no habiendo podido ser duradero, se creyó que fuera por haberse formado de elementos nacionales, y que para que pudiese tener consistencia era necesario ocurrir á un extraño, á quien se ofreciera el trono, cuyo monarca lo sostuviese con bayonetas extranjeras.

Dicha idea se presentaba de tiempo en tiempo y volvía á desaparecer, tal vez porque no se venía á las manos una ocasión propicia para darle vida y realizarla.

El triunfo definitivo de los liberales y de sus principios progresistas en la guerra de reforma, exasperó á sus contrarios, y éstos, ciegos por la pasión de partido, ya no encontraron otro remedio á su mal, á su derrota, que solicitar la intervención extranjera para su patria.

Las múltiples causas que hayan determinado á la España, Inglaterra y Francia á enviar sus ejércitos á la República, en cumplimiento de lo estipulado en la convención de Londres de 31 de Octubre de 1861, las debe estudiar y recoger en sus páginas inmortales la Historia, y de facto lo está haciendo así el Sr. Rivera Cambas en la obra que publica, titulada: « Historia de la Intervención y el Imperio. »

Entretanto las tres naciones referidas se presentaron en nuestro suelo patrio, en són de guerra; pero procediendo con sensatez Inglaterra y España se retiraron, quedando sola la Francia, en apoyo del trono de Maximiliano, previa la conquista del país y el convenio de que pagaría los gastos de la guerra, entrando en éstos la cesión de Sonora. De manera que, se trataba de implantar un trono extranjero sostenido por bayonetas extranjeras, ó lo que es lo mismo, se trataba de la usurpación de nuestro territorio, de la pérdida de nuestra nacionalidad, independencia y libertad, pues que dejaríamos de ser ciudadanos libres de México, para pasar á ser súbditos de un monarca extranjero, sujeto á las exigencias del Emperador de los franceses. Comprendido

ésto, se levantó la Nación como un sólo hombre y luchó sin tregua cinco años, lucha igual á la de Troya, por lo que constituye una grande epopeya, digna de ser celebrada por los poetas.

La parte que cupo en suerte á Yucatán en esa guerra en que iba de por medio la existencia y honra de la República, es de la que me ocupo en las páginas siguientes.

Hablando con propiedad, mi pensamiento, al ponerme á escribir esta obra, fué el que no se perdieran los datos que sólo yo poseía para escribirla, porque nadie más tenía en sus manos el hilo de los hechos, que son su materia, en virtud de que en todos ellos tuve que ver directa ó indirectamente; de suerte que de no escribirla, conmigo hubieran desaparecido, y no quedaba modo de que se supieran.

Por eso es que cobré alientos y me puse á escribir, aunque sin tener las dotes necesarias, siquiera fuese para acumular datos, publicando los hechos que otra pluma mejor cortada que la mía se encargará de ilustrar. Sin mi resolución la Historia hubiera padecido quizás una grave omisión sin medios de reponerla, porque todo lo que hice ó consulté que se hiciera, no era posible que se supiese, si no lo decía ó escribía.

También me impulsó á escribir la consideración de que ya se hace necesario, indispensable, que se vaya publicando algo de lo ejecutado en la campaña contra el

Imperio, en los Estados de Oriente de la República, porque hasta hoy nada de lo que en ellos pasó ha visto la luz pública. En particular, de lo que sucedió en la Península, puede decirse que nadie conoce cosa alguna; pero ni los hijos mismos de nuestro suelo, porque los hilos y móviles de aquella campaña, se urdieron y jugaron en el misterio y en el silencio, y porque ya es otra la generación que vive. Además, es importante que se conozcan bien los hechos consumados por los hijos de esta entidad federativa, aislados del resto de la República, porque no podíamos tener ningún contacto ni comunicación con nuestros hermanos de los otros Estados. Sin embargo, se hizo lo que se pudo, y no fué poco; y se hizo porque estamos acostumbrados á obrar sólo los peninsulares, sin aguardar auxilios de fuera, como sucedió en 1840, en 1848, y ahora podemos agregar en 1867. Por eso nos duele que concluidas las épocas de grandes crisis, en que nos vemos abandonados á nuestra propia suerte y sabemos elevarnos á la altura de ellas para dominarlas, nos importen gentes extrañas á nuestros hechos y á nuestro modo de ser, con menosprecio de nuestros hombres, y siquiera fueran superiores á éstos, porque entonces nos consolaríamos con sus méritos, su ilustración y su sabiduría, empleados en provecho de la localidad, por más que ésto fuese siempre contrario al sistema representativo popular, según cuyas doctrinas cada localidad debe estar representada por sus hombres, en ra-

zón de que éstos conocen sus necesidades y sus recursos, y el modo de llenar aquellas.

Y por el tenor de este libro se verá que no hablo por hablar, que entre nosotros existen hombres de no escaso mérito y que tampoco carecen de patriotismo, porque llegado el caso lo han sabido demostrar, aún con peligro de la vida.

Cuando se escriba la Historia de la campaña contra el Imperio en los Estados de Oriente, se encontrarán listos y ya compilados los hechos que tuvieron lugar en Yucatán; y será una grande economía de tiempo y de trabajo para el historiador.

Se sabrá que aquí se luchó con éxito y que se hicieron sacrificios por el restablecimiento de la República. Se escribió por la prensa, se conspiró y, por último, se hizo una campaña vigorosa hasta acabar con el imperio de la manera más honorífica para nuestras armas.

Durante la campaña se dieron á conocer los hombres de armas, revelando conocimientos militares nada comunes, audacia y valor. Además del General en Jefe, se destaca en aquel cuadro glorioso la figura severa é infatigable del segundo en Jefe, Coronel Leandro Domínguez, sereno en el combate y sencillo en sus costumbres, como si fuera un verdadero espartano; la actividad prodigiosa y la audacia del Coronel Matías J. Cámara; el patriotismo y desinterés del denodado Comandante de las Caballerías, José Matilde Alcocer; el valor ardien-

te del entendido Teniente Coronel Basilio Galindo; la humildad y bravura del liberal Comandante Manuel Fuentes; la arrogante figura de los jóvenes Jacinto Avila y Donaciano Sobrino, siempre alegres y dispuestos á batirse, y otros, que por no cansar dejo de enumerar. Los hombres de letras no quedaron atrás y supieron representar en la lucha á la juventud, que simpatizaba con la República, dirigiendo con mano maestra los acontecimientos de la guerra, que procuraron llevar á feliz término, como realmente lo consiguieron. Después de la guerra emprendieron la ardua tarea de establecer el nuevo gobierno sobre las ruinas del Imperio, y lo hicieron de una manera ilustrada.

Se sabrá, por fin, que en dicha campaña se registraron episodios notables que deben ser conservados cuidadosamente en la Historia, entre ellos, los relativos al sitio de Mérida, famoso por haber durado 55 días.

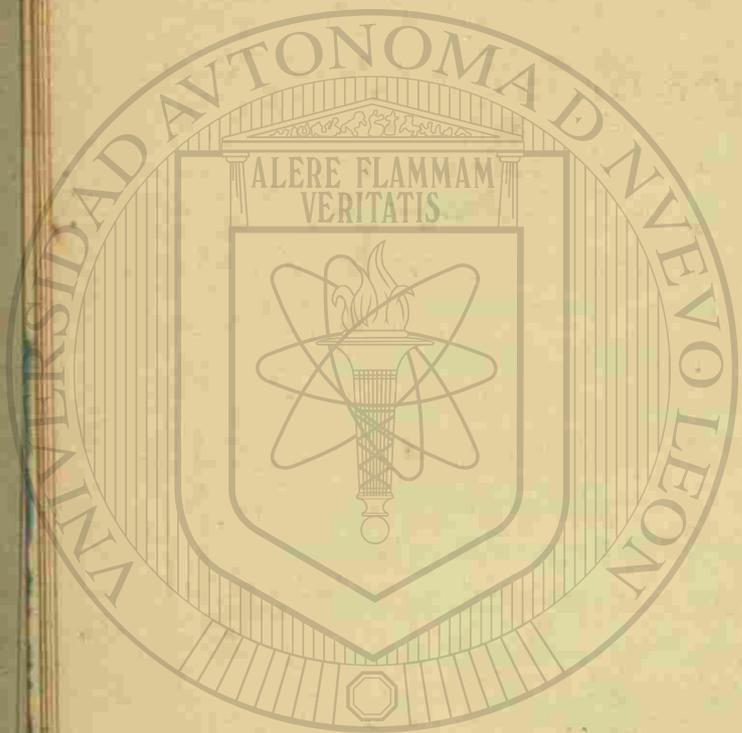
Por lo expuesto, creo haber prestado un servicio público con mi trabajo, y concluyo este prefacio con las palabras con que termina la introducción de la obra de Mr. Eduardo Braconnier, sobre la Geografía aplicada á la Historia: «Benigno lector, tú recibirás este mi insignificante trabajo, y suplirás, si gustas, las faltas que en él se puedan encontrar: y aceptándolo de tan buena voluntad como yo te lo ofrezco, me darás aliento en lo venidero para no ser mezquino en todo aquello que el tiempo y la ocasión me suministren de más exquisito,

prestando de esta suerte mis servicios á la Francia, según deseo.» Y yo añado, mis servicios á Yucatán, según deseo.

Mérida, Setiembre 12 de 1888.

Y. Manzanilla.





RECUERDOS

DE LA CAMPAÑA DE LOS REPUBLICANOS

CONTRA EL IMPERIO,

EN EL ESTADO DE YUCATAN.

CAPITULO I.

LA PATRIA ES OFENDIDA.

EL Gobierno mexicano, por decreto de 28 de Junio de 1824, reconoció gratuitamente como suya la deuda de los Virreyes de Nueva España de ciento diez y siete millones, cuatrocientos veinte mil, doscientos noventa y ocho pesos treinta y un centavos, con la cual empezó la existencia de la República Federal, pudiendo haber comenzado con sólo la contraída en Londres que fué de 32.000,000 de pesos, de la que prestó á Colombia 315,000 pesos, y de éstos quedó debiendo el que depositó el dinero, por quiebra, de 2.244,585 pesos. Esa fué la madre

de las continuas reclamaciones y convenciones españolas, y el pretexto de la triple alianza, y que el Sr. Gazet y Mercader, tomara á Veracruz como prenda pretoria, &c., &c. *Polémica entre el Diario Oficial y la Colonia Española, tomo 2º, páginas 100 y 101.*

Esta deuda fué reconocida por el Imperio en Setiembre de 1865 en la enorme suma de 363.369,931 pesos, con el interés anual de 17.725,997 pesos.

Hecha la conversión de dicha deuda por el Presidente Díaz en 1885, ha reconocido como deuda puramente nacional y sin coacción, intervención ni amago de ningún gobierno extranjero, la suma de 51.617,916 pesos, con el interés de 1.548,537 pesos.

Aun cuando el arreglo por intereses llegare á 20.000,000 más, el monto de la deuda exterior no llegaría en su totalidad á 75.000,000, (*) y el gravamen de 3 por ciento puede soportarlo el Erario Federal. *Colección de artículos sobre la deuda inglesa por F. Bulnes, publicados en "El Siglo XIX," páginas 11 y 12.*

El pretexto, pues, de la intervención fué la deuda; pero el pensamiento que envolvía era otro. Destruir la República y sustituirla con la Monarquía.

El día 17 de Julio de 1861, el Gobierno nacional, obligado por una imperiosa necesidad, expidió una ley suspendiendo los pagos de la deuda por dos años, y entonces se formalizó la Convención de Londres de 31 de Octubre del mismo año.

He aquí su texto:

(*) Antes del empréstito de 10.500,000 libras, el cual se debe aplicar á cubrir parte de esta deuda.

« S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, S. M. la Reina de España y S. M. el Emperador de los Franceses, viéndose obligados, por la conducta arbitraria y vejatoria de las autoridades de la República de México, á exigir de dichas autoridades una protección más eficaz para las personas y bienes de sus súbditos, así como la ejecución de las obligaciones contratadas con ellas por la República de México, han convenido concluir una Convención con el objeto de combinar su acción común, y, á este efecto, han nombrado por plenipotenciarios suyos, á saber:

S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, al Muy Honorable Juan, Conde Rusell, Vizconde Amberley de Amberley y Ardsaya, Par del Reino Unido, consejero de S. M. B. en su consejo privado, y primer Secretario de Estado de S. M. para los negocios extranjeros.

S. M. la Reina de España, á D. Javier de Isturitz y Montero, Caballero de la Orden insigne del Toisón de Oro, Gran Cruz de la Real y distinguida orden de Carlos III y de la Orden imperial de la Legión de Honor de Francia, Caballero de las órdenes de la Concepción de Villaviciosa y de Cristo de Portugal, Senador del Reino, antiguo Presidente del Consejo de Ministros, primer Secretario de Estado de S. M. C. y su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la corte de S. M. B.

Y S. M. el Emperador de los franceses, á S. E. el Conde de Flahault de la Billarderie, Senador, Gran Cruz de la Legión de Honor, embajador extraordinario de S. M. I. en la corte de S. M. B.

Los cuales después de haber comunicado mutuamente sus plenos poderes respectivos, que han sido hallados en buena y debida forma, han fijado de común acuerdo los artículos siguientes:

Art. I. S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, S. M. la Reina de España, y S. M. el Emperador de los franceses se obligan á tomar, así que se haya firmado la presente Convención, las disposiciones necesarias para enviar á México, fuerzas de tierra y de mar, combinadas, cuyo efectivo será determinado por un cambio de comunicaciones ulteriores entre sus gobiernos, pero cuyo total será suficiente para poder ocupar y apoderarse de las diferentes fortalezas y posiciones del litoral mexicano.

Los Comandantes de las fuerzas aliadas estarán, además, autorizados á emprender y proseguir todas las operaciones militares que juzguen necesarias para asegurar el buen éxito de la expedición, en conformidad con el objeto indicado en el preámbulo de la presente Convención, y particularmente á tomar las medidas necesarias para garantir la vida, y asegurar los bienes de los súbditos aliados residentes en México.

Todas las medidas de que se trata en este artículo, serán tomadas en el nombre y por cuenta de las altas potencias contratantes, sin excepción de la nacionalidad particular de las fuerzas empleadas en su ejecución.

Art. II. Las altas potencias contratantes se obligan á no apropiarse en el ejercicio de las medidas coercitivas, previstas por la presente Convención, *ningún territorio ni ventaja particular; y á no ejercer en los asuntos*

interiores de México ninguna influencia de naturaleza á contravenir al derecho de la Nación mexicana, de elegir y constituir libremente la forma de su gobierno.

Art. III. Una comisión compuesta de tres comisarios, uno nombrado por cada una de las potencias contratantes será establecida con pleno poder de determinar sobre todas las cuestiones que puedan originar el empleo, ó la distribución de las sumas de dinero que se recobren de México, sin perder de vista los derechos respectivos de las potencias contratantes.

Art. IV. Deseando, además, las altas potencias contratantes, que las medidas que ellas intentan adoptar no tengan un carácter exclusivo, y sabiendo que el Gobierno de los Estados Unidos tiene también reclamaciones que hacer valer contra la República Mexicana, se obligan, de común acuerdo, á enviar una copia de la presente Convención al Gobierno de los Estados Unidos, así que se haya firmado, invitándole á acceder á ella, y en previsión de esta accesión, sus Ministros respectivos en Washington serán investidos de plenos poderes á fin de concluir y firmar, colectiva ó separadamente, con los plenipotenciarios designados por el Presidente de los Estados Unidos, una Convención idéntica á la que ellos firman hoy, salvo la supresión del presente artículo.

Mas como una dilación en el cumplimiento de las estipulaciones que hacen el objeto de los artículos I y II de la presente Convención, podría comprometer al buen éxito de la expedición, las altas potencias contratantes han convenido de no dilatar, con el fin de obtener la accesión del Gobierno de los Estados Unidos, el principio

de las operaciones arriba mencionadas, más allá del momento en que podrán reunirse sus fuerzas combinadas en las cercanías de Veracruz.

Art. V. La presente Convención será ratificada, y las ratificaciones serán canjeadas en Londres, dentro de quince días después de haber sido firmada.

En fe de lo cual los plenipotenciarios arriba nombrados la han firmado y han puesto en ella el sello de sus armas.

Hecha triple en Londres, el 31 de Octubre del año de gracia de 1861.—Firmado.—RUSELL.—JAVIER DE ITZURITZ.—FLAHAULT.—*Documentos oficiales recogidos en la Secretaría privada de Maximiliano, obra escrita por E. Lefreve, tomo 1º página 80.*

Llegan á Veracruz los Ejércitos aliados con el fin de hacer efectiva la Convención de Londres, padrón de iniquidad en que tres grandes naciones se reparten los despojos de México, tal como fué repartida la Polonia, dándole en seguida á su placer el gobierno que quisieran, todo por el crimen de haber suspendido el pago de sus deudas por dos años, obligada por la necesidad en que la había puesto la guerra de tres años, y cuando es cosa corriente en derecho internacional esa suspensión de pagos.

Semejante proceder hirió el sentimiento nacional, y ya veremos lo que ha de resultar de esa ofensa á la Patria.

CAPITULO II.

PRELIMINARES DE LA SOLEDAD.

LOS comisarios de la triple alianza se encontraron con un gobierno nacional establecido, con quien tuvieron que tratar, tomando la dirección diplomática, por parte del Gobierno, el Lic. D. Manuel Doblado. Este señor afrontó la situación de tratar con los representantes de las naciones aliadas contra México, hasta haber alcanzado derrotarlos en la vía del derecho, en los preliminares de los tratados de la Soledad.

Hélos aquí: « Preliminares en que han convenido el Sr. Conde de Reus y el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana.

1º Supuesto que el Gobierno constitucional que actualmente rige en la República Mexicana, ha manifestado á los comisarios de las potencias aliadas que no necesita del auxilio que tan benévolamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza y de opinión para conservarse contra cualquiera revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.

2º Al efecto, y protestando como protestan, los representantes de las potencias aliadas, que nada intentan contra la independencia, soberanía é integridad del territorio de la República, se abrirán las negociaciones

en Orizaba, á cuya ciudad concurrirán los Sres. comisarios, y dos de los Sres. Ministros del Gobierno de la República, salvo el caso en que, de común acuerdo, se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.

3º Durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con sus radios naturales.

4º Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompieren las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparán las poblaciones antedichas y volverán á colocarse en la línea que está adelante de dichas fortificaciones en rumbo á Veracruz, designándose como puntos extremos principales el de Paso Ancho, en el camino de Córdoba, y Paso de Ovejas en el de Jalapa.

5º Si llegase el caso desgraciado de romperse las negociaciones y retirarse las tropas aliadas á la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuvieren los aliados quedarán bajo la salvaguardia de la Nación Mexicana.

6º El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el art. 2º, se enarbolará el pabellón mexicano en la ciudad de Veracruz y en el Castillo de San Juan de Ulúa.

La Soledad, 19 de Febrero de 1862.

Aprobado.—Firmado, EL CONDE DE REUS.—MANUEL DOBLADO.—CH. LENNOX WYKE.—HUGH. DUNLOP.

—Aprobados los preliminares.—Firmado.—A. DE SALIGNY.—E. JURIEN.—Apruebo estos preliminares en uso de las amplias facultades de que me hallo investido.—BENITO JUAREZ.—*E. Lefevre, tomo I, página 179.*

Dichos preliminares fueron fielmente obedecidos por los comisarios inglés y español; pero no así por el francés, quien después de haberlos aprobado y firmado, los rompió sin razón ninguna y en virtud de la fuerza, obedeciendo la consigna de la política falaz de Napoleón III.

Rotos los preliminares de la Soledad, los comisarios inglés y español reembarcaron sus fuerzas en Veracruz y se quedó sólo el Ejército francés en el país.

Hay que notar que la convención de Londres se celebró en vista del decreto que suspendió el pago de la deuda mexicana por dos años, para asegurar los créditos de los súbditos de las naciones aliadas, y para darles las garantías que no tenían en una Nación que creían en completo desorden, en un desquiciamiento absoluto.

Tal era el pretexto; mas en el fondo el objeto fué destruir la República y establecer la Monarquía, queriendo equilibrar con ella la preponderancia de la República de los Estados Unidos en el continente americano. Debía ser la página más gloriosa del reinado de Napoleón III, según él dijo.

Pero arriban los comisarios al suelo de México y se encuentran con su gobierno legalmente establecido; y por consiguiente, nacional, fuerte é ilustrado, el que tuvieron que reconocer y entrar en la vía diplomática para verificar sus reclamaciones, como lo expresaron en los

preliminares de la Soledad, en lo que tomó decidido empeño el comisario español Sr. General Prim.

Desde aquí ya los comisarios europeos no tenían necesidad de ninguna fuerza, porque debían seguir en sus reclamaciones los dictados del Derecho Internacional; pero como el objeto era acabar con la República, los franceses no tuvieron inconveniente en burlar la fe de los tratados, romperlos con sus bayonetas, é iniciar en el Nuevo Mundo una guerra púnica.

Los modernos cartagineses nos querían conquistar, y aunque no tenemos Alpes como la Italia de los Romanos que pudieran pasar, sí existen las cumbres de Acultzingo, donde debían ser detenidos en su sed de conquista. El aníbal francés no había de ser como el de Cartago, que cruzó los Alpes con sus elefantes, é hizo avanzar sus águilas hasta las puertas de Roma, que las vió llena de asombro y de miedo, sino que fué detenido en las cumbres de Acultzingo, á los pies de la ciudad de Puebla.

Así empezó la funesta guerra que nos trajo injustamente la intervención francesa, y que si nos costó cruentos sacrificios y muertes, nuestras armas se cubrieron de gloria y las francesas de ignominia.

CAPITULO III.

EL 5 DE MAYO DE 1862.

CON motivo de la ruptura de los tratados de la Soledad, el sentimiento nacional fué herido y protestó contra este procedimiento inicuo. Desde luego la República se puso en condiciones de prepararse para la lu-

cha, pues aunque estaban agotados sus recursos pecuniarios, el ejército escaso, indisciplinado y pobre, se había despertado el patriotismo, y ésto era bastante para desafiar con éxito el poder del gobierno de las Tullerías. Cada Estado de la Federación abrió sus cuarteles, llamó á las armas á sus hijos, quienes respondieron colocándose bajo las banderas de los nuevos batallones. La Prensa, con fecundidad prodigiosa, multiplicó sus producciones y dió á luz entusiastas elucubraciones de la juventud que ardía en deseos de luchar. Los folletos, los periódicos y los sueltos se publicaban sin cesar, y campeaban en sus columnas el patriotismo y el ardor bélico. La Poesía, esa hija predilecta del cielo, hizo escuchar sus más elevadas estrofas, y su voz resonó de uno á otro de los ámbitos de la Nación.

Así las cosas, llegó el 5 de Mayo de 1862, célebre fecha en que las armas de la República se cubrieron de gloria, derrotando una parte de nuestro Ejército, al Ejército francés, á las puertas de la Ciudad de Puebla, y á las órdenes del modesto é invicto General Ignacio Zaragoza.

El parte de dicha jornada es sencillo y elocuente. Lo voy á consignar en este lugar para que las generaciones venideras sepan apreciar por él los sacrificios de sus padres y el mérito de aquella victoria.

*«Ejército de Oriente.—General en Jefe.—*Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las cumbres de Acultzingo, llegué á esta Ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte á U. El enemigo me seguía á distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquel la segunda bri-

gada de caballería, compuesta de poco más de trescientos hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto di mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar las fortificaciones de la plaza, que hasta entonces estaban descuidadas.

Al amanecer del día cuatro, ordené al distinguido General D. Miguel Negrete, que con la segunda división de su mando, compuesta de mil doscientos hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día cuatro, hice formar de las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas: la primera de mil ochenta y dos hombres, la segunda de mil y la última de mil veinte, toda infantería, y además una columna de caballería con quinientos cincuenta caballos, que mandaba el C. General Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José, hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

A las cinco de la mañana del memorable día cinco de Mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que había yo determinado, y verá U. marcado en el croquis adjunto; ordené al C. Comandante General de Artillería, coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del C. Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia.

A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de cuatro mil hombres con dos baterías, y otra pequeña de mil, amagando nuestro frente. Este ataque, que no había previsto, aunque conocía la audacia del Ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras, y formar el de defensa, mandando en consecuencia que la brigada Berriozábal, á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo de carabineros á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquellos, para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al Batallón Reforma, de la brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros que á cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores, de la misma brigada, le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente que evitó la subida á una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas efectuaron los franceses, y en las tres fueron rechazados, con valor y dignidad: la caballería situada á la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

El C. Gral. Díaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid, con dos piezas de batalla, y el resto de la de Alvarez, contuvo y rechazó á la columna

enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones: ella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya organizados de nuevo, se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlas, porque derrotados como estaban tenían más fuerza numérica que la mía: mandé, por tanto, hacer alto al C. General Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posición amenazante.

Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después las nuestras á su línea.

La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquel, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos, y ocho ó diez prisioneros.

Por demás me parece recomendar á U., el comportamiento de mis valientes compañeros: el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío y por sí sólo los recomienda.

El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su General en Jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

Las armas nacionales, C. Ministro, se han cubierto de gloria, y por ella felicito al Primer Magistrado de la

República por el digno conducto de U., en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un sólo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

Indicaré á U., por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar á las brigadas O'Horan y Carbajal, á batir á los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día cinco de este mes, adjunto el expediente respectivo, en que constan los pormenores y detalles dados por los Jefes que á ella concurrieron.

Libertad y Reforma. Cuartel general en Puebla, á 9 de Mayo de 1862.—*Y. Zaragoza*.—C. Ministro de la Guerra.—México.

Los comisarios europeos de las potencias aliadas contra México, fueron derrotados en la vía diplomática por D. Manuel Doblado, aceptando en los preliminares de la Soledad que nuestro gobierno tenía los elementos de fuerza y de opinión para conservarse. Después, el ejército francés es rechazado y derrotado en Puebla el 5 de Mayo; y cuando en su sed de conquista creyó que nada se le opondría y que todo lo había de arrollar, recibe un desengaño terrible y sufre un descalabro.

Así empezó la página más brillante del reinado de Napoleón III. Los hechos posteriores de la Intervención

francesa, este atentado internacional, llamaron la atención al mundo por la serenidad y constancia de nuestro gobierno, por el patriotismo y las acciones heroicas de nuestro Pueblo, y sobre todo, por la ruidosa conclusión de la guerra en Querétaro y el cerro de las Campanas.

En el parte del General Zaragoza, se advierte el tino con que dice que el General en Jefe del Ejército francés estuvo torpe en el ataque, lo que revelaba desde luego que el Ejército de Napoleón III no contaba con los generales de Napoleón I, aquellos de mirada de águila, y esto se puso en evidencia en la guerra con los Prusianos. Todos vieron lo que había visto años antes el General Mexicano en el campo de batalla.

CAPITULO IV.

HASTA LA RENDICIÓN DE PUEBLA.

LA victoria del 5 de Mayo, contuvo al Ejército invasor, sin comprometer otra acción por todo un año. El gobierno francés se vió obligado á enviar un grande ejército para hacer á Puebla todos los honores de una plaza fuerte, emprendiendo contra ella un sitio con todas las reglas militares.

Nuestro ejército se fortificó en esta plaza, habiéndose pasado á sus filas muchos de los que militaban en el partido reaccionario, deponiendo en aras de la patria sus afeciones de partido, y alistándose á luchar contra el invasor extranjero.

Hubo tiempo de celebrar el primer aniversario del 5 de Mayo, sin que los franceses hubiesen tomado Puebla.

En este Estado, dicho aniversario fué celebrado dignamente no obstante las dificultades en que la guerra tenía colocado al Gobierno de entónces, contra quien se pronunciaron los conservadores y se pusieron en armas con tal obstinación, que hasta solicitaron el auxilio de la intervención extranjera para triunfar, y después reconocieron el imperio.

En celebridad del aniversario del 5 de Mayo pronunciaron elocuentes discursos el Sr. Lic. Joaquín Patrón, el Sr. Serapio Baqueiro, el Sr. Pantaleón Barrera y el Sr. Genaro González. (*) También el que suscribe estas líneas pronunció un discurso, que voy á copiar en seguida, como muestra débil de lo que entonces se dijo, en la tribuna. Asimismo, leyeron valientes poesías el Sr. Coronel Luis Gutiérrez, Sr. José Peón Contreras y la inspirada poetiza Srita. Gertrudis Tenorio Zavala.

Este es el discurso:

“MEXICANOS:—Hoy hace un año que las bayonetas mexicanas escribieron con sangre francesa la primera página de los hechos inmortales de la Nación: que el hermoso pabellón con que nos cubre, quedó velado con la aureola de la gloria en el campo del honor: que el águila de la libertad demostró al mundo una vez más, la fuerza de su irresistible poder. Hoy hace un año que los veteranos de Napoleón III, los descendientes de los que

(*) Después todos estos Sres. sirvieron al Imperio.

francesa, este atentado internacional, llamaron la atención al mundo por la serenidad y constancia de nuestro gobierno, por el patriotismo y las acciones heroicas de nuestro Pueblo, y sobre todo, por la ruidosa conclusión de la guerra en Querétaro y el cerro de las Campanas.

En el parte del General Zaragoza, se advierte el tino con que dice que el General en Jefe del Ejército francés estuvo torpe en el ataque, lo que revelaba desde luego que el Ejército de Napoleón III no contaba con los generales de Napoleón I, aquellos de mirada de águila, y esto se puso en evidencia en la guerra con los Prusianos. Todos vieron lo que había visto años antes el General Mexicano en el campo de batalla.

CAPITULO IV.

HASTA LA RENDICIÓN DE PUEBLA.

LA victoria del 5 de Mayo, contuvo al Ejército invasor, sin comprometer otra acción por todo un año. El gobierno francés se vió obligado á enviar un grande ejército para hacer á Puebla todos los honores de una plaza fuerte, emprendiendo contra ella un sitio con todas las reglas militares.

Nuestro ejército se fortificó en esta plaza, habiéndose pasado á sus filas muchos de los que militaban en el partido reaccionario, deponiendo en aras de la patria sus afeciones de partido, y alistándose á luchar contra el invasor extranjero.

Hubo tiempo de celebrar el primer aniversario del 5 de Mayo, sin que los franceses hubiesen tomado Puebla.

En este Estado, dicho aniversario fué celebrado dignamente no obstante las dificultades en que la guerra tenía colocado al Gobierno de entónces, contra quien se pronunciaron los conservadores y se pusieron en armas con tal obstinación, que hasta solicitaron el auxilio de la intervención extranjera para triunfar, y después reconocieron el imperio.

En celebridad del aniversario del 5 de Mayo pronunciaron elocuentes discursos el Sr. Lic. Joaquín Patrón, el Sr. Serapio Baqueiro, el Sr. Pantaleón Barrera y el Sr. Genaro González. (*) También el que suscribe estas líneas pronunció un discurso, que voy á copiar en seguida, como muestra débil de lo que entonces se dijo, en la tribuna. Asimismo, leyeron valientes poesías el Sr. Coronel Luis Gutiérrez, Sr. José Peón Contreras y la inspirada poetiza Srita. Gertrudis Tenorio Zavala.

Este es el discurso:

“MEXICANOS:—Hoy hace un año que las bayonetas mexicanas escribieron con sangre francesa la primera página de los hechos inmortales de la Nación: que el hermoso pabellón con que nos cubre, quedó velado con la aureola de la gloria en el campo del honor: que el águila de la libertad demostró al mundo una vez más, la fuerza de su irresistible poder. Hoy hace un año que los veteranos de Napoleón III, los descendientes de los que

(*) Después todos estos Sres. sirvieron al Imperio.

hicieron temblar al mundo con el estruendo de sus triunfos, vieron opacarse el astro de su gloria ante el primer baluarte de la humilde Puebla. Hoy hace un año en fin, que el mismo Sol que nos alumbra, selló con sus ardientes rayos, en el libro inmortal de la vida del General Zaragoza, la victoria del 5 de Mayo.

¡Patria querida! yo te saludo: porque tu águila republicana se ha alzado sobre las águilas imperiales, y porque el cañón de Puebla ha tronado más que el cañón de los Inválidos de París.

El 5 de Mayo de 1862, ha brillado para las Repúblicas americanas la aurora de días gloriosos: porque la nación mexicana, la amazona acariciada por el Atlántico y el Pacífico, que Napoleón III soñara despojar de su manto de oro, conquista desde entonces con el valor de sus hijos, la corona de la libertad, cuyos lazos divinos unen á nuestro gran Continente y hacen de él una sola familia, desde la bahía de Hudson hasta el Cabo de Hornos.

Y esta defensa que los mexicanos hacen de su nacionalidad, no es favorecida por gruesas fortalezas. La misma Puebla, que ha sido llamada la Sebastopol americana, solo puede llevar ese nombre, por la circunstancia de que, de ciudad abierta y desmantelada, se ha tornado en muro formidable, con los pechos de los ciudadanos libres que la defienden.

No vengo á discutir la justicia con que México se defiende: todo el mundo se ha ocupado de esto y no hay quien ignore la verdad. Hoy es día en que la Tribuna mexicana, con su lenguaje divino, hable de sus valientes

hijos: es día que con grandes emociones renueve y aumente, si fuere posible, su inimitable heroísmo. Hoy es día que el soldado mexicano, se convierta en orador para hablar de sus glorias, pues como dice la prensa extranjera: «en México se hace la guerra y se discute al mismo tiempo.»

Mexicanos: Y ahora que las naciones todas contemplan ávidamente á la República, conocerán que de un sólo paso, que por un movimiento mágico, ha recorrido todas las épocas gloriosas que se registran en los anales de la Historia. Los Generales Mexicanos, los ciudadanos Generales, por un instinto misterioso, siguen la senda que caminaron los célebres guerreros en sus brillantes días. El General en Jefe del Ejército de Oriente, ha dicho: si los franceses toman Puebla, hallarán las cenizas de los que mueran; primero que ser vencidos, pasarán sobre ellos para ir á México, y presiento quienes han de ser esos. Y esto que ha dicho el General González Ortega, llegado el caso, lo cumplirán los mexicanos; así como los compañeros de Leonidas concurrieron todos á la cita que les hizo para el Palacio de Plutón, en la víspera de la defensa de las Termópilas.

Un poema heroico parece al Mundo lo que pasa en la Nación mexicana, porque lo que en ella se realiza sólo ha sucedido en aquellas edades de gloria. En la Historia Moderna, nada se halla parecido. Estamos en la época de Aníbal, y los mexicanos en Puebla defienden á la divina Sagunto. Los saguntinos, perdida toda esperanza, hicieron una grande hoguera y arrojaron á ella sus riquezas, y ellos mismos se precipitaron. Los que no qui-

sieron perecer con el fuego, se dieron la muerte mutuamente, para no caer en poder del implacable enemigo. Los mexicanos han volado el fuerte de San Javier, pereciendo ellos mismos, con tal que sus enemigos muriesen. Y ese juramento solemne que los defensores de Puebla han hecho, de morir antes que ser vencidos, ha de llenar de terror y de vergüenza á los franceses, el día que creyendo triunfar, solo hallen las cenizas de los mexicanos libres, paseadas por el viento.

Y esa actitud de los mexicanos, que recuerda al mundo sus días más célebres, causa admiración á las naciones extranjeras. La prensa inglesa ha dicho: que es un milagro político, ver á la nación que poco tiempo antes se hallaba moribunda, y á merced de cualquier pretendiente, volver á la vida mágicamente, levantarse compacta, poseida de una sola aspiración, la de su independencia, y oponer resistencia al colosal poder de la Francia. Para nosotros esto nada tiene de milagroso, todo es muy natural: porque si antes la Nación estaba agobiada, ó más bien, lo parecía estar, era porque la libertad no había reinado en nuestro suelo con toda plenitud; y precisamente en los momentos en que ésta acababa de cimentar su trono en toda la República, la Francia viene con la pretensión de privarla de ella. Y, ¿qué pueblo, qué nación después de ganar la libertad á costa de tantos sacrificios, no se levanta y lucha para conservarla, aunque fuera solo para que disfrute de ella el último de sus ciudadanos? Todos los esfuerzos que hace actualmente la muy heroica y desgraciada nación Polaca, los que ha hecho la esforzada Hungría, que parece una jo-

ven princesa uncida al carro del estúpido y envejecido poder del Austria, los continuos sacrificios de la Italia, cuyo hermoso cielo debe ser el templo en que habiten fraternalmente enlazadas la Libertad y la Poesía, como en otro tiempo lo fuera Grecia: todo esto, ¿no dice en alta voz, que la Libertad y la Independencia, son preferibles á la vida?

Esto es lo que México hace con la conciencia de que su causa es justa; y cuando un hombre ó un pueblo pelea por la justicia, sus hechos llegan al heroísmo y se persuade que si muere en la demanda, le han de arrebatarse para llevarle al cielo. Esta virtud se revela de un modo grandioso en el carácter español, particularmente en aquellos siglos en que la nación española marchaba al frente de las naciones europeas. Esto significa aquel grito espantoso de libertad dado en las montañas asturianas, que alarmó el poder musulmán; el desprendimiento semi-bárbaro y semi-divino del defensor de Tarifa.

Mexicanos: en nuestra cuestión de Independencia y Libertad debemos ver algo más de divino que de material. La justicia debe presentarse á nuestros ojos, poéticamente coronada por las virtudes cívicas de nuestros héroes, para que con ésto el corazón se inflame y nuestros hechos sean maravillosos. Así seguiremos el ejemplo de los franceses de la primera República que coronaron la derrota alcanzada de los invasores austriacos, haciendo escuchar al mundo cuarenta mil cañonazos.

Ya están dados los primeros pasos en el camino del honor. El 5 de Mayo los valientes mexicanos hirieron por las espaldas á los hijos de los soldados que pa-

searon sus armas triunfadoras desde los hielos de Rusia hasta el estrecho de Gibraltar.

¡ Oh santa Libertad ! ya que han llegado los tiempos en que derrumbes con tu espléndido vuelo el cetro de los tiranos, inspira á los hijos de México para que venzan al traidor más grande de tu augusto nombre.

Los mexicanos antes de emprender la guerra sabían que iban á ser vencidos por el inmenso poder del invasor; pero no temen pelear: antes bien, juran morir primero que dejarse vencer: prefieren que sus cenizas sean libres, antes que ser ellos esclavos; y el resultado de esta decisión, viene enseñando á las naciones la máxima de que, no vencen los muchos, sino los valientes.

Mexicanos: no haya pues medio; victoria ó muerte, que en cualquiera de estos dos casos, la gloria será siempre para México y el oprobio para Francia.»

Vino después la ocupación de Puebla, tomada, no por asalto, sino porque se rindió á discreción. De sus defensores unos fueron deportados á Francia, otros quedaron prisioneros en el país; pero los más se escaparon para continuar la lucha.

El Gobierno nacional evacuó México, llevando incólume el pabellón de la República, á cuyo amparo los patriotas siguieron el camino que recorrió en su gloriosa peregrinación hasta Paso del Norte el Presidente Juarez.

Los franceses ocuparon México y se verificó la farza llamada « Asamblea de notables, » la que declaró que convenia á la Nación la forma monárquica para su Gobierno, estableciéndose en consecuencia, el Imperio presidido por el desgraciado Maximiliano.

Establecido el Imperio en esta Península, se creyó por un momento que esta forma de gobierno era la más adecuada al carácter de nuestro país y que en él echaría profundas raíces. De aquí fué que un orador dijese: « se acabó, ya no hay República ! Y tantas constituciones tan magníficamente redactadas, coloquémoslas en una urna y las llaves de ésta sobre el altar de Dios. »

En efecto, el Imperio de este Estado acabó con la República, dejó de ser Estado de Yucatán, se suprimió su Constitución política, y el Comisario imperial gobernaba discrecionalmente, sin Constitución y sin más ley que su voluntad.

En la administración de justicia se avocaba causas en curso y las resolvía á su antojo. La prensa estaba amordazada. Los empleados debían ser obedientes servidores, y si querían hacer cualquiera observación, iban á la cárcel. El Ayuntamiento de esta Ciudad pretendió ser independiente, y en masa fué á la cárcel. El dinero lo derrochaba en fiestas, tertulias y banquetes, en un pozo artesiano que no dió resultado, y en una desgraciada expedición contra los indios bárbaros, dirigida desde el Palacio del Comisario imperial, que no creía en dicha guerra. Nada dejó de interés público.

Sin embargo, no ha faltado quien diga en letras de molde, que el Imperio no se sintió en esta Península, más que por sus beneficios. Se le podría contestar, que cada uno habla de la feria, según le fué en ella.

Como yo no trato de escribir la historia del Imperio, no me detengo más en sus hechos, y paso á mi asunto directamente.

CAPITULO V.

PRINCIPIA LA LUCHA CONTRA EL IMPERIO.

ENTRETANTO la guerra se sostenía en la costa de sotavento en el Estado de Veracruz, siendo el Jefe de las fuerzas que militaban por aquel rumbo el patriota General Alejandro García, se sostenía en Michoacán, en Oaxaca, en Guerrero, en Tamaulipas y en la Frontera del Norte, donde se hallaba el centro del Gobierno de la República, cuyo Gobierno hubo de llegar hasta Paso del Norte.

Aquí, en Yucatán, también la guerra no tardó en encenderse en los pueblos de la costa, por iniciativa del Coronel Buenaventura Martínez. Sus fuerzas se aumentaron con una parte de la guarnición de Mérida, que se sublevó en el camino de la villa de Hunucmá á donde iba de paso para una expedición á Tabasco. Ya con este refuerzo las guerrillas del Coronel Martínez, formaron un pequeño cuerpo regular, y de la costa se dirigió al Sur del Estado hasta llegar á la hacienda «Yaxkukul,» en la que se atrincheró y esperó ser batido por el Coronel español, imperialista, Carlos Moreno, que lo perseguía. Este no tardó en presentarse con sus fuerzas, y fué derrotado por completo por las del Coronel Martínez.

La prensa no permanecía tampoco desocupada en manos de los republicanos, sin embargo de las dificultades que había para dar á luz un periódico; pues se tenía

que pedir permiso por escrito á la autoridad, y á la primera falta recibía una amonestación, á la segunda, le imponían una multa, y á la tercera, el periódico era suprimido del estadió de la prensa. A pesar de ésto, D. Eligio Ancona, que era dueño de una imprenta, empezó á publicar un periódico satírico, en defensa de la República y contrariando el Imperio, con el título de «La Píldora.» Varias personas colaboraban en este periódico y yo entre ellas, aunque sin dar mi nombre, porque entonces dirigía un colegio, y se hubiera visto mal que escribiese en un periódico que se ocupaba de política, sobre todo, defendiendo la República, cuando las familias de casi todos los alumnos del Colegio, si no eran imperialistas, simpatizaban con el Imperio.

«La Píldora» recibió su primera amonestación, después la segunda, con la multa respectiva, y se dió la coincidencia, de que en el número en que escribí un artículo denominado, «*La Democracia en ambos Mundos,*» fué suprimida del estadió de la prensa, sin haber hecho otra cosa que procurar defender con buenas razones la causa republicana, pero sin faltar á nada. ¡Pero así se dice que el Imperio no se hizo sentir en este Estado!

Por la supresión de «La Píldora,» pedí permiso á la Prefectura política de esta Ciudad, para publicar otro periódico que se llamaría «Yucatán.» Formaron la Redacción de éste los Sres. Eligio Ancona, Gabriel Aznar, Olegario Molina y el que ésto escribe. El primer número debía ser redactado por D. Eligio Ancona y por mí, y el segundo, por los Sres. Aznar y Molina, conforme al acuerdo que tomamos. Así fué en efecto, habien-

do visto la luz pública el primer número el día 7 de Setiembre de 1866. La noche de este mismo día, cruzando la plaza de armas el Sr. Ancona, para dirigirse al Teatro, donde una compañía dramática iba á representar el conocido drama «Las riendas del Gobierno,» lo aprehendieron y llevaron á la cárcel pública, como reo de delito político.

Estando en la representación del segundo acto, de dicho drama, fui aprehendido y llevado también á la cárcel, por una escolta armada de soldados, que no me permitió ni pasar por mi casa á dar aviso. En la cárcel supe la prisión del Sr. Ancona.

Pasé la noche sin poder conciliar el sueño, porque había actividad y ruido inusitados en la cárcel, á consecuencia de que entraban y salían gentes, hablaban mucho, se abrían y cerraban puertas, durando esta actividad hasta las 5 de la mañana. Mientras tanto, nuestro compañero de Redacción, Aznar, según supimos después, dió pasos para ver si nos sacaba de la prisión, y no habiéndolo conseguido, pretendió que también fuera preso, alegando que debía seguir nuestra suerte, puesto que era nuestro co-redactor y tenía el mismo compromiso que nosotros con el público; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Al fin supo que había la resolución de sacarnos desterrados, y entonces se propuso proporcionarnos recursos pecuniarios y cartas de recomendación para diferentes puntos, porque nadie sabía á donde seríamos conducidos.

El Imperio procedía de esta manera contra nosotros, más por el despecho que le causaba el habernos mos-

trado rehacios á servirlo, que por el mal positivo que le habíamos producido con nuestros hechos. Le dolía que después de habernos halagado por cuantos medios pudo, siempre fuésemos republicanos. Nos convidó á sus fiestas y tertulias, y nunca asistimos. A mí me invitó para ser Juez de 1ª Instancia de Izamal y no acepté. Después me ofreció la misma colocación en Mérida y la rechacé. Me nombró Redactor de una Gaceta de Tribunales y di las gracias, no habiendo trabajado nada en ella.

A las seis de la mañana del día ocho de Setiembre fuimos sacados de la cárcel pública y ocupamos unos carruajes situados frente á la puerta del edificio. Los carruajes estaban custodiados por dos hileras de caballería. Ya en éstos, emprendimos viaje, conducidos desde luego, al camino del puerto de Sisal y con dirección á éste. Llegamos al Puerto á las tres de la tarde. En la edad que yo tenía, aquello me parecía un paseo triunfal, aunque por otra parte me afectaba profundamente dajar sola á mi esposa estando recién casados.

Con nosotros fueron expulsos los Sres. Lic. Cayetano Gómez y Pérez, que ha sido Ministro de Gobernación y hoy es Magistrado del Tribunal Superior del Distrito; el Dr. José Antonio Gamboa, que ha sido Administrador de la Aduana marítima de Veracruz y hoy es Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Así mismo lo fueron once personas más del interior de la República. Todos éstos habían sido confinados de México á Mérida, y de esta ciudad salían de nuevo desterrados sin saber para donde, porque á nadie se le decía, por el único crimen de ser adictos á la República.

En Sisal permanecimos pocos momentos. En seguida nos hicieron embarcar en un pailebot de guerra, pequeño, llamado «Campeche,» que literalmente quedó ocupado con los que íbamos desterrados y la tropa que nos custodiaba. El Jefe de esta tropa fué D. Miguel Cicero, acompañado del Celador del Resguardo marítimo, D. Manuel Elías Correa. El Capitán del «Campeche» se llamaba D. Antonio Gallol, quien pereció en Tekax, en el año de 1869, fusilado por haber caído prisionero de guerra de las bandas rebeldes del Coronel J. Antonio Muñoz. Paz á sus restos, de buena voluntad, porque este hombre se condujo como un caballero con nosotros durante la navegación. Si hubiera podido hacer algo en su favor cuando fué sacrificado, con gusto le hubiera librado del cadalso; pero no lo supe sino después, cuando se publicó la lista de los fusilados en el Periódico Oficial.

CAPITULO VI.

EL DESTIERRO.

INSTALADOS en el «Campeche,» surto frente á Sisal, supimos que no nos conducían á ningún país extranjero, sino á la Isla de Cozumel.

A la voz del Capitán las velas del barco empezaron á desenvolverse. Tal parecía el ave que extiende sus alas para volar. La nave comenzó á moverse, recogió sus anclas, sus velas tomaron viento, hizo rumbo y principió la navegación. El viento era brisa fuerte, de modo

que no lo llevábamos en popa, sino que el «Campeche» tenía que navegar haciendo bordadas. Pronto la vista del puerto fué disminuyendo. Sus casas se hicieron pequeñas y pegadas al cielo, sus árboles se veían como plumeros, y después todo desapareció. Volvimos la vista por otro lado y nos encontramos con el sol, que se asemejaba á un globo de fuego suspendido entre nubes. Con rapidez vertiginosa se iba sumergiendo entre las aguas del mar, materialmente así se veía, y tal como si fuera un sér viviente, creíamos que se despedía y que corrían lágrimas por sus mejillas al sumergirse por completo, dejando en pos de sí una estela de nubes de inimitables formas y colores, hasta que la noche echó su negro manto sobre la tierra.

El día concluyó, dejándonos en la inmensidad de los mares, entregada nuestra vida al amparo de un pobre y envejecido leño, el «Campeche,» mientras nuestro cerebro bogaba en otro Océano de dudas y cavilaciones, pensando, ¿por qué nos trataban de aquella manera, por solo haber defendido, en términos racionales, la República, á cuya sombra habíamos nacido? ¿Estábamos acaso en Rusia, de la cual salen á cada momento centenares de deportados á los hielos de la Siberia, que mueren en el camino maltratados por los conductores, y si no en las soledades glaciales de su destino, por el sólo delito de pensar y dejar entreveer que se piensa y que se puede hacer algo por la libertad, cuando á las aves nadie les toma cuenta por pasearse por los aires é ir y venir á donde les place, á su libre albedrío, puesto que la libertad es natural?

Así discurríamos, cuando el sueño cerró nuestros párpados y nos dormimos sobre la dura tabla de la cubierta del barco.

A la mañana siguiente vimos aparecer el sol por Oriente entre su cortejo de nubés blancas, como copos de nieve, disipando las tinieblas de la noche y empujando á las nubés con el soplo del viento suave que rizaba las olas del mar, alejándose presurosas cual si huyeran de los resplandores del astro del día. El barco se movía perezosamente á los vaivenes de la brisa matinal, y las velas poco enchidas de viento, azotaban los palos, como si fuera un ave plegando sus alas con fuerza. Las *toninas* y las *mantas* eran los seres vivientes que interrumpían la monotonía de las aguas. Por lo demás, no se presentaba á nuestra vista sino el inmenso cristal movable de las aguas del mar sin horizonte y sin fin.

El tiempo era de calmas y el barco no se podía llamar velero, por cuya razón íbamos fastidiadísimos y sin ninguna comodidad, porque llenábamos el hueco del «Campeche.» Vivíamos sobre cubierta, defendiéndonos de los rayos abrazadores del sol, bajo la toldilla que hacía poner el Capitán Gallol. De noche, dormíamos á la intemperie, sobre las tablas de la cubierta de la embarcación. La comida que nos servían no era tan mala en aquellas circunstancias.

Por manera que la navegación fué monótona, pesada y lenta, pues tardamos 19 días para ponernos de Sisal á Cozumel, en términos que hubo momentos que pensamos nos habían mandado á morirnos de fastidio, ó al furor de algún norte que no tardaría en soplar; mas

no sucedió ésto porque arribamos sanos y salvos á Cozumel.

Ningún punto de la costa tocamos, ni vimos tierra, hasta que doblamos el Cabo Catoche. Así es que, cuando divisamos á lo lejos Isla Mujeres, nos figuramos ver una blanca sirena recostada sobre el mar con su cabellera de esmalte verde. De cerca nos produjo una agradable impresión. Desde abordó es muy pintoresca con su magnífica bahía, sus espléndidos cocales y sus grandes peñascos por el lado del Norte, que la naturaleza le puso de muralla, para defenderla del furor de los vientos, que por ese lado son terribles y hacen estrellar las olas contra las rocas en tiempo de nortes, pasándolas á pesar de su elevación y haciendo un ruido tan estruendoso al estrellarse y romperse que cree uno que son cañonazos. A esas rocas les llaman *frailles*.

Creímos que al fondear el buque en el puerto nos permitirían ir ó nos llevarían á tierra; pero grande fué nuestro desengaño al saber después que dió fondo el «Campeche,» que no podíamos ir á la población. Tres días fastidiosos pasamos en el fondeadero de la isla; al tercero sopló viento favorable y nuestros guardianes se dignaron continuar el viaje, rumbo á Cozumel.

De Isla Mujeres á Cozumel el aspecto del mar cambia. Las ligeras y azuladas olas del Golfo, se convierten en gruesas, pesadas y negras en el mar de las Antillas. Parece que tienen más fuerza que las del Golfo. Aquel mar se ve como si fuera más profundo, le cubre un cielo sombrío y siembre está agitado. A lo largo de la costa se divisa una línea de arrecifes, que despiden

copos de blanca espuma, formada por la reventazón de las olas, y que llevan el nombre de *lavanderas*. Son muy peligrosas para las embarcaciones menores que pasan cerca de ellas.

Llegamos á Cozumel en altas horas de la noche, y cuando la luna, con su melancólico brillo, la hacía tomar á nuestra vista fantásticas formas. Por momentos nos parecía una magnífica floresta, rodeada de fuentes y cascadas, á cuya ilusión contribuía el brillo de las olas del mar y la bruma que rodeaba la Isla, cubriéndola como con un manto de transparente gasa. Otras veces, nos parecía una gran población con edificios de caprichosa arquitectura y elevadas torres. Por último, le veíamos la forma de un cementerio de aspecto imponente y poblado de sarcófagos y monumentos construidos al uso de los pueblos antiguos, como las pirámides de Egipto, pertenecientes á la arquitectura de los antiguos mayas, cuyos restos admiró Cortés en su primer viaje á la conquista del Nuevo Mundo.

Así vagaba nuestra imaginación; pero al dar fondo el buque, salimos de nuestros fantásticos sueños para ver la realidad. Cozumel no es más que una isla plana, sin que su terreno tenga montañas, ni sus costas grandes peñascos. Combatida por la confluencia de los dos mares, el Golfo de México y el Mar de las Antillas, se desarrollan en ella vientos fuertes y á veces huracanados, lo que no permite á su vegetación ser elevada. Sus bosques son de poca altura. En cambio la tierra es fértil aún á la orilla del mar, donde no hay arena, sino tierra negra de cultivo.

Hasta que amaneció no se dispuso el desembarque, y antes de que éste se verificase, tuve la fortuna de que se presentase á bordo el Sr. Gregorio Fernández, quien supo me hallaba entre los expulsos, y fué á buscarme, como conocido y amigo, por haberlo servido en la abogacía. Bondadosamente me ofreció y llevó á su casa, y por indicación mía también á D. Eligio Ancona.

CAPITULO VII.

EN COZUMEL.

LA isla de Cozumel puede llamarse como Irlanda: *la Esmeralda de los mares*, porque su vegetación es de un verdor constante. Su única población lleva el nombre de San Miguel y es de pocos habitantes: no pasan de 400. En su mayor parte es gente pobre del Oriente del Estado, que pasó á poblar la isla, cuando la sublevación de los indios en 1847. San Miguel está asentada en una caleta al Occidente de la Isla, y dista cuatro leguas de tierra firme. La ocupación habitual de sus habitantes es la agricultura en pequeña escala, sin embargo de lo feraz que es la tierra, porque solo siembran para su consumo. Nada pueden llevar á otra parte por falta de comunicaciones, debida á la peligrosa navegación que hay que hacer para ir á Cozumel. Cuando se vaya por vapor será entonces que tome importancia y se exploten sus terrenos y productos. De la pesca nadie se ocupa, porque el mar es muy profundo. El aspecto del pueblo

copos de blanca espuma, formada por la reventazón de las olas, y que llevan el nombre de *lavanderas*. Son muy peligrosas para las embarcaciones menores que pasan cerca de ellas.

Llegamos á Cozumel en altas horas de la noche, y cuando la luna, con su melancólico brillo, la hacía tomar á nuestra vista fantásticas formas. Por momentos nos parecía una magnífica floresta, rodeada de fuentes y cascadas, á cuya ilusión contribuía el brillo de las olas del mar y la bruma que rodeaba la Isla, cubriéndola como con un manto de transparente gasa. Otras veces, nos parecía una gran población con edificios de caprichosa arquitectura y elevadas torres. Por último, le veíamos la forma de un cementerio de aspecto imponente y poblado de sarcófagos y monumentos construidos al uso de los pueblos antiguos, como las pirámides de Egipto, pertenecientes á la arquitectura de los antiguos mayas, cuyos restos admiró Cortés en su primer viaje á la conquista del Nuevo Mundo.

Así vagaba nuestra imaginación; pero al dar fondo el buque, salimos de nuestros fantásticos sueños para ver la realidad. Cozumel no es más que una isla plana, sin que su terreno tenga montañas, ni sus costas grandes peñascos. Combatida por la confluencia de los dos mares, el Golfo de México y el Mar de las Antillas, se desarrollan en ella vientos fuertes y á veces huracanados, lo que no permite á su vegetación ser elevada. Sus bosques son de poca altura. En cambio la tierra es fértil aún á la orilla del mar, donde no hay arena, sino tierra negra de cultivo.

Hasta que amaneció no se dispuso el desembarque, y antes de que éste se verificase, tuve la fortuna de que se presentase á bordo el Sr. Gregorio Fernández, quien supo me hallaba entre los expulsos, y fué á buscarme, como conocido y amigo, por haberlo servido en la abogacía. Bondadosamente me ofreció y llevó á su casa, y por indicación mía también á D. Eligio Ancona.

CAPITULO VII.

EN COZUMEL.

LA isla de Cozumel puede llamarse como Irlanda: *la Esmeralda de los mares*, porque su vegetación es de un verdor constante. Su única población lleva el nombre de San Miguel y es de pocos habitantes: no pasan de 400. En su mayor parte es gente pobre del Oriente del Estado, que pasó á poblar la isla, cuando la sublevación de los indios en 1847. San Miguel está asentada en una caleta al Occidente de la Isla, y dista cuatro leguas de tierra firme. La ocupación habitual de sus habitantes es la agricultura en pequeña escala, sin embargo de lo feraz que es la tierra, porque solo siembran para su consumo. Nada pueden llevar á otra parte por falta de comunicaciones, debida á la peligrosa navegación que hay que hacer para ir á Cozumel. Cuando se vaya por vapor será entonces que tome importancia y se exploten sus terrenos y productos. De la pesca nadie se ocupa, porque el mar es muy profundo. El aspecto del pueblo

es pobre. Sus casas son de palmas y unas cuantas no más hay de cal y canto. Solo cuenta con dos calles regulares.

En tierra nos aguardaba el Sr. Benjamín Pasos, previamente enviado de Alcalde municipal y Comandante militar para aguardar á los que debían ser deportados y servirles de custodio.

Este señor nos recibió con cortesía y nos dijo que quedábamos en libertad dentro de la población, sin poder salir de su recinto. El estar libres en la población era una concesión forzosa, porque no existe ninguna prisión en ella, y la isla es tan poco frecuentada por las embarcaciones, que no nos podíamos fugar, tal, que en más de dos meses que permanecimos en San Miguel, solo vimos dos en su fondeadero. Así es que, el que entra allí, no puede salir á su voluntad. Se aísla del resto del mundo. Tiene murallas como la China, sin más que las suyas son de olas gigantescas que produce el mar.

D. Eligio Ancona y yo fuimos á habitar una casa contigua á la suya que nos dió el Sr. Fernández. Era la última de la población y le llamaba su *quinta*, porque estaba sembrada de árboles de provecho, en particular de cocos. Se hallaba cerca del Cementerio; y por el patio se podía ir al campo, porque no tenía cerco. Así es que, los animales silvestres, podían visitarnos á la hora que quisieran, como en efecto nos visitaban. De noche, cuando ya estábamos recogidos, oíamos cierto ruido y pisadas de manadas de animales, que nos informaron eran puercos del monte. También de noche, se

percibía de entre las palmas de la casa un ruido extraordinario de toda clase de sabandijas, que bien podía decirse que la poblaba *el infinito vivo*, como apellida Michelet al insecto. No pocas veces nos cayeron salamangas en las hamacas, y los cangrejos moros nos llevaron los zapatos. Por manera que, en la noche dormían los seres racionales y los irracionales se ponían en actividad, arrullando nuestro sueño, con el concierto de sus múltiples y estridentes ruidos, al que acompañaba el de las olas del mar que teníamos á pocas varas de distancia.

Se encontraba tan solitaria nuestra casa, que un día se quedó á bañarse D. Eligio Ancona, y estando en el baño entró por la puerta del patio un toro, de varios de D. Enrique Angulo, que se paseaban en la población, el que seguramente atraído por el ruido del agua, llegó á asecharlo á la bañera, y no fué pequeño el susto que le dió, porque era un animal muy grande y gordo, sin saber que fuera manso, como después nos informaron.

Instalados en nuestra casa de palmas, pasábamos los días de un modo igual y sin encontrar una ocupación que nos fuese propia. Los pocos libros que pudimos haber los leímos y releímos. Nuestra comida no podía ser más frugal. Casi siempre se componía de puercos del monte, gallina, caracoles y frijoles. Rara vez nos servían carne de chivo y más rara vez de vaca.

Nuestra vida se reducía á pasear por la playa, ó por otra calle en la mañana, á leer algo en la casa á medio día, y á tertuliar en la tarde con nuestros compañeros, hasta bien entrada la noche que nos retirábamos á dor-

mir. Alguna vez vimos las candeladas que los indios bárbaros encendían frente á la isla, en el punto de la costa firme llamado *Maroma*, donde toman sal, y nos acostábamos pensando en su guerra cruel. Entraba en nuestras ocupaciones, la obligación que nos impuso el Sr. Pasos, de presentarnos en su oficina todos los días.

En nuestras tertulias charlábamos de todo, juzgábamos al mundo entero. La política, las ciencias, la historia, la literatura, las artes, todo pasaba por el tamiz de nuestra conversación. Los militares hablaban de sus campañas y aventuras. A veces se entablaba discusión sobre algún punto cualquiera, y teníamos materia para la tarde y noche, sin que nunca la discusión degenerase en disputa y menos en disgusto. Era la parte más soportable de nuestra vida.

Los días, á pesar de la exuberancia de la naturaleza en la isla, que le da un aspecto encantador, los pasábamos tristes, mucho más que se aproximaba el invierno y llovía bastante.

Una tarde observamos que á puestas del sol, una gran línea de loros, procedente de tierra firme, llegó á la isla. Preguntamos lo que ésto significaba, y nos dijeron que, á la salida del sol, los loros pasan á tierra firme á buscar que comer, y á puestas del sol, vuelven á la isla á dormir, en la que ponen sus nidos, porque no hay en ella culebras, ni otros animales ponzoñosos. ¿Quién les enseñó ésto á los loros? El instinto, la naturaleza, sabia maestra de todos los seres que habitan el mundo.

Y ¿por qué será que Cozumel carece de animales

ponzoñosos? No sé la razón, ni la he encontrado en ninguna parte.

Varias tardes vi llegar los loros á la isla, y desde que los divisaba me ponía á esperarlos, pues me imaginaba que eran mensajeros que me traían alguna noticia de mi familia; pero apenas me saludaban con sus chillidos pasando sobre mi cabeza, y se iban á disfrutar de las delicias del amor en sus nidos, libres de las zozobras que les infunden sus enemigos, á los que habían dejado del otro lado del mar. ¡Con qué alegría aportaban á la isla, qué alborozo, qué ruido hacían después de su excursión de un día, cruzando cuatro leguas de mar por dos veces! A su llegada espiraba el día y guardaban silencio. Dormían para repetir lo mismo al día siguiente.

Algunas veces se presentaba la nostalgia entre nosotros, acometiendo particularmente á las personas que ya no eran jóvenes. Una mañana que llovía mucho y que nadie podía salir de su casa, ni á lo más preciso, D. Cayetano Gómez y Pérez se vió obligado á ir fuera; pero á pocos pasos no pudo sostener el equilibrio de su cuerpo, dió en tierra, volviéndose mojado y lleno de lodo, cuyo incidente le consternó, haciéndole derramar lágrimas y afectando á sus compañeros de profunda pena. Aquel día, la tristeza reinó entre los deportados, estuvieron enfermos de nostalgia.

Otros días la alegría vivía entre nosotros, y esto tenía lugar en aquellos días claros, serenos, en que la naturaleza como que está de fiesta y convida á gozar. En esos días todo se hacía bien: el paseo, la comida, la charla; y si por casualidad se presentaba algún aconteci-

miento extraño, como las trombas marinas que á veces aparecían cerca de la Isla, con el anteojo y á la simple vista, de buen humor y entre risas, contemplábamos ese fenómeno portentoso de las aguas.

Tal fué nuestra vida hasta á fines del mes de Noviembre, y en todo ese tiempo solo vimos en el fondeadero de Cozumel una goleta inglesa que arribó allí de paso para Belize, y el pailebot «Mérida» de la propiedad de D. Darío Galera. Este señor, nos llevó al Sr. Ancona y á mi salvo conducto para volvernos á nuestras casas, habiendo tenido la pena de dejar á nuestros compañeros en la isla, aunque se consolaban con la esperanza de que en seguida harían lo mismo con ellos.

No dejó de haber sus nubecillas de disgustos con el Sr. Pasos, disgustos que tuvo con otras personas, pero no conmigo, y tampoco fueron de consideración, ni de trascendencia.

Cuando la goleta inglesa estuvo en Cozumel, pretendimos fletarla, para que nos llevara á Matamoros, habiendo sido el más empeñado en esto el Dr. Gamboa, quien contrató con el Capitán y arregló el flete de la embarcación en setecientos pesos; pero en vano la esperamos, porque nunca regresó. Con seguridad el Capitán no creyó que le pudiéramos pagar aquella cantidad, ó tal vez no pudo volver por algún grave motivo; y si hubiera vuelto y nos hubiese conducido á Matamoros, habríamos continuado camino hasta dar con el lugar de la residencia del Supremo Gobierno. Entonces nuevo giro hubiera tomado nuestra vida, porque ésta no es más que una rueda sobre su eje, que al girar, la lleva tras sí

y la hace cambiar de faz á cada movimiento suyo; y cada faz es una evolución en el sér y la vida del hombre. Mas esta rueda, que se llama fortuna, no quiso girar en aquella ocasión, y nos tuvimos que conformar con volver por la misma vía que llevamos.

La casa en que nos reuníamos á charlar todos los días, fué la del Sr. Guillermo Kelly, antiguo marino irlandés, que se casó, vivió y murió en Cozumel, hombre bueno, que daba lástima que hubiera ido á sepultarse en dicha Isla. Me parecía que su determinación había sido una excentricidad inglesa, queriendo imitar á Pablo y Virginia, que habitaron felizmente su isla desierta. Después de todo, Kelly, á su modo era feliz, porque aunque vivía en la pobreza, adoraba á su familia, y también ésta á él, lo que entiendo es cuanto se puede apetecer sobre la tierra. Lo demás no vale la pena, es *vanidad de vanidades*. Los que corren desalados tras la fortuna, merecen compasión ó causan risa.

CAPITULO VIII.

LA VUELTA AL HOGAR.

OCHO días mortales estuvimos aguardando á que el «Mérida» emprendiese su viaje de retorno, para embarcarnos en él y volver á nuestras casas. Al fin nos avisó el dueño del buque su salida, y en efecto nos embarcamos á las cuatro de la mañana del día siguiente al aviso. Era á fines de Noviembre, y al embarcarnos la

mañana estaba serena, el cielo cubierto de estrellas, y nada nos presagiaba un próximo temporal. Solo se distinguían al Norte ciertos celajes y algún relámpago de vez en cuando, que á nadie alarmaban; pero una hora después de haber empezado á navegar el barco, comenzó á soplar un viento del Norte, que se hizo muy fuerte en pocos instantes, al grado que no dió tiempo de que se recogieran las velas, sino que las hizo pedazos, dejando al «Mérida» á merced de las olas. Estas crecieron, haciéndose gigantescas, precipitándose sobre la pobre embarcación, como si trataran de aplastarla con sus enormes masas. Juguete el «Mérida» de las olas y de los vientos, unas veces se inclinaba tanto, que las puntas de sus mástiles tocaban las aguas, otras, subía sobre las montañas de olas, que parecía iba á tocar al cielo. Estos movimientos los efectuaba con violencia, ya de popa á proa, ó ya de babor á estribor. No tardó en perder por completo todo gobierno, y marchaba sin dirección fija, como si fuera una pluma jugueteada por el norte, por cuya razón á bordo nadie podía tenerse en pie, todos estaban mareados, con inclusión de D. Darío Galera, que al principio se burlaba de los mareados y acabó por marearse. El Capitán D. Lorenzo Alfaro, tenía miedo y no se daba cuenta de lo que hacía. Apenas quedaron firmes y tranquilos el Contramaestre y un marinero que eran *chinos*.

Un golpe de mar rompió parte de la obra muerta del buque, otro lastimó el timón, y otro se llevó la cocina, que se hallaba sobre cubierta. La loza y el cristal del servicio del buque, se hicieron pedazos. Un palo

del buque se rompió, y hubo momentos en que creímos llegada nuestra última hora. En este día, nadie se acordó de la comida; pero al cabo quiso la suerte, que por la tarde, y como guiado el barco por mano misteriosa, entrase por el canal de Isla-Mujeres, al abrigo de su gran bahía, y en ella nos encontramos salvos.

En esta isla estuvimos tres días, mientras se repararon las averías del «Mérida.» Nos hospedó en su casa el Sr. Victor Sánchez, que era mi amigo y mi cliente, y el más acomodado de Isla-Mujeres. Nos regaló cuanto pudo en aquel lugar, donde las comodidades no son muy abundantes; sin embargo, su mesa era más rica que la de Cozumel, pues como punto de pesca, saboreamos muy buen pescado y tomamos vino, llevado por los vivos españoles y de que carecimos en Cozumel.

También visitamos en Isla-Mujeres á D. Fermín Mundaca, español que tenía su hacienda en una de las extremidades de la Isla, la cual había formado personalmente, desde los cimientos de la casa. Cuidaba bien de la cría de su ganado, que no era escaso. Tenía afición por la estatuaria, y como aficionado, había cincelado un busto suyo, de piedra, que colocó en el centro de los corrales de la finca.

Durante nuestra permanencia en Isla-Mujeres, nos embarcamos en un bote y visitamos las islas inmediatas, entre ellas la llamada «Contoy,» en que hay tal abundancia de pájaros, que se pueden coger con las manos.

Después de tres días, nos volvimos á embarcar y con buen viento el buque hizo rumbo á sotavento, y al

segundo día amanecimos frente á Progreso, en cuyo lugar, que no era más que costa deshabitada y rancho de pesca, suplicamos al Capitán Alfaro que nos echase á tierra, y así se verificó, llevándonos el bote del «Mérida.» Ya en tierra, almorzamos lo que pudimos haber, en la casa de D. José León Rubio, único habitante que había en Progreso.

Al desembarcar, el Celador de la Aduana marítima de Sisal, D. Pastor Rosado, que estaba de destacamento, nos manifestó que no tenía orden de dejar desembarcar á nadie, y que debíamos seguir viaje á Sisal; pero como ya el bote se había vuelto al buque, y conoció nuestra resolución de pasar sobre cualquier obstáculo, para llegar á nuestras casas, no insistió en que nos volviéramos á bordo y nos dejó hacer nuestra voluntad tranquilamente.

Concluido el almuerzo, alquilamos un mal carruaje, de D. José Galera, nos metimos en él y tomamos el camino de Mérida, llegando á esta Ciudad á las cuatro de la tarde.

No nos arrepentimos de haber venido por Progreso, porque mientras entrábamos en silencio y sin ser percibidos, nuestros amigos nos esperaban por Sisal, con una recepción bulliciosa que habían preparado, la cual pudo haber despertado la susceptibilidad de las autoridades imperiales, y quizás antes de llegar á nuestras casas hubieran tomado alguna determinación contra nosotros.

Ya en mi casa procuré no salir á la calle sino á lo muy preciso. En ella hacía mis trabajos de abogacía, y casi solo salía para ir á dar lecciones en el Colegio de

Enseñanza primaria y secundaria, que dirigía junto con D. Olegario Molina.

Así se fué pasando el tiempo sin novedad; mas una noche fueron mandados reducir á prisión varios conocidos republicanos, y entre ellos el Lic. D. José Antonio Cisneros y el Coronel Manuel Cepeda Peraza. El Sr. Cisneros fué preso, el Coronel Cepeda Peraza, no, porque consiguió escaparse de los que lo fueron á aprehender á su casa de la plazuela «Unión,» y se fué á ocultar á otra del suburbio de Santiago.

Dicho Coronel me conocía desde niño, porque como había sido aprendiz de platería, visitaba la de mi padre, con quien tuvo amistad, por cuya razón cuando en 1853 vino á sitiar esta Ciudad, llegó á nuestra casa situada en la plaza de la Mejorada, y en ella le dieron asistencia.

Desde su escondite me mandó decir con su compadre y amigo íntimo D. Juan Bautista Negroe, que deseaba hablar conmigo en el lugar que le indicase. Ofrecí darle contestación mientras me proporcionaba otra casa para pasarlo, porque Negroe me manifestó que no estaba bien en la que habitaba. Entonces vi á D. Manuel Cirerol y le pedí la que ocupaba con sus carros su padre político D. Antonio G. Rejón, cerca de la plaza de San Cristóbal. Me la dió y le supliqué á D. Ricardo Molina que lo fuese á buscar en cuanto entrase la noche, para conducirlo á dicha casa. Así lo hizo, tomando una calesa y yendo por él, lo condujo á la plaza de San Cristóbal, donde los aguardaba el Sr. Cirerol, alojándolo convenientemente.

CAPITULO IX.

LA CONSPIRACIÓN.

LA mañana siguiente estuve á hablar con el Coronel Cepeda Peraza, y me demostró su resolución de emprender la guerra contra el Imperio, si le prestaba mi ayuda y la de mis amigos republicanos. Sin vacilar le contesté que lo ayudaríamos en cuanto pudiésemos, preguntándole desde luego lo que quería que se hiciese, y me contestó: «que deseaba ponerse en comunicación con el Coronel Buenaventura Martínez, á quien le escribiría una carta, indicándole que lo aguardase en Santa Elena ó en Muna, para incorporarse á él y tomar el mando de sus fuerzas.» Por aquellos días fué cuando Martínez derrotó al español Moreno, en la hacienda «Yaxkukul,» en la que lo fué á atacar de orden del Comisario Imperial y sufrió un descalabro, dando por resultado este triunfo de las armas republicanas, que se dictaran las órdenes de prisión contra varios republicanos. También me pidió dicho Coronel, \$400 en efectivo, una proclama, un revólver, una espada, un caballo y una camiseta de lana: que lo acompañasen D. Matías J. Cámara, D. Manuel Fuentes, y que D. Ricardo Molina le sirviera de guía, llevándolo por caminos extraviados, hasta ponerlo en contacto con Martínez. Le prometí que todo lo que pedía se le daría, y aunque en realidad no era mucho, en las circunstancias en que estábamos, había que pulsar grandes dificultades para conseguirlo.

En seguida me dirigí á mis íntimos amigos D. Eligio Ancona, Olegario Molina y Carlos Peón, refiriéndoles lo que había acordado con el Coronel Cepeda, y ellos se manifestaron conformes y dispuestos á dar cuanto pudiesen. A escote reuní los \$400 entre varios amigos que contribuyeron de tan buena gana, que D. Manuel Cirerol, no teniendo dinero efectivo, vendió una mula para contribuir con los \$50 en que nos habíamos cotizado.

Después me ocupé de ver como hacía yo llegar la carta del Coronel Cepeda Peraza á Martínez. Hice llamar al efecto á mi buen amigo, modesto y valiente D. Teodoro Echazarreta, á quien consideré capaz, por su prudencia y valor, para desempeñar tan arriesgada comisión. Le manifesté mi pensamiento, y sin titubear me contestó «que llevaría la carta y me traería la contestación de Martínez;» pero para prevenir cualquiera eventualidad, necesitaba un pasaporte de la Prefectura Política, porque á la sazón nadie viajaba por el Estado sin pasaporte. Entendía que era fácil conseguirlo, como para ir á comprar maíz en Tieul ó Muna.

Para obtener el pasaporte me valí de mi amigo el Sr. Lic. Diego Peniche, que lo era á la vez del Prefecto Político D. Pantaleón Barrera. A Peniche le dije: que Echazarreta tenía necesidad de un pasaporte en los términos expresados, y que yo no podía ir á pedirlo porque estaba tildado de anti-imperialista: que por esta razón no quería presentarme en la Prefectura; y sobre todo, temía que yendo, fueran á sospechar algo contra Echazarreta, que pedía pasaporte por mi conducto. Se con-

venció de estas razones, y en el acto fué por el pasaporte, me lo llevó, y se lo di á Echazarreta, junto con la carta que debía entregar al Coronel Martínez, á quien se la entregó cerca de Ticul; pero éste contestó que no le era posible aguardar al Coronel Cepeda Peraza, en los puntos que le indicaba, porque tenía encima fuerzas imperialistas, muy superiores á las suyas, ofreciéndole si que lo esperaba en Calkiní, á donde pensaba dirigirse, como plaza fuerte para atrincherarse, y que allí le entregaría el mando de las fuerzas. Cepeda Peraza reconoció la firma de Martínez, quedando contentísimo con la contestación, y diciéndonos que el triunfo de la República era seguro, porque tenía la convicción de derrotar á Ortoll, áun con poca fuerza, Jefe que en aquellos días enviaba el imperio á batir á las fuerzas republicanas.

Con dicha contestación procuré que se alistaran las cosas que necesitaba el Coronel para su marcha á Calkiní. En lugar de un práctico, se le proporcionaron dos que le condujeran por caminos extraviados. Hubo que solicitar del lugar en que estaba oculto D. Matías J. Cámara, como uno de los que debían ser presos y también de la casa de D. Manuel Fuentes. Todo se hizo á fuerza de voluntad y venciendo dificultades. Cámara exigió que se le dieran 3 onzas de oro precisamente, y no poco trabajo costó encontrarlas. Fuentes se prestó gustoso sin exigir cosa alguna.

Llegado el día de la marcha, poco después de entrada la noche, armados los viajeros con sus armas de guerra, se despidieron del que habla y de D. Manuel Cicerol, montaron á caballo y salieron de la casa, desfilan-

do rumbo al Sur el Coronel Manuel Cepeda Peraza, D. Matías J. Cámara, D. Manuel Fuentes y los prácticos D. Ricardo Molina y D. Felipe Vado.

¡Cual fué mi sorpresa cuando al día siguiente me contó D. Felipe Ibarra León, que sabía perfectamente que la noche anterior se había ido á la revolución D. Manuel Cepeda Peraza y otros, cosa que creía que todos ignoraban, en particular, que hubiese tenido parte en aquella marcha!; pero me inspiró confianza, así porque era persona de seguridad, como porque él mismo me informó que ya estaba disgustado con el Imperio. ¿Cómo supo de la ida del Coronel Cepeda? No se lo pregunté por discreción, y nunca lo pude averiguar; mas es de creerse que no haya llegado á noticia de las autoridades imperiales, porque ningún indicio dieron de tenerla.

Pasados algunos días, volvieron á esta ciudad los Sres. Molina y Vado, y me informaron que habían dejado á los viajeros cerca de Calkiní; pero al mismo tiempo empezó á circular el rumor de que Martínez y sus tropas republicanas, habían sido derrotados en Calkiní, por el Coronel imperialista D. Juan Sixto Ortoll. El rumor fué tomando proporciones de veracidad y al fin se confirmó la noticia, publicándose por Alcance al Periódico Oficial, en el que se habló de la derrota, añadiéndose en secreto, que habían sido pasados por las armas los prisioneros de guerra.

Grande fué mi perplejidad al confirmarse aquella derrota, pues ignoraba si Cepeda y sus compañeros la sufrieron, si cayeron prisioneros y fueron pasados por las armas, preocupándome por la suerte que hubiesen

corrido, de cualquier modo que fuera. Sobre todo, temía que con la derrota de Calkini, ya no hubiera base para la campaña que se proponía abrir contra el Imperio el Coronel referido Cepeda Peraza.

Varios días estuve en esta angustiosa situación, sacándome de ella la noticia, la plausible noticia que tuve antes que nadie, de que las tropas imperialistas al mando de Ortoll, fueron derrotadas en Hecelchakán, y aunque esta noticia no la conocía el público, porque la ocultaba el Periódico Oficial, al fin los hechos la publicaron, empezando á llegar los derrotados dispersos, y los heridos; sin embargo, no conocía los pormenores de la acción, la importancia de ésta y los resultados que pudieran esperarse de ella.

Pero á los pocos días se presentó en la Ermita de Santa Isabel una fuerza republicana, y á toda carrera se atrincheró la plaza de armas y la ciudadela de San Benito. Eran las fuerzas del ya General Cepeda Peraza. Entonces con sigilo me dirigí á la Ermita de Santa Isabel y allí encontré al Jefe republicano, quien me impuso de que antes que él llegara á Calkini, Martínez fué atacado, y por más que hizo, no llegó á tiempo de evitar la derrota, que esperaba sufriese. De suerte que al entrar se encontró con los derrotados que se desbandaban y tuvo que emprender la retirada con ellos, en tan apurado caso, que estuvo á punto de caer prisionero, y solo pudo librarse haciendo uso de los tiros de su revólver. Libre ya de la persecución de los imperialistas, se dirigió violentamente á Hecelchakán, y dejando al mando de esta plaza á D. Matías J. Cámara, con orden de reu-

nir á los dispersos de la derrota y recoger cuanta gente pudiese de la población y sus cercanías, pasó para Campeche en demanda de auxilios que le pudiera proporcionar D. Pablo García, que á la sazón estaba sitiando dicha ciudad. Trató el asunto con el Sr. García, y como la causa era común, pues que si Cepeda Peraza era derrotado en Hecelchakán, el sitio de Campeche tenía que levantarse, y los imperialistas volvían á quedar dueños de la Península, por estas razones le prestó los pocos auxilios de fuerza que pudo.

CAPITULO X.

LA PRIMERA VICTORIA.

EL Jefe republicano se volvió á organizar la defensa de la plaza de Hecelchakán. En su recinto apenas pudo reunir 400 hombres para resistir la carga de una columna mucho más numerosa, bien armada y equipada, con artillería, su gran tren de elementos de guerra y envalentonada con su reciente victoria de Calkini.

Dispuso que se arpillerasen los edificios de la plaza, colocó dentro de éstos y las alturas su tropa, y ocultó la caballería, para que, sorprendiendo al enemigo, operase contra él en un momento dado. Avanzó dos guerrillas á las órdenes de D. Matías J. Cámara, á un reducto que se formó á la salida de la población y en dirección al enemigo. La plaza fué atrincherada de la mejor manera. Cámara llevó orden de hacer alguna resistencia cuando

corrido, de cualquier modo que fuera. Sobre todo, temía que con la derrota de Calkini, ya no hubiera base para la campaña que se proponía abrir contra el Imperio el Coronel referido Cepeda Peraza.

Varios días estuve en esta angustiosa situación, sacándome de ella la noticia, la plausible noticia que tuve antes que nadie, de que las tropas imperialistas al mando de Ortoll, fueron derrotadas en Hecelchakán, y aunque esta noticia no la conocía el público, porque la ocultaba el Periódico Oficial, al fin los hechos la publicaron, empezando á llegar los derrotados dispersos, y los heridos; sin embargo, no conocía los pormenores de la acción, la importancia de ésta y los resultados que pudieran esperarse de ella.

Pero á los pocos días se presentó en la Ermita de Santa Isabel una fuerza republicana, y á toda carrera se atrincheró la plaza de armas y la ciudadela de San Benito. Eran las fuerzas del ya General Cepeda Peraza. Entonces con sigilo me dirigí á la Ermita de Santa Isabel y allí encontré al Jefe republicano, quien me impuso de que antes que él llegara á Calkini, Martínez fué atacado, y por más que hizo, no llegó á tiempo de evitar la derrota, que esperaba sufriese. De suerte que al entrar se encontró con los derrotados que se desbandaban y tuvo que emprender la retirada con ellos, en tan apurado caso, que estuvo á punto de caer prisionero, y solo pudo librarse haciendo uso de los tiros de su revólver. Libre ya de la persecución de los imperialistas, se dirigió violentamente á Hecelchakán, y dejando al mando de esta plaza á D. Matías J. Cámara, con orden de reu-

nir á los dispersos de la derrota y recoger cuanta gente pudiese de la población y sus cercanías, pasó para Campeche en demanda de auxilios que le pudiera proporcionar D. Pablo García, que á la sazón estaba sitiando dicha ciudad. Trató el asunto con el Sr. García, y como la causa era común, pues que si Cepeda Peraza era derrotado en Hecelchakán, el sitio de Campeche tenía que levantarse, y los imperialistas volvían á quedar dueños de la Península, por estas razones le prestó los pocos auxilios de fuerza que pudo.

CAPITULO X.

LA PRIMERA VICTORIA.

EL Jefe republicano se volvió á organizar la defensa de la plaza de Hecelchakán. En su recinto apenas pudo reunir 400 hombres para resistir la carga de una columna mucho más numerosa, bien armada y equipada, con artillería, su gran tren de elementos de guerra y envalentonada con su reciente victoria de Calkini.

Dispuso que se arpillerasen los edificios de la plaza, colocó dentro de éstos y las alturas su tropa, y ocultó la caballería, para que, sorprendiendo al enemigo, operase contra él en un momento dado. Avanzó dos guerrillas á las órdenes de D. Matías J. Cámara, á un reducto que se formó á la salida de la población y en dirección al enemigo. La plaza fué atrincherada de la mejor manera. Cámara llevó orden de hacer alguna resistencia cuando

fuese atacado, y después replegarse á ésta, fingiendo una dispersión. Así fué que, á los pocos momentos de ser batido, abandonó el reducto y se replegó á la plaza. El enemigo que lo creyó derrotado y en dispersión, lo siguió en desorden hasta la misma, en cuyo punto, recibido con un nutridísimo fuego por todas direcciones, no pudo contestar con el mismo vigor, por el desorden en que estaba, y al querer organizar sus columnas, la caballería lo puso de nuevo en confusión y acabó por ser derrotado con las guerrillas flanqueadoras que le salieron por los costados.

Dicha derrota no solo fué la más espléndida de los republicanos, sino que puede decirse sirvió de base para derrocar al Imperio, porque como veremos adelante, marchó de descalabro en descalabro á su total ruina.

En la derrota de Hecelchakán los imperialistas perdieron su gran tren de guerra, tuvieron muchos prisioneros, porque la caballería los siguió á varias leguas de distancia del campo de batalla, y los republicanos aumentaron sus elementos á costa del enemigo.

Entonces quedó firme el sitio de Campeche, dirigido por D. Pablo García, aunque figuraba con el mando militar el General Celestino Brito, cuya plaza fué debilitada, porque de orden del Comisario Imperial una parte de su guarnición se embarcó para Sisal, con objeto de venir á engrosar la de Mérida. La parte embarcada vino al mando del Coronel D. Daniel Traconis. Así es que, los sitiadores de Campeche ganaron el no ser batidos por tierra y á retaguardia, y que la plaza se debili-

tase en su guarnición, dos acontecimientos con los cuales ya podían contar por segura la toma de ésta.

Las tropas del General Cepeda Peraza se moralizaron con la victoria alcanzada: gracias al valor y á la pericia militar de éste y de los Coroneles Matías J. Cámara, José Antonio Muñoz y Buenaventura Martínez, se aumentaron y adquirieron los elementos de guerra de que carecían.

La noticia de la derrota de Hecelchakán circuló rápidamente por todos los pueblos, y de varias partes surgieron partidas armadas proclamando la República.

El Imperio en la Península recibió una herida en el corazón, herida que le era imposible curar. Podía prolongar por más ó menos tiempo su enfermedad; pero su muerte quedaba decretada, no tenía remedio.

Tal fué el resultado de esta victoria de magnas consecuencias, y de una trascendencia incalculable.

El héroe de Hecelchakán en seguida se puso en marcha por el camino de Mérida; pero en Umán se detuvo aguardando la respuesta de la intimación de la plaza que mandó al Jefe de esta Capital, invitándolo para que se la entregase sin efusión de sangre y ofreciéndole las garantías que el derecho de la guerra podía conceder á sus defensores; pero el Jefe imperialista Silverio Hernández le contestó: que la guarnición y los vecinos de Mérida estaban en disposición de defenderla, y que podía obrar como mejor le pareciese.

Con esta respuesta, dejó en Umán parte de su fuerza y con la otra se vino á Mérida y ocupó la Ermita de Santa Isabel.

1020002730

Dos días permaneció el General Cepeda Peraza en dicha Ermita, observando los movimientos de la plaza y adquiriendo cuantas noticias pude llevarle, contentándose la guarnición con ocupar la ciudadela, las alturas y la plaza de armas.

A los dos días las fuerzas republicanas contramarcharon para Umán; y como ya su Jefe sabía que el Coronel Traconis, con parte de la guarnición de Campeche, venía por mar á Mérida, se dirigió á Ucú, pueblo situado en la carretera de Sisal, con objeto de batirlo antes de que entrase á reforzar la Capital; pero éste tuvo noticia del movimiento de los republicanos y esquivó el encuentro, llegando á su destino por caminos extraviados, sin ser batido.

Cepeda se volvió para Umán, y provocando á que lo fueran á batir, se fortificó y puso el pueblo en buen estado de defensa, permaneciendo en él algunos días, al cabo de los cuales hizo dos columnas de su fuerza, una pequeña que envió á Maxcanú, y la otra bajo su mando que se dirigió á Ticul, donde le proporcionaron gente y buenos elementos de guerra D. Felipe Peón y D. Felipe Medina.

Traconis con una fuerte columna salió de Mérida y se fué por el Sur, siguiendo á los republicanos. También dividió su columna en dos, dejando una en Muna y otra que situó en Sacalum, formándose la idea de cortar á los republicanos y después batirlos en detall, comenzando por los que ocupaban Ticul; más antes de desarrollar su plan, el General Cepeda Peraza desenvolvió el suyo, como vamos á ver.

nir á los dispersos de la derrota y recoger cuanta gente pudiese de la población y sus cercanías, pasó para Campeche en demanda de auxilios que le pudiera proporcionar D. Pablo García, que á la sazón estaba sitiando dicha ciudad. Trató el asunto con el Sr. García, y como la causa era común, pues que si Cepeda Peraza era derrotado en Hecelchakán, el sitio de Campeche tenía que levantarse, y los imperialistas volvían á quedar dueños de la Península, por estas razones le prestó los pocos auxilios de fuerza que pudo.

CAPITULO X.

LA PRIMERA VICTORIA.

EL Jefe republicano se volvió á organizar la defensa de la plaza de Hecelchakán. En su recinto apenas pudo reunir 400 hombres para resistir la carga de una columna mucho más numerosa, bien armada y equipada, con artillería, su gran tren de elementos de guerra y envalentonada con su reciente victoria de Calkini.

Dispuso que se arpillerasen los edificios de la plaza, colocó dentro de éstos y las alturas su tropa, y ocultó la caballería, para que, sorprendiendo al enemigo, operase contra él en un momento dado. Avanzó dos guerrillas á las órdenes de D. Matías J. Cámara, á un reducto que se formó á la salida de la población y en dirección al enemigo. La plaza fué atrincherada de la mejor manera. Cámara llevó orden de hacer alguna resistencia cuando

fuese atacado, y después replegarse á ésta, fingiendo una dispersión. Así fué que, á los pocos momentos de ser batido, abandonó el reducto y se replegó á la plaza. El enemigo que lo creyó derrotado y en dispersión, lo siguió en desorden hasta la misma, en cuyo punto, recibido con un nutridísimo fuego por todas direcciones, no pudo contestar con el mismo vigor, por el desorden en que estaba, y al querer organizar sus columnas, la caballería lo puso de nuevo en confusión y acabó por ser derrotado con las guerrillas flanqueadoras que le salieron por los costados.

Dicha derrota no solo fué la más espléndida de los republicanos, sino que puede decirse sirvió de base para derrocar al Imperio, porque como veremos adelante, marchó de descalabro en descalabro á su total ruina.

En la derrota de Hecelchakán los imperialistas perdieron su gran tren de guerra, tuvieron muchos prisioneros, porque la caballería los siguió á varias leguas de distancia del campo de batalla, y los republicanos aumentaron sus elementos á costa del enemigo.

Entonces quedó firme el sitio de Campeche, dirigido por D. Pablo García, aunque figuraba con el mando militar el General Celestino Brito, cuya plaza fué debilitada, porque de orden del Comisario Imperial una parte de su guarnición se embarcó para Sisal, con objeto de venir á engrosar la de Mérida. La parte embarcada vino al mando del Coronel D. Daniel Traconis. Así es que, los sitiadores de Campeche ganaron el no ser batidos por tierra y á retaguardia, y que la plaza se debili-

tase en su guarnición, dos acontecimientos con los cuales ya podían contar por segura la toma de ésta.

Las tropas del General Cepeda Peraza se moralizaron con la victoria alcanzada: gracias al valor y á la pericia militar de éste y de los Coroneles Matías J. Cámara, José Antonio Muñoz y Buenaventura Martínez, se aumentaron y adquirieron los elementos de guerra de que carecían.

La noticia de la derrota de Hecelchakán circuló rápidamente por todos los pueblos, y de varias partes surgieron partidas armadas proclamando la República.

El Imperio en la Península recibió una herida en el corazón, herida que le era imposible curar. Podía prolongar por más ó menos tiempo su enfermedad; pero su muerte quedaba decretada, no tenía remedio.

Tal fué el resultado de esta victoria de magnas consecuencias, y de una trascendencia incalculable.

El héroe de Hecelchakán en seguida se puso en marcha por el camino de Mérida; pero en Umán se detuvo aguardando la respuesta de la intimación de la plaza que mandó al Jefe de esta Capital, invitándolo para que se la entregase sin efusión de sangre y ofreciéndole las garantías que el derecho de la guerra podía conceder á sus defensores; pero el Jefe imperialista Silverio Hernández le contestó: que la guarnición y los vecinos de Mérida estaban en disposición de defenderla, y que podía obrar como mejor le pareciese.

Con esta respuesta, dejó en Umán parte de su fuerza y con la otra se vino á Mérida y ocupó la Ermita de Santa Isabel.

Dos días permaneció el General Cepeda Peraza en dicha Ermita, observando los movimientos de la plaza y adquiriendo cuantas noticias pude llevarle, contentándose la guarnición con ocupar la ciudadela, las alturas y la plaza de armas.

A los dos días las fuerzas republicanas contramarcharon para Umán; y como ya su Jefe sabía que el Coronel Traconis, con parte de la guarnición de Campeche, venía por mar á Mérida, se dirigió á Ucú, pueblo situado en la carretera de Sisal, con objeto de batirlo antes de que entrase á reforzar la Capital; pero éste tuvo noticia del movimiento de los republicanos y esquivó el encuentro, llegando á su destino por caminos extraviados, sin ser batido.

Cepeda se volvió para Umán, y provocando á que lo fueran á batir, se fortificó y puso el pueblo en buen estado de defensa, permaneciendo en él algunos días, al cabo de los cuales hizo dos columnas de su fuerza, una pequeña que envió á Maxcanú, y la otra bajo su mando que se dirigió á Ticul, donde le proporcionaron gente y buenos elementos de guerra D. Felipe Peón y D. Felipe Medina.

Traconis con una fuerte columna salió de Mérida y se fué por el Sur, siguiendo á los republicanos. También dividió su columna en dos, dejando una en Muna y otra que situó en Sacalum, formándose la idea de cortar á los republicanos y después batirlos en detall, comenzando por los que ocupaban Ticul; más antes de desarrollar su plan, el General Cepeda Peraza desenvolvió el suyo, como vamos á ver.

Entre tanto, yo desde mi casa trabajaba cuanto podía en pro de nuestra causa. Hice llamar á D. Teodosio Canto y estuvo á verme una noche. Le traté de que iniciara la guerra contra el Imperio por los pueblos de la costa, y me contestó que haría lo que pudiese; pero que personalmente no podía comprometerse más que á no hacer armas contra los republicanos, porque estaba obligado á los Sres. Peón, á quienes servía, cuyo compromiso cumplió religiosamente. No hizo armas contra los nuestros.

Así mismo me puse de acuerdo con D. Domingo Evia y D. Anastasio Manzanilla, para que fueran por los pueblos del centro del Estado, en los cuales contaba con amigos el Sr. Evia, á reunir gente, que encabezaría Manzanilla, y con ella iniciarían la guerra por aquel rumbo. Así lo hicieron, conduciéndose con valor y patriotismo, habiendo ocupado varias poblaciones, y hasta amagado la importante plaza de Izamal con la columna de 300 hombres que formaron.

Las autoridades imperialistas se mantenían muy vigilantes y susceptibles, tal que una mañana se encontraron á poca distancia de la Plaza de Armas D. Carlos Peón, D. Eligio Ancona y D. Ricardo Molina, y se detuvieron conversando de asuntos indiferentes. A pocos momentos fueron presos los dos últimos y llevados á la Cárcel, diciéndoles que, por haber estado inspeccionando y burlándose de los atrincheramientos. Al Sr. Peón no lo aprehendieron por haberse metido en su casa, cerca de la cual se hallaban. La prisión de los dos fué bien larga.

A mí me mandaron prender dos veces, pero no me encontraron. La primera vez me dió aviso de la orden D. Víctor Pérez, y me oculté. La segunda, ya estaba prevenido y oculto.

CAPITULO XI.

EL SITIO DE MUKUYCHÉ.

LAS fuerzas republicanas que ocupaban Ticul se dirigieron á posesionarse de la hacienda Mukuyché, por vías excusadas, dejando á retaguardia las de Sacalum. El General Cepeda hacía una jugada de ajedrez filosóficamente calculada.

El paso de ocupar Mukuyché fué acertadísimo, porque en vez de ser cortados los republicanos, ellos cortaron á los imperialistas, pudiendo abrirse camino para Maxcanú ó Mérida, según conviniese, en tanto que aquellos no podían comunicarse con los de Muna, y si seguían á Mukuyché, les sucedería lo que voy á referir.

Los imperialistas siguieron á los republicanos hasta esta finca, en la cual se trabó una acción reñidísima, y resultó de ella la derrota y dispersión de una sección del enemigo, la mejor que tenía, al mando del Coronel D. Feliciano Padilla.

Desde aquel momento quedó enervada la fuerza del Sr. Traconis, la que, aunque conservó sus posesiones y pretendió sitiar la hacienda, jamás pudo cerrar el sitio, porque ya no contaba con fuerzas para el caso, pues las

que tenía estaban dominadas, y porque las contrarias peleaban con decisión y entusiasmo.

Las fuerzas de Traconis quedaban expuestas á la inclemencia de un sol abrasador, en campo desmantelado, lejos de las poblaciones para proporcionarse víveres y sin agua para beber.

Estas fueron las ventajas de los republicanos sobre los imperialistas; pero éstos contaban con doble fuerza, buen armamento, artillería, parque y dinero que les remitian de Mérida.

Supe que el General republicano necesitaba dinero, y le quise mandar algunas cantidades, entre ellas 800 pesos que D. Ramón Aznar proporcionó por medio de D. Ramón Albert. Fué el conductor de esé dinero mi querido amigo D. Felipe Jiménez, joven entonces y de valor para llevar á cabo aquella arriesgada aventura, como la llevó, burlando la vigilancia de los sitiadores de Mukuyché, y trayendo recibo del General Cepeda Peraza.

El llamado sitio de Mukuyché duró diez y seis días. Durante él hubo acciones parciales diariamente, sin que pudieran avanzar sus posesiones los sitiadores, ni pretendieran asaltar las de los sitiados, porque estaban bien atrincherados y dominaban al enemigo, que no contaba con ninguna altura y ellos sí.

Al ir á buscar agua los imperialistas á dos leguas de su campamento, á la hacienda Yuncú, eran batidos á la ida y á la vuelta, llevando siempre la peor parte en estos combates, y teniendo pérdidas de consideración.

El Jefe republicano, cuando consideró bien quebrantados á los imperialistas, é incapaces de pretender asaltar

á los sitiados, dejó el mando al segundo en Jefe, Coronel D. Leandro Domínguez, y salió sigilosamente de Mukuyché con 300 hombres, cayendo de improviso sobre las fuerzas de la hacienda Canchakán, en la que batió y puso en dispersión á la sección que mandaba el imperialista español Carlos Moreno. La gente de esta finca ni por asomo podía suponer el movimiento del enemigo, tan inopinado y estratégico, que se desconcertó y comunicó su pavor al dueño de la hacienda D. Vicente Solís León, quien se escondió en un sótano donde tenía un venado, y allí se vió expuesto á que lo mataran, porque le hicieron varios disparos por tirar al animal.

De Canchakán pasó con rapidez á Mérida la fuerza republicana, y consiguió llegar á los atrincheramientos de la Ciudad, del lado del Sur, sin ser sentida ni esperada, en la confianza de que se hallaba rigurosamente sitiada en Mukuyché, esperándose de un momento á otro la noticia de la ocupación de esta finca y la derrota consiguiente de los republicanos. Forzó el atrincheramiento del lado del «Bazar,» y penetró á la Plaza de Armas en la noche del 15 de Marzo, poniendo en verdadera confusión al enemigo, que solo se mantuvo haciendo un fuego nutrido en las alturas y en el palacio del Ayuntamiento. Bajo fuego vivo atravesó la plaza y ocupó la Cárcel pública para sacar y llevarse á los presos políticos, Coronel José Encarnación Canto Virgilio, Teniente Coronel Basilio Galindo, Miguel Espada Guerra y otros, así como el parque que allí existía. Tomó también parque, armas y correaje en el comercio, y se dirigió otra vez á la plaza de la Ermita de Santa Isabel.

Esa noche el Comisario Imperial salió de su palacio al oír los primeros disparos, y se iba para la Plaza de Armas, en averiguación de lo que significaban, cuando cerca de ella le avisaron ser el enemigo, y se volvió más que de prisa. Si no le hubieran avisado, buena presa habría sido la suya, y tal vez con ella se hubiese concluido la guerra; pero no fué así.

Ya cerca de amanecer levantó su campo para dirigirse de nuevo á la plaza de la Ermita de Santa Isabel, donde se atrincheró y mandó ocupar la altura de la Iglesia, permaneciendo tres días en aquel lugar.

Al segundo día estuve á visitar el campamento republicano, y el General Cepeda Peraza me invitó á almorzar con él, á tiempo que la ciudadela de San Benito lanzaba desde sus baluartes balas y granadas con dirección á la Ermita. Almorzábamos, y estando los dos en la mesa, en una casa situada al Norte de la plaza, cayó una bala de 24, que desfondó el techo de la pieza en que estábamos, llegó al suelo con una columna de caliza y polvo, que nos hizo dejar el almuerzo. A poco rato pegó otra bala cerca de la misma casa y mató á una res que estaba atada al tronco de una ceiba, que allí existía, y á cada momento caían granadas y balas en aquellos contornos. Entonces observó el General Cepeda que la tropa había colocado una bandera roja sobre el edificio del templo, la que seguramente servía de mira para las punterías que hacían los de la ciudadela, y la mandó quitar. Desde luego, ya los proyectiles pasaban de la plaza, la prueba más evidente de que con acierto se quitó dicha bandera.

Ese día, me refirió que también estuvo á visitarlo D. Manuel Cirerol.

Al volver á mi casa, supe que se decía que el Comisario Imperial D. José Salazar Ilarregui, puso la puntería con una pieza de 24, de la Ciudadela, á una bandera roja situada en las torres de la Ermita de Santa Isabel, y con su disparo la hizo volar, cuando me constaba que la habían quitado de orden del General republicano.

Al tercer día de estar los republicanos en Mérida llegó á la misma ciudad el Coronel D. Daniel Traconis, con la sección de su mando, dejando más debilitada la fuerza que operaba sobre Mukuyché.

Ese mismo día salió la fuerza republicana de Mérida y se fué para Umán, desde donde emprendió su marcha de retorno á Mukuyché, pero pasó por Yuncú y sorprendió á la fuerza destinada á proteger y custodiar los carros y envases que servían para conducir agua á los sitiadores, cuyo incidente los acabó de desmoralizar.

A los 17 días de asediar Mukuyché, levantaron su campo los imperialistas, con sigilo, la noche del 24 de Marzo, y se replegaron á la hacienda Uayalceh.

Antes de pasar adelante, voy á observar que sin justicia se ha criticado al Coronel Traconis por haber sido vencido en Mukuyché, cuando contaba con elementos de todas clases muy superiores á los de sus contrarios; pero no se ha tenido en cuenta que en aquella guerra el General Cepeda Peraza aventajó á todos los militares del país en pericia y táctica: que además contaba con la opinión popular, lo que bastaba para que sus soldados fueran invencibles y que triunfaran en todas las ac-

ciones, como consta en la relación de ellas. Por otra parte, hasta hoy, no se sabe que Traconis no haya cumplido con su deber: por el contrario, hizo cuanto humanamente era posible hacer. Por consiguiente, no han tenido razón los que por desahogo lo han censurado. Los acontecimientos posteriores vendrán á confirmar este juicio.

CAPITULO XII.

EL ASALTO DE TECOH.

LEVANTADO el sitio de Mukuiché, la tropa que lo formó, habiendo estado sufriendo los fuegos del enemigo tantos días, clareadas sus filas por las balas, por las enfermedades, por la desertión, comiendo con trabajo y bebiendo agua escasa y sucia, porque carecía de este indispensable elemento para la vida, y sin poder dormir ni de noche, así por lo difícil que es conciliar el sueño teniendo al enemigo enfrente, como porque se acostaba entre piedras y polvo ¿cuál sería su espíritu? Ninguna dificultad hay en suponerlo. La disciplina militar quedaba relajada, el valor del soldado menguado y la moral perdida.

Sin embargo, en Uayalceh las tropas imperialistas se dividieron en tres secciones. La primera se quedó en aquella finca al mando del Coronel D. Juan José Mendez; la segunda á las órdenes del Coronel Traconis, pa-

Ese día, me refirió que también estuvo á visitarlo D. Manuel Cirerol.

Al volver á mi casa, supe que se decía que el Comisario Imperial D. José Salazar Ilarregui, puso la puntería con una pieza de 24, de la Ciudadela, á una bandera roja situada en las torres de la Ermita de Santa Isabel, y con su disparo la hizo volar, cuando me constaba que la habían quitado de orden del General republicano.

Al tercer día de estar los republicanos en Mérida llegó á la misma ciudad el Coronel D. Daniel Traconis, con la sección de su mando, dejando más debilitada la fuerza que operaba sobre Mukuyché.

Ese mismo día salió la fuerza republicana de Mérida y se fué para Umán, desde donde emprendió su marcha de retorno á Mukuyché, pero pasó por Yuncú y sorprendió á la fuerza destinada á proteger y custodiar los carros y envases que servían para conducir agua á los sitiadores, cuyo incidente los acabó de desmoralizar.

A los 17 días de asediar Mukuyché, levantaron su campo los imperialistas, con sigilo, la noche del 24 de Marzo, y se replegaron á la hacienda Uayalceh.

Antes de pasar adelante, voy á observar que sin justicia se ha criticado al Coronel Traconis por haber sido vencido en Mukuyché, cuando contaba con elementos de todas clases muy superiores á los de sus contrarios; pero no se ha tenido en cuenta que en aquella guerra el General Cepeda Peraza aventajó á todos los militares del país en pericia y táctica: que además contaba con la opinión popular, lo que bastaba para que sus soldados fueran invencibles y que triunfaran en todas las ac-

ciones, como consta en la relación de ellas. Por otra parte, hasta hoy, no se sabe que Traconis no haya cumplido con su deber: por el contrario, hizo cuanto humanamente era posible hacer. Por consiguiente, no han tenido razón los que por desahogo lo han censurado. Los acontecimientos posteriores vendrán á confirmar este juicio.

CAPITULO XII.

EL ASALTO DE TECOH.

LEVANTADO el sitio de Mukuiché, la tropa que lo formó, habiendo estado sufriendo los fuegos del enemigo tantos días, clareadas sus filas por las balas, por las enfermedades, por la desertión, comiendo con trabajo y bebiendo agua escasa y sucia, porque carecía de este indispensable elemento para la vida, y sin poder dormir ni de noche, así por lo difícil que es conciliar el sueño teniendo al enemigo enfrente, como porque se acostaba entre piedras y polvo ¿cuál sería su espíritu? Ninguna dificultad hay en suponerlo. La disciplina militar quedaba relajada, el valor del soldado menguado y la moral perdida.

Sin embargo, en Uayalceh las tropas imperialistas se dividieron en tres secciones. La primera se quedó en aquella finca al mando del Coronel D. Juan José Mendez; la segunda á las órdenes del Coronel Traconis, pa-

só á ocupar la villa de Maxcanú, y la tercera, mandada por el Coronel D. Vicente Ríos, marchó al pueblo de Tecoh, á tres leguas de Uayalceh, plaza fuerte por la altura en que están situados el atrio y su templo.

De Mukuyché marchó una fuerza republicana el día 28, á las órdenes del Coronel Matías J. Cámara, á batir el pueblo Tecoh. Esta fuerza como de 300 hombres, acampó en el punto de su destino á media noche, y en la madrugada comenzó á operar sobre el enemigo, que se hallaba fortificado en la plaza, en el atrio y en el templo. Un refuerzo de 150 hombres salió también de Mukuiché á las órdenes del Capitán Veitia, y se incorporó á la fuerza de Tecoh, al amanecer.

Los imperialistas, no obstante las malas condiciones de su ánimo para seguir la lucha en favor de una causa que ya estaba perdida, sintieron herido su amor propio, y con este aguijón se defendían desesperadamente, haciendo esfuerzos de valor; pero nada de ésto les valió, porque el Coronel Cámara, considerándose fuerte en la causa que defendía y en el espíritu de sus soldados, ordenó un asalto general, de conformidad con las instrucciones que le había dado su General en Jefe. En el asalto, los de adentro hicieron prodigios de valor, se resistieron como leones, mas al fin sucumbieron, habiendo sido ocupada la plaza á las ocho de la mañana del memorable 29 de Marzo de 1867, después de derrotados los imperialistas y muerto su Jefe D. Vicente Ríos, de una bala de cañón.

La guarnición de Tecoh en una gran parte se componía del Batallón de Artesanos de Mérida; descendien-

tes de aquellos heroes del Batallón 1º local, que en los terribles años del 48 al 50, pelearon sin tregua contra los bárbaros, y muchos de ellos dejaron sus huesos en el campo de batalla, los cuales aún se encuentran en el día, y se ven blanquear en los bosques, como en señal de su patriotismo, probado en favor de la civilización. Dichos artesanos fueron los que más resistieron á los republicanos, y fué una lástima que tanto valor y obstinación, se hayan empleado en una causa injusta; pero estaban ciegos, y aún después de ocupada la plaza se conservaba un grupo sobre una de las alturas de ella, haciendo fuego y gritando vivas al Imperio. Les decían que se rindieran y contestaban disparando sus armas. Por último, no se rindieron; todos resultaron heridos ó muertos, y entre éstos quedó el joven zapatero Antonio Tallafigo, que tuvo un carácter bondadoso, afable, y que no revelaba toda la bravura que desplegó en aquella inolvidable jornada.

El asalto de Tecoh produjo un pánico grande entre los imperialistas, al grado de que á los primeros dispersos que llegaron á Uayalceh, el Jefe Méndez levantó precipitadamente su campo, y se replegó á la Capital. Tres días después entró Traconis á la misma, con la sección de su mando, por disposición del Comisario Imperial.

CAPITULO XIII.

CAPITULACION DE IZAMAL.

EN aquellas circunstancias fué cuando D. Domingo Evia y el Comandante de Batallón D. Anastasio Manzanilla, tomaron varios pueblos del partido de Sotuta y ocuparon la cabecera de este nombre.

Desde esta población oficiaron al General Cepeda Peraza, pidiéndole órdenes y poniéndose á su disposición. Entonces este Jefe envió al Coronel José Encarnación Canto Virgilio, con una fuerza de caballería para que se incorporase á la del Comandante Manzanilla, y pasase con dicha fuerza á los partidos de Oriente, en auxilio de los republicanos, que no cesaban de escribir diciendo que deseaban proclamar la República, pero que necesitaban de algún apoyo. Así fué que incorporado el Coronel Canto Virgilio á Manzanilla, emprendieron su marcha sobre Izamal, y se situaron á las inmediaciones de esta Ciudad, que es la plaza más fuerte del Estado, pudiéndose considerar como un castillo en toda regla.

Concluido el asalto de Tecoh, el General Cepeda Peraza, pasó por dicho pueblo y siguió camino el 30 de Marzo, con rumbo á Cacalchén, cuyo pueblo ocupó y se puso á 5 leguas de distancia de Izamal. Su objeto era ponerse en contacto con el Coronel Canto Virgilio, á quien le había ordenado sitiar y atacar aquella ciudad.

El 2 de Abril, fecha imperecedera, en que el General Porfirio Diaz asaltó Puebla, dando el golpe mortal al

Imperio, el General Cepeda Peraza se dirigió con parte de sus fuerzas á Izamal, con el fin de acelerar y proteger el asalto de la plaza, que debía practicar el Coronel Canto Virgilio, porque tuvo noticia de que de Mérida debía ser auxiliada. Pero al llegar á las inmediaciones de Izamal, recibió un parte en que le participaba el Jefe de los sitiadores que se hallaba en arreglos de Capitulación con los sitiados. Poco rato después, se efectuó la rendición, quedando los sitiadores dueños de la Ciudad, del parque y del armanento de la guarnición.

El auxilio salió de Mérida, en realidad, compuesto de 200 hombres al mando del Coronel Feliciano Padilla; mas llegó tarde, porque en las cercanías de Izamal supo que se había rendido la plaza, y que estaba ocupada ya por los republicanos. Con esta noticia siguió su marcha para el pueblo de Calotmul, su vecindad, pero en el camino se le desbandó su fuerza. Entonces inutilizó su parque, y se dice que lo hizo arrojándolo á un pozo, y rompió los instrumentos de la música que le acompañaba.

Verificada la ocupación de la ciudad de Izamal, y dispersa la fuerza de Padilla, era natural que la desmoralización se propagase por todo el Oriente entre los imperialistas. Por esta razón se apresuró el General Cepeda Peraza á remitir fuerzas á los partidos del Oriente, para que sus pueblos sacudiesen el Imperio y volviesen á la República, cuyas fuerzas no hicieron más que practicar un paseo triunfal por dichos partidos, porque en dos semanas volvieron los pueblos al seno de la República, separándose de las banderas del Imperio.

En estos momentos, después de la Capital, ya no

quedaban más poblaciones en que se obedecía al Comisario Imperial, que la ciudad de Tekax y la villa de Peto, situadas al Sur; pero estas poblaciones, como fronterizas á los bárbaros, tenían corta guarnición, que no podía distraerse del objeto á que estaba consagrada, de cuidar la seguridad de ellas y defenderlas de cualquier agresión de indios rebeldes. Además, la República contaba con buenos amigos en tales poblaciones, y había la confianza de que evitarían que se distrajese ninguna fuerza de su guarnición, para emplearla en contra de las fuerzas republicanas, y por estos motivos no se pensó en irlos á batir. Toda la atención del General en Jefe se fijó en formar el plan de campaña que debía seguir para atacar el corazón del Imperio en la Península, que residía en la ciudad de Mérida.

CAPITULO XIV.

PRINCIPIA EL SITIO DE MÉRIDA.

EN la plaza de Izamal descansaron unos días las fuerzas del General Cepeda Peraza, antes de emprender las últimas operaciones que les faltaban por practicar, para dejar totalmente destruido el Imperio en esta parte integrante de la Nación. Pasados aquellos días, levantaron su campo y marcharon dirigiéndose á Motul, después pasaron por los pueblos de Baca, Mochá y llegaron á Conkal, tres leguas de Mérida, el día 21 de Abril.

Faltaba poco para que llegaran las fuerzas republicanas á la Capital, cuando encargué á D. Ramón Albert,

que pidiera la hacienda «Valix,» para trasladar á la familia del General Cepeda Peraza, por estar cerca de la Ciudad, y sin embargo, libre de los fuegos que en ella pudieran hacerse. Consiguió la hacienda y se trasladó la familia.

En la noche del 21 de Abril, siguieron marcha los republicanos, y en la madrugada del 22 acamparon sus columnas en las plazas de la Mejorada y San Cristóbal, suburbios de Mérida. La campana mayor de la Catedral tocó rebato y el vecindario se estremeció de miedo, considerando que la guerra había llegado á sus puertas, y que la Ciudad iba á servirle de gran teatro.

Tan pronto como estuvo el General Cepeda Peraza en la plaza de la Mejorada, dispuso se abriera la puerta del Hospital para alojar en los corredores de éste edificio una parte de su fuerza; y en espera de que se verificara le acompañábamos en el atrio varios amigos, á tiempo que la Ciudadela de San Benito nos envió su saludo con un disparo de artillería, cargado de un bote de metralla, que pegó en la fachada del templo y regó sus proyectiles entre nosotros. Al Lic. Luis Gómez, que era uno de los que se hallaban allí, le clareó los pantalones en un muslo, una palanqueta de hierro, de las que contenía la metralla, sin tocarle el cuerpo. Esto le pareció de mal agüero, y el día siguiente estuvo encerrado en una casa, sin salir para nada á la calle.

El General Cepeda Peraza me preguntó de su familia, y le hice saber que se hallaba en la hacienda Valix, y me dió las gracias por mi previsión en sacarla de la Ciudad, que iba á ser el campo de batalla.

El Coronel Matías J. Cámara, en el instante que acampó la fuerza, principió á formar los atrincheramientos, como siempre lo verificaba en cualquier punto que ocupaba, habiéndose distinguido en esta campaña, por su actividad y previsión en practicar los atrincheramientos, lo mejor posible. Hizo arrancar las piedras de las aceras de las calles para levantar trincheras, tomó madera donde pudo encontrarla, pacas de henequén, sacos de tierra y cuanto hubo á la mano, propio para el objeto; el caso fué que cuando amaneció, la línea de los republicanos estaba concluida con sus avanzadas y sus respectivas trincheras, flotando en ellas el pabellón de guerra. Estas trincheras quedaban frente por frente de las de los imperialistas; pero las de éstos tenían la diferencia de que contaban con artillería de grueso calibre.

Desde que amaneció empezaron sus fuegos los imperialistas, fuegos de fusilería y de artillería con bala rasa y metralla, que ningún mal hacían á los nuestros. Las familias si sufrían y se consternaban. A la mía, la saqué por la noche y la llevé también á la hacienda Valix. Por cierto que al sacarla de la casa en que habitaba, la pasé por una horadación á la contigua, que era la de D. Pedro Casáres Tenorio, y al abrir la puerta de la de ésta, que daba á la esquina del Cuartel de Dragones, cayeron á nuestros pies todos los fusiles de la avanzada, que los tenía arrimados á la puerta que se abrió; pero por fortuna ningún fusil disparó, no obstante que todos estaban cargados.

Por la noche empezaron á practicarse horadaciones para avanzar la línea fortificada de los republicanos, de

modo que al siguiente día, las trincheras de la calle habían avanzado una cuadra y las horadaciones dos. Esto sucedía en el campamento de la Mejorada. En el de San Cristóbal se hacía lo mismo. En la plaza de la Mejorada y en la casa de la Sra. Tomasa Pacheco habitaba el General Cepeda Peraza, y allí quedó establecido el cuartel General. En el cuartel de caballería se alojó la del mando de su Jefe D. José Matilde Alcocer; y en las piezas interiores de este Cuartel, se puso la proveeduría á cargo de D. Juan Bautista Negroe.

En el campamento de San Cristóbal hizo de Jefe en los primeros días, un joven español, de apellido Casanova, y de segundo, el Comandante D. Anastasio Manzanilla, y después quedó éste de Jefe; pero luego fué reforzado con alguna tropa, y pasó el mando al Sr. Galindo.

El Coronel Leocadio Espinosa hizo de Mayor General de la División, y se alojó con la fuerza de reserva en la quinta Miraflores. Pasados algunos días se replegó á la plaza de la Mejorada.

CAPITULO XV.

«LA RAZÓN DEL PUEBLO.»

ASI se fueron pasando los primeros días del sitio, y entretanto yo hacía esfuerzos para fundar un periódico que sirviera de órgano á las fuerzas republicanas y al Gobierno civil, que había sonado la hora de establecer. Luché no poco por buscar impresores, y después me empeñé en que se llevase al edificio del hospital una impre-

ta, habiéndome fijado en la de D. Manuel Aldana Rivas, situada en la esquina del arco llamado del puente. Consegui su traslación á dicho edificio, la cual no dejó de costar algunos heridos, porque los imperialistas hacían un fuego vivo á los que iban por ella, tal vez por comprender la importancia del objeto de que se trataba, pues que la imprenta sería una arma terrible que íbamos á esgrimir contra ellos y su causa. Al fin quedó establecida bajo mi dirección, y lista en el salón de cirugía, por estar resguardado, para que los impresores pudieran trabajar con seguridad.

El día 29 de Abril del año de gracia de 1867, vió la luz el primer número del periódico oficial, y le di el nombre de «La Razón del Pueblo,» bien significativo en aquellas circunstancias en que se defendía la causa popular, los derechos del pueblo, y los defendía él mismo con las armas en la mano, siendo indispensable que también lo hiciera en el terreno de la razón, con el poderoso ariete de la prensa que abrió brecha en el edificio antiguo del mundo, y lo iluminó con los resplandores de la moderna civilización; la prensa, enemiga mortal de los tiranos y querida hermana de la libertad.

Con grande alegría saludaron los republicanos la aparición de «La Razón del Pueblo,» y los imperialistas se sobrecogieron de espanto al verla, según me informó un amigo, que quedó en la línea de aquellos.

Este fué el primer editorial que publiqué en sus columnas:

«En estos momentos en que la Nación mexicana ha conquistado gloriosamente con el valor de sus hijos su

libertad, que con infame traición le usurpó la invasión extranjera; en estos momentos en que la toma de Puebla ha añadido un nuevo lauro al Ejército nacional y, dado por consecuencia segura la rendición de Veracruz, de Querétaro, y aún de la misma Capital de la República, un puñado de hombres ilusos continúan defendiendo estérilmente la reducida línea del centro de esta Ciudad, que es á lo que se reduce el imperio en la Península, consiguiendo con tal conducta hacer más odiosa su causa, como que destrozarán más edificios y dañarán solo á las inocentes familias, sin causar mal ninguno á nuestras tropas, entre las cuales cada día es mayor el entusiasmo que tienen de batir á su enemigo temeroso, que se oculta tras sus atrincheramientos, sin atreverse á salir á empeñar un combate, porque bastante fresca tiene la memoria de sus repetidas derrotas.

Sí, sus repetidas derrotas. Y si antes no pudo vencer á las tropas republicanas, que carecían de recursos, ¿podrán tener ahora alguna esperanza sus enemigos, que tienen en contra todo el país y sus elementos? ¿Con qué derecho, pues, hombres obsecados continuais en vuestra temeridad? Pensad que ya el imperio no hace otro papel, que el de una gavilla, sin justicia, sin nombre y sin bandera: pensad que la sangre que derramais es contra la voluntad de la Nación, y como si fuera por la guerra civil, lo cual es contrario á la promesa que el Emperador, vuestro amo, hizo en su manifiesto al país, de no manchar su bandera con la sangre de la guerra civil: pensad, por último, que el Imperio se acabó con la salida de México del Ejército francés, y desde que la Legación austriaca

ca gestiona en los Estados Unidos, para que esta potencia, amiga suya, interceda á fin de que prisionero que sea Maximiliano, no se le dé muerte.

Con bastante consideración hemos tratado á nuestros enemigos, y por eso se han reído y hecho mofa de nuestra generosidad; pero una vez que se han apurado los medios de humanidad y de abnegación que dicta el patriotismo, cúlpense de los severos castigos que les sobrevengan. Y como ellos son los únicos responsables de la sangre que se siga derramando, pagarán con la suya el valor de las víctimas que se sacrifiquen.

Atendida nuestra fuerza y las ventajas que tenemos sobre ellos, no habrá quien desconozca la grandeza de alma con que se les ha llamado á rendirse con la garantía de la vida; pero ya que todo lo desprecian, sea, y que la sangre corra y caiga sobre la cabeza de los malos yucatecos, que olvidándose de las desgracias del suelo en que nacieron, de lo que deben á esta Ciudad, y atendiendo solo á ruines pasiones, aconsejan á su llamado Comisario, que ninguna simpatía tiene por el país, que se sostenga á todo trance.

¡ Hombres alucinados, atended que ahora no se trata de una guerra civil, de una cuestión personal, para que en último caso, con poner una bandera blanca y capitular, la guerra se concluya evaporada en las copas de un banquete fraternal, nó; es una cuestión nacional y de principios, de independencia y libertad; es cuestión de los derechos del pueblo, que hay que conquistar aún con el sacrificio de su sangre!—Mérida, Abril 29 de 1867.»

Todos esperaban con avidez la hora de la circula-

ción del periódico para leerlo; y su lectura producía animación, á veces gritos y vivas entre la tropa. Hubo día que viese yo un centinela con el fusil entre los brazos, leyendo «La Razón del Pueblo.»

Esta hoja era leída en el campamento imperialista, y su primer número causó asombro y miedo. Para que llegara á la plaza, se pagaban varias mujeres que llevaran el periódico, y nuestros soldados lo lanzaban á los enemigos en las horadaciones.

En el número 2 se publicó el nombramiento de Jefes políticos, hecho de la manera siguiente: Mérida, el Sr. Lic. Manuel Cirerol; Maxcanú, D. Tranquilino Puerto; Ticul, D. Felipe Medina; Sotuta, D. Evaristo Esquivel; Izamal, Dr. Domingo Evia; Espita, D. Francisco Osorno; Tizimin, D. Eusebio García; Valladolid, D. Rafael Novelo; y Motul, D. José Cirerol.

CAPITULO XVI.

AVANZAN LAS FORTIFICACIONES.

GRAN falta hacía entre nosotros D. Eligio Ancona, para que se encargara de la Secretaría de Gobierno, en cuya Oficina estaba práctico y tiene conexión con su carácter apacible; pero como se hallaba en la plaza de San Juan, donde no llegaba nuestra línea, fué preciso sacar dos guerrillas que fueran por él, y con ellas se presentó al Cuartel general.

En el momento se encargó de la Secretaría de Go-

ca gestiona en los Estados Unidos, para que esta potencia, amiga suya, interceda á fin de que prisionero que sea Maximiliano, no se le dé muerte.

Con bastante consideración hemos tratado á nuestros enemigos, y por eso se han reído y hecho mofa de nuestra generosidad; pero una vez que se han apurado los medios de humanidad y de abnegación que dicta el patriotismo, cúlpense de los severos castigos que les sobrevengan. Y como ellos son los únicos responsables de la sangre que se siga derramando, pagarán con la suya el valor de las víctimas que se sacrifiquen.

Atendida nuestra fuerza y las ventajas que tenemos sobre ellos, no habrá quien desconozca la grandeza de alma con que se les ha llamado á rendirse con la garantía de la vida; pero ya que todo lo desprecian, sea, y que la sangre corra y caiga sobre la cabeza de los malos yucatecos, que olvidándose de las desgracias del suelo en que nacieron, de lo que deben á esta Ciudad, y atendiendo solo á ruines pasiones, aconsejan á su llamado Comisario, que ninguna simpatía tiene por el país, que se sostenga á todo trance.

¡ Hombres alucinados, atended que ahora no se trata de una guerra civil, de una cuestión personal, para que en último caso, con poner una bandera blanca y capitular, la guerra se concluya evaporada en las copas de un banquete fraternal, nó; es una cuestión nacional y de principios, de independencia y libertad; es cuestión de los derechos del pueblo, que hay que conquistar aún con el sacrificio de su sangre!—Mérida, Abril 29 de 1867.»

Todos esperaban con avidez la hora de la circula-

ción del periódico para leerlo; y su lectura producía animación, á veces gritos y vivas entre la tropa. Hubo día que viese yo un centinela con el fusil entre los brazos, leyendo «La Razón del Pueblo.»

Esta hoja era leída en el campamento imperialista, y su primer número causó asombro y miedo. Para que llegara á la plaza, se pagaban varias mujeres que llevaran el periódico, y nuestros soldados lo lanzaban á los enemigos en las horadaciones.

En el número 2 se publicó el nombramiento de Jefes políticos, hecho de la manera siguiente: Mérida, el Sr. Lic. Manuel Cirerol; Maxcanú, D. Tranquilino Puerto; Ticul, D. Felipe Medina; Sotuta, D. Evaristo Esquivel; Izamal, Dr. Domingo Evia; Espita, D. Francisco Osorno; Tizimin, D. Eusebio García; Valladolid, D. Rafael Novelo; y Motul, D. José Cirerol.

CAPITULO XVI.

AVANZAN LAS FORTIFICACIONES.

GRAN falta hacía entre nosotros D. Eligio Ancona, para que se encargara de la Secretaría de Gobierno, en cuya Oficina estaba práctico y tiene conexión con su carácter apacible; pero como se hallaba en la plaza de San Juan, donde no llegaba nuestra línea, fué preciso sacar dos guerrillas que fueran por él, y con ellas se presentó al Cuartel general.

En el momento se encargó de la Secretaría de Go-

bierno y á mí me nombraron Tesorero general, puesto delicado y peligroso, porque había que luchar con las exigencias de los militares y la natural oposición de los contribuyentes á un gobierno naciente y de hecho; pero nada era difícil tratándose de servir á la causa de la República.

Con D. Eligio Ancona llegó á la Mejorada el Lic. D. Manuel Meneses, en cuya casa estaba aquel; pero se volvió para San Juan y fué preso por los imperialistas, que lo llevaron á la cárcel, donde habían varios por efectos á la República. Allí estaban los Sres. Licenciados Manuel Peniche y José Prudencio Hijuelos, y otros Sres.

En seguida el Gobierno civil dispuso hacer un préstamo forzoso á los propietarios, el cual se fué cobrando conforme se iba pudiendo, y con su producto ya se pudo dar algún socorro á las tropas, que bien lo necesitaban.

El Jefe político se proporcionó carros de tráfico, y bajo la dirección de D. Teodoro Echazarreta los utilizó en acarrear granos de los pueblos y haciendas, no solo para el consumo de las tropas, sino también para el de las familias pobres, que quedaban fuera del recinto fortificado de los imperialistas.

En la plaza de la Mejorada se formaba de mañana un mercado en que se abastecían las familias de carne, granos y legumbres, aunque con algún riesgo, porque á veces las balas de cañón llegaban á dicho lugar de venta.

Por estos días el médico director del Hospital, Dr. Manuel Dondé Preciat tuvo un lance desagradable con un Sr. Riverón que había estado fungiendo de Médico de la División, antes de que ésta entrase en Mérida.

Este Sr. Riverón salió de la cárcel con los presos políticos el 15 de Marzo, por cuya razón se consideraba como el Médico nato de los republicanos, y disputaba al Sr. Dondé la dirección del Hospital, agriándose de tal manera la disputa, que un día se desafiaron y se batieron en el Cuartel de Caballería, manifestándose ambos paladines con valor, y saliendo sin lesión alguna, porque las pistolas fueron cargadas sin balas; pero sin que ellos supieran el acuerdo que tomaron los amigos y padrinos de los dos combatientes.

Una bala de cañón pegó en la trinchera situada una cuadra al Poniente de la plaza de la Mejorada, rompió las piedras de que estaba formada, y un pedazo le llevó media cabeza al centinela, que se hallaba resguardado á un lado de la esquina, siendo también heridos otros dos soldados. Estos pidieron los auxilios religiosos y se los prestó mi hermano el Presbítero, al pie de la trinchera, porque era el Capellán del Hospital. No fué ésta la única vez que lo llevaron á puntos peligrosos á ejercer su ministerio, y siempre se prestó sin contradicción ni disgusto.

Por las noches, los campamentos de Mejorada y San Cristóbal, se animaban con las diferentes músicas que trajeron de los pueblos las secciones de que se componía la División republicana; y mientras éstas tocaban, la línea enemiga vomitaba bala rasa y metralla sobre la nuestra, destruyendo ventanas y averiando los edificios. La torre derecha del templo de la Mejorada, por lo regular servía de blanco, hasta que no pudo resistir más y se vino al suelo. Sin embargo, los nuestros continuaban

su trabajo de zapa, avanzando las horadaciones de casa en casa, y de manzana en manzana; pero al encontrarse con el enemigo, trababan con éste combate reñidísimo, á veces al arma blanca, y de persona á persona. La ciudadela de San Benito lanzaba granadas que se veían bien con la oscuridad de la noche, las cuales describían un arco para caer tras nuestros campamentos, ó estallaban en el aire. Las tropas se acostumbraron tanto á ver las granadas, que se divertían con ellas viéndolas venir, con la misma alegría con que los niños celebran la ascensión de un globo aerostático, con gritos y silbidos.

Una pieza de artillería, de montaña, á las órdenes de D. Miguel M. Doportó, llegó á colocarse á dos cuerdas al Oriente de la plaza de Santa Lucía, y desalojó con sus fuegos al enemigo que ocupaba las azoteas contiguas al templo de aquella plazuela.

Las fortificaciones fueron avanzando tanto, que ya llegaban á las manzanas inmediatas al Comisariato. En una de éstas se empeñó un combate, del que salió herido D. José Dolores Sierra, habiéndose creído en los primeros momentos que la herida era mortal, porque fué en el vientre; pero después se reconoció que no, y la herida empezó á curarse, sanando al fin y quedando bueno el paciente que aún está vivo.

Una cuadra al Oriente del Comisariato se situó una fuerza sobre las azoteas de las casas para batir á los imperialistas que ocupaban la manzana del teatro San Carlos, á las órdenes del bravo Comandante Benjamín Cantarell, quien pagó caro su arrojo, porque en seguida recibió una bala que lo hizo caer muerto al suelo. Casi

tođa su tropa quedó fuera de combate con los fuegos del Comisariato y de las torres de la Tercera Orden que la dominaba, y allí mismo se tuvo que improvisar un hospital dirigido por D. Ramón Albert, que estaba próximo á recibirse de Doctor.

Ya nuestras fuerzas estaban tan aguerridas, que impávidamente oían tronar el cañón enemigo, y ni siquiera se levantaban los soldados cuando estaban acostados, y pasaba silvando cerca de ellos el proyectil, ya fuese bala rasa ó metralla.

Sabían las horas en que el enemigo atacaba, y lo esperaban con serenidad para batirlo y rechazarlo. Por lo regular los combates tenían lugar de mañana, entre dos y tres de la tarde y en la madrugada.

De mañana salía de cuando en cuando una columna imperialista al mando de D. Marcelino Villafaña, con la pretensión de envolver el campamento de San Cristóbal, que se creía débil; mas nunca lo consiguió. Siempre fué rechazada con bizarría, no obstante que mientras la columna batía de frente y por los costados algún atrinchero, los baluartes de la ciudadela de frente á San Cristóbal, hacían fuego de artillería y fusilería sobre el mismo campamento. No pocos fueron los heridos al pasar por la plaza, por el atrio del templo y aún en las torres de éste.

Con el avance de las fortificaciones coincidió el nombramiento de Jefes de las líneas avanzadas, recayendo el de la calle de la Mejorada en D. Miguel Espada Guerra; el de la manzana inmediata al Comisariato, en el Teniente Coronel Ramón V. Chambó, sirviéndole de segundo

D. José M.^a Castañeda; el de la manzana contigua á Santa Lucía, el Coronel José Antonio Muñoz.

En la línea del mando de Chambó, al practicarse una horadación, los soldados se encontraron con una caja que contenía onzas de oro, se las apropiaron y después las cambiaban con plata, y las daban á razón de cuatro pesos. Dicho tesoro se contaba que pertenecía á las Sras. Echánoves.

Asimismo en la línea á las órdenes del Coronel Muñoz, los soldados conocieron que algo había en el pozo de la casa del Sr. D. Manuel Elizalde, y con este conocimiento, uno descendió al agua y sacó los envases que contenían una cantidad de dinero, que entonces se dijo era de ochocientos pesos.

CAPITULO XVII.

LA TOMA DE SISAL.

EL General en Jefe mandó organizar y municionar una sección de 300 hombres, que puso á las inmediatas órdenes de su hermano el Teniente Coronel José Apolinar Cepeda Peraza, cuya fuerza emprendió su marcha muy de mañana, yendo con ella el mismo General en Jefe y la Caballería. Se encaminó por la carretera de Sisal, y en el tránsito de Mérida á Hunucmá, no hubo ninguna novedad; pero en esta villa su guarnición hizo una escaramuza sobre la caballería, que marchaba á la vanguardia, y entonces ésta se precipitó al galope contra

sus agresores, haciendo fuego con las carabinas, y en seguida acometiendo con lanza en ristre. Dicha guarnición se dispersó, habiendo sido herido su Jefe, D. Santiago Bolio, de un bote de lanza.

Después de esta escaramuza, la tropa descansó mientras recibía instrucciones del General en Jefe, el Teniente Coronel Cepeda. Incontinenti éste siguió su marcha, rumbo al Puerto de Sisal, con la columna de su mando, y el General en Jefe se replegó al Cuartel General de Mérida; mas antes de ingresar en él, visitó á su familia en la hacienda Valix.

Uno de los que acompañaban al General en Jefe en la marcha á Hunucmá, fué el Sr. Lic. Miguel Castellanos Sánchez, cuyo señor llevaba un caballo tan pequeño, que en el encuentro de armas, al galopar la caballería, el animal flaqueó y dió al suelo con el jinete, cayendo éste en un lodazal, quien se puso desconocido con el baño de lodo que tomó.

El Teniente Coronel Cepeda Peraza, sorprendió á la avanzada de Sisal, que vigilaba el camino carretero, la cual contaba con una trinchera y una pieza de artillería, pero flanqueada quedó en poder de los nuestros, sin haber hecho resistencia de ninguna clase. A continuación se aproximó al castillo en que estaba la guarnición del puerto, y dió principio al ataque, rompiendo sus fuegos sobre el fuerte. La guarnición, por su parte, aceptó el combate, defendiendo la fortaleza con valor y decisión. Sus fuegos no solo eran de fusilería, sino también de artillería, habiendo contenido el empuje de los republicanos por más de una hora; y sin embargo de su tenacidad y

de lo que sufrían los nuestros, contando con muchas pérdidas, y teniendo heridos á varios oficiales, se sobrepuso á los esfuerzos del enemigo, y cayó en su poder el castillo, apagando antes los fuegos de artillería, por haberse aproximado á los baluartes tanto, que una de las columnas de ataque rompió la puerta de la fortaleza, y penetró su interior, yendo tras ella toda la fuerza, y coronando la victoria sus heroicos trabajos.

Quedaron en poder de los nuestros, prisioneros, parque, tres piezas de artillería, y el rancho preparado para la guarnición, que tomó nuestra tropa.

Entre los oficiales heridos, lo fué D. José Alejandro Ibarra, tío del Sr. Ignacio Magaloni.

Concluida la función de armas, los empleados del Puerto se fueron presentando al Jefe republicano. Algunos no lo pudieron verificar tan pronto, debido á la distancia á que se retiraron á ocultarse, por temor á las penas que les pudieran imponer. D. Miguel Cicero y D. José González Duarte se mantuvieron en la Ciénega, 24 horas, de donde no salieron, sino hasta que tuvo noticia de su paradero el Jefe Cepeda, y los mandó buscar para que se le presentaran.

Vuelto al orden republicano el Puerto de Sisal, se nombró Comandante Militar al Sr. Santiago Medina; y encargado de la Aduana marítima á D. Olegario Molina.

El Teniente Coronel Cepeda dejó en dicho punto una corta guarnición, para evitar una sorpresa de la Escuadrilla Imperialista que cruzaba por aquellas aguas, contando entre sus embarcaciones el vapor «Mosquito,» la cual estaba al mando de D. José María Roca. Mas

dicha Escuadrilla, vuelto Sisal á la república, se fué para no volver, llevándose el vapor dicho al extranjero, donde lo vendió el Sr. Roca.

La fuerza victoriosa abandonó Sisal, y se replegó á Mérida, habiendo dispuesto el Cuartel General, que acampase en el suburbio de Santiago, para ir de este modo completando el sitio de la Capital. Así se hizo, y entonces el Teniente Coronel Cepeda empezó á establecer su línea por aquel rumbo, practicando horadaciones como se había hecho en la Mejorada y San Cristobal.

Los imperialistas hostilizaban su tropa, desde las alturas, y, en particular, desde las torres del templo de Jesús María. De allí salió un tiro, que pegó en los hierros de una ventana, en que asechaba el Teniente Coronel dicho, y de rebote la bala le golpeó en la cabeza, dejándole enfermo varios días.

Al establecerse el campamento de Santiago, el Coronel Manuel Fuentes fué enviado á ocupar la Ermita de Santa Isabel, con una columna de cien hombres para servir de base á la línea que había de formarse al Sur de la ciudad, y al mismo tiempo para apoyar el campamento de Santiago, y prestarle eficaz auxilio en el caso de que el enemigo lo quisiese batir.

Esto último sucedió, saliendo con sigilo una fuerza de la línea enemiga á querer envolver por su flanco izquierdo el campamento de Santiago. Se empeñó, á una cuadra de distancia de la plaza de este Suburbio, un rudo combate, en que las dos partes tuvieron bajas de consideración, triunfando los nuestros y derrotando á los contrarios, que en dispersión se volvieron á su línea, tan

luego como se sintieron batidos á su vez, por un flanco, por las fuerzas de la Ermita de Santa Isabel.

La artillería de Sisal fué traída á Mérida, y puesta á las órdenes del Comandante del arma D. Angel Miranda. Este Jefe colocó una pieza de 24 en la esquina del ángulo S. O. de la plaza de la Mejorada, y en este lugar empezó á hostilizar al enemigo, haciendo fuego sobre su línea, en la que también él contaba con una pieza de grueso calibre para batir en la misma dirección á la nuestra. A los dos días dicha pieza pasó al ángulo N. O. de la misma plaza, y sirvió para hacer fuego á la fuerza que ocupaba el edificio del Comisariato Imperial.

El campamento de Santiago avanzó rápidamente sus fortificaciones hasta llegar al templo de Jesús María, en cuya manzana hubo una sangrienta refriega, y en ella muchos muertos y heridos de las dos partes, pero quedando la victoria de nuestra lado, y los nuestros dueños del terreno.

CAPITULO XVIII.

LOS DÍAS CUATRO Y CINCO DE MAYO.

LOS imperialistas fueron saliendo de su línea en cortas guerrillas, y ocuparon la plaza de Santa Ana en número de 300 ó 400 hombres, mandados por D. Marcelino Villafaña, con objeto de observar las operaciones militares y movimientos de los nuestros, de proteger la entrada de víveres en la plaza que ya escaseaban, y de ver si po-

día dar algún golpe de mano por la retaguardia ó por algún flanco al Cuartel General de la Mejorada. Dicha fuerza se atrincheró bien en la plaza, en las alturas, en el atrio y en las torres del templo de Santa Ana, aguardando una ocasión propicia para salir como la astuta zorra y lanzarse sobre su presa. Pero los nuestros tenían fija su atención en ella, y no solamente no se descuidaban, sino que instaban al General en Jefe, para que ordenase la fuesen á batir; pero el General Cepeda Peraza, observaba y no aventuraba el ataque, hasta que tuvo listos todos sus elementos, pues temía que al emprender una acción por aquel lado, el enemigo se echase sobre algún punto débil de nuestra línea y se generalizase la acción, llevando nuestras armas la peor parte. Fuera de ésto, Villafaña tenía cerca los auxilios de la plaza, eran fuertes sus posiciones, su fuerza estaba bien disciplinada, y él contaba con su audacia y valor.

No obstante todas estas circunstancias, el General en Jefe resolvió batir á Villafaña, y el día 4 de Mayo, desde muy de mañana, se empezaron á organizar las columnas de ataque. Se formaron tres columnas de á 100 hombres, habiéndose confiado el mando de ellas á los Coroneles José Antonio Muñoz, José María Castañeda, y al Teniente Coronel Ramón V. Chambó. Además marchó medio escuadrón de caballería, es decir, 100 hombres al mando del finado jóven D. Donaciano Sobrino. Debió marchar el Comandante Alcocer, pero dió sus excusas y hubo que complacerlo, porque aunque era de valor probado y patriota, tenía excentricidades de carácter, que había que tolerarle. Ese día se negó á ir al combate.

Las columnas de ataque formaron en la plaza de la Mejorada, y desde allí emprendieron su marcha, con las banderas desplegadas sobre Santa Ana, á las órdenes del General en Jefe, que personalmente dirigió la función de armas, haciéndole los honores de la guerra á dicha plaza.

El orden de batir fué éste; el General en Jefe marcharía rebasando la ciudad á encontrar el camino carretero que conduce á Progreso, y que en línea recta se dirige á la plaza de Santa Ana, para batirla de frente por el Norte, con la primera columna y la caballería. Las otras dos columnas debían operar por Oriente y Poniente. La del mando del Coronel Castañeda llevó orden de no penetrar la plaza, sino de quedarse emboscada á dos cuadras al Sur de ella, con el doble propósito de no dejar que le fuese auxilio, y de impedir que los derrotados se replegaran á su línea del centro.

A las diez de la mañana, las columnas de ataque rompieron sus fuegos sobre la plaza enemiga, tan simultáneamente como les fué posible. Esta les correspondió de la manera más enérgica, haciendo descargas cerradas y causando pérdidas á nuestros valientes soldados que se presentaban á pecho descubierto. Sin embargo de aquella resistencia tenaz y porfiada, la caballería y el General en Jefe llegaron á los atrincheramientos del enemigo, y con los pechos de los caballos tiraron las piedras sueltas de que se componían, auxiliados á tiempo por la infantería, abrieron brecha y penetraron la plaza á las doce del día.

Con todo, el fuego no cesó, porque la tropa de las

alturas continuaba tirando, y sucedió lo mismo que en Tecoh. Los nuestros tuvieron que subirse á las torres del templo para apagar sus fuegos, y entonces se desmoralizaron los imperialistas, arrojándose al suelo algunos desde la altura para no ser prisioneros, y se hicieron pedazos. Un grupo de artesanos de Mérida, sostuvo sus fuegos en otra altura y no se rindió, sino que dejó de tirar cuando se le consumió el parque, y aún así peleaba á la bayoneta, de cuya arma se usó mucho en este combate. Hacia de Jefe del punto el platero D. Loreto Carrillo, quien hecho prisionero, estuvo en riesgo de ser pasado por las armas. Pero me empeñé en que fuera juzgado ántes, con objeto de que pasada la efervescencia de los primeros momentos, ya no se le matase, como sucedió.

Por desgracia, el Coronel Castañeda no pudo cumplir las instrucciones del General en Jefe, llegó tarde á emboscarse al punto que le señalaron, y no pudo detener á los derrotados imperialistas, que se replegaron á su campamento del centro.

Entre los que murieron en dicha función de armas, se contó á D. José Dolores García, Comandante de las compañías de los Chenes, las que más se distinguieron en ella, por su decisión y arrojo en asaltar los atrincheramientos del enemigo, hasta haber empujado la trinchera de la carretera de Progreso, cuando los imperialistas la ocupaban, haciendo fuego tras de ella, y no pudieron impedir que la asaltaran á bayoneta calada, y penetraran á la plaza; pero todos sus bríos quedaron desconcertados al caer muerto su Jefe García de un balazo, disparado de

las torres del templo. Le penetró la bala de arriba abajo en el tronco de la garganta, y seguramente le interesó la columna vertebral el proyectil, atacándole los centros nerviosos, por cuya razón se redujo su cuerpo, quedando de un tamaño muy pequeño, habiendo sido en vida un hombre alto y de buenas formas. Sus soldados, en el acto de caer lo rodearon y le hicieron demostraciones patéticas de cariño. Lo lloraron como unos niños y se creyeron huérfanos como los hijos que pierden á su padre, pues tal era el afecto que le profesaban por su valor y buen carácter. Maldecían á los imperialistas y juraban no dejar ninguno con vida; mas sus arranques de venganza fueron pasajeros.

Después de la acción, cuidadosamente condujeron el cadáver de su Jefe á la plaza de la Mejorada, y lo atendieron hasta darle sepultura.

El enemigo no tuvo tiempo de cargar su parque y lo dejó en poder de los nuestros, lo mismo que su repuesto de armas, además de los prisioneros que se le hicieron.

Para juzgar al Oficial prisionero D. Loreto Carrillo, propuse al Lic. D. Alvino Manzanilla, con el propósito de que retardara el proceso, porque como nuevo en la profesión de abogado, tenía poca práctica y había de tropezar con dificultades, sobre todo, tratándose de un proceso militar, en el que no estaba versado; y así fué en efecto: se concluyó el sitio de Mérida y la causa no se terminó.

Se presentaron al campamento de la Mejorada, procedentes de la Habana, D. Manuel Mendiola, el General

D. José de la Parra y D. Joaquín Villalobos. El primero trajo un repuesto de cápsulas, y las trajo á tiempo, porque ya se estaban agotando las que servían á las tropas, y se necesitaba reponerlas para la prosecución de las operaciones militares. El General Parra fué útil, pues prestó buenos servicios á nuestra causa, dirigiendo con acierto las maniobras de artillería, de la cual se encargó en el acto. Aún parece que lo estoy viendo montado en un caballo chico y manso, recorriendo nuestra línea y dando sus órdenes á los artilleros.

Los Sres. Eligio Barrera y Juan Fierros dieron noticia de la existencia de gran cantidad de pólvora en pasta, del polvorín de San Pedro, é inmediatamente se ocurrió por ella para la elaboración de parque, en particular de artillería.

El día 5 de Mayo consiguió salir de la línea enemiga el Sr. Lic. José Antonio Cisneros, y se presentó en la mañana en nuestro campamento de la Mejorada, cuya presencia en él daba fuerza y valor á nuestra causa, por su saber y prestigio.

Ese día D. Joaquín Villalobos, entusiasmado con las músicas, los cohetes, los repiques de campanas, y los vivas de los soldados, quiso arengar á éstos al pie de las trincheras, escogiendo el campamento de San Cristóbal para lucir su elocuencia; pero apenas intentó empezar su primer discurso, puesto de pie sobre una trinchera, las balas enemigas le interrumpieron, le hicieron bajarse, desistiendo de su pretensión, y se retiró asustado al Cuartel general, yéndose después á Sisal á embarcarse para Veracruz.

Los fuegos de dicho día fueron muy vivos por toda la línea, tanto que en la tarde, de vuelta de acompañar al General en Jefe á recorrerla, mi caballo recibió una bala en la barriga, que en pocos instantes lo dejó muerto.

«La Razón del Pueblo» se engalanó ese día glorioso con un editorial conmemorativo del 5 de Mayo de 1862, defendiéndonos del cargo de liberales de callejuela y decidores de la buena ventura, que nos hizo el orador clásico del Imperio, en sus buenos tiempos, y probándole que nuestro liberalismo no se evaporaba en las copas de los brindis, sino que también lo defendíamos en el campo de batalla, con las armas en la mano.

Por la noche hubo serenatas, y una fué al Cuartel general cuando ya estábamos recogidos. Nos levantamos y brindamos por el próximo triunfo decisivo de nuestra causa en toda la Nación. Entonces D. Manuel Fuentes brindó por la juventud ilustrada que hacía la campaña con las armas y la pluma.

CAPITULO XIX.

EL AUXILIO DE IZAMAL.

DESPUES de los acontecimientos referidos, el Cuartel general dió la orden de montar una pieza de artillería del calibre de 24, en la trinchera de la calle principal de Santa Ana, á dos cuadras del Comisariato Imperial. Igualmente dispuso que otra pieza de artillería fuese co-

locada en la trinchera situada en el ángulo S. E. de la plaza de San Juan Bautista.

La primera había de servir para hostilizar el Comisariato y la Plaza de armas, y la segunda, para batir la fuerza imperialista parapetada en las azoteas de la manzana de la Lonja, y también la Plaza de armas por el lado del Poniente.

El Comandante Miranda fué el Jefe de la Artillería que debía operar por la calle de Santa Ana, y el General Parra, el de la plaza de San Juan. Ambos cumplieron con su deber exactamente, y pronto quedaron apagados los fuegos de la artillería enemiga en la dirección en que estaba la nuestra. La pieza de la casa, de D. Joaquín Calixto Gil entonces, que hace esquina rumbo á San Juan, fué demolida, y entonces nuestras tropas pudieron llegar á ella por horadaciones.

En este estado las cosas, se pasaron los días sin que ningún acontecimiento notable hiciese variar su aspecto, hasta el 13 de dicho mes, fecha en que se supo oficialmente que D. Francisco Cantón, D. Feliciano Padilla, D. Gumesindo Ruiz y D. Gerardo Valle, Jefes imperialistas, habían levantado en el Oriente y Sur del Estado, la fuerza que guarnecía la línea fronteriza á los indios bárbaros, y lograron reunir de 500 á 600 hombres, con los cuales se presentaron delante de la ciudad de Izamal para batirla. Esta contaba con una guarnición de noventa hombres mal armados, y una pieza de artillería peor montada, á las órdenes del Teniente Coronel D. Felipe Díaz, quien obraba de acuerdo con el Jefe político D. Domingo Evia, y el gran amigo de éste D. Norberto Pacheco.

Los fuegos de dicho día fueron muy vivos por toda la línea, tanto que en la tarde, de vuelta de acompañar al General en Jefe á recorrerla, mi caballo recibió una bala en la barriga, que en pocos instantes lo dejó muerto.

«La Razón del Pueblo» se engalanó ese día glorioso con un editorial conmemorativo del 5 de Mayo de 1862, defendiéndonos del cargo de liberales de callejuela y decidores de la buena ventura, que nos hizo el orador clásico del Imperio, en sus buenos tiempos, y probándole que nuestro liberalismo no se evaporaba en las copas de los brindis, sino que también lo defendíamos en el campo de batalla, con las armas en la mano.

Por la noche hubo serenatas, y una fué al Cuartel general cuando ya estábamos recogidos. Nos levantamos y brindamos por el próximo triunfo decisivo de nuestra causa en toda la Nación. Entonces D. Manuel Fuentes brindó por la juventud ilustrada que hacía la campaña con las armas y la pluma.

CAPITULO XIX.

EL AUXILIO DE IZAMAL.

DESPUES de los acontecimientos referidos, el Cuartel general dió la orden de montar una pieza de artillería del calibre de 24, en la trinchera de la calle principal de Santa Ana, á dos cuadras del Comisariato Imperial. Igualmente dispuso que otra pieza de artillería fuese co-

locada en la trinchera situada en el ángulo S. E. de la plaza de San Juan Bautista.

La primera había de servir para hostilizar el Comisariato y la Plaza de armas, y la segunda, para batir la fuerza imperialista parapetada en las azoteas de la manzana de la Lonja, y también la Plaza de armas por el lado del Poniente.

El Comandante Miranda fué el Jefe de la Artillería que debía operar por la calle de Santa Ana, y el General Parra, el de la plaza de San Juan. Ambos cumplieron con su deber exactamente, y pronto quedaron apagados los fuegos de la artillería enemiga en la dirección en que estaba la nuestra. La pieza de la casa, de D. Joaquín Calixto Gil entonces, que hace esquina rumbo á San Juan, fué demolida, y entonces nuestras tropas pudieron llegar á ella por horadaciones.

En este estado las cosas, se pasaron los días sin que ningún acontecimiento notable hiciese variar su aspecto, hasta el 13 de dicho mes, fecha en que se supo oficialmente que D. Francisco Cantón, D. Feliciano Padilla, D. Gumesindo Ruiz y D. Gerardo Valle, Jefes imperialistas, habían levantado en el Oriente y Sur del Estado, la fuerza que guarnecía la línea fronteriza á los indios bárbaros, y lograron reunir de 500 á 600 hombres, con los cuales se presentaron delante de la ciudad de Izamal para batirla. Esta contaba con una guarnición de noventa hombres mal armados, y una pieza de artillería peor montada, á las órdenes del Teniente Coronel D. Felipe Díaz, quien obraba de acuerdo con el Jefe político D. Domingo Evia, y el gran amigo de éste D. Norberto Pacheco.

Al noticiar el Sr. Evia que estaba intimada la guarnición de Izamal, pedía auxilios de fuerza y de parque, indicando que procuraría sostenerse dicha guarnición, mientras la pudieran socorrer.

El General en Jefe resolvió marchar en persona á prestar el auxilio solicitado, pues no quería que se perdiera plaza tan importante como aquella.

Al efecto ordenó que se organizase una sección de 200 hombres al mando del Coronel José Antonio Muñoz, y la caballería á las órdenes del Comandante José Matilde Alcocer. La fuerza quedó lista la tarde del 14, y esa misma tarde manifestó el General Cepeda Peraza, su deseo de que uno lo acompañase en calidad de Secretario en aquella expedición. El Sr. Cisneros no pudo ir por la enfermedad que adolecía; el Sr. Ancona porque no sabía montar á caballo; el Sr. Cirerol por las atenciones de la Jefatura política, y fui yo. En el acto alisté mi caballo y coloqué en los cojinillos mil pesos, después de socorrer á la tropa.

Entrando la noche emprendimos marcha con la caballería y pernoctamos en Valix, donde vivían nuestras familias. Al toque de diana, á las cinco de la mañana, levantamos el campo y seguimos camino, por la carretera de Izamal, incorporándonos la infantería que había salido poco antes del Cuartel General.

Almorzamos y tomó su primer rancho la tropa en Tixkokob. Después continuamos la marcha para Motul, población en que descansó la tropa, tomó su segundo rancho, y en la tarde seguimos camino para el pueblo Bokobá.

En éste, nos atrincheramos en la plaza. Se cogieron y mataron dos reses para el rancho de la tropa, del día siguiente. El General en Jefe me propuso que él y yo veláramos á media noche; pero fué inútil, porque ninguno de los dos pudo dormir con el ruido de los soldados, y el cuidado de que pudiera presentarse el enemigo á batirnos: sin embargo, no hubo novedad.

A las cuatro de la mañana levantamos el campo y avanzamos una legua por el camino de Tekantó. En seguida nos desviamos de esta vía principal, y por veredas de haciendas, nos condujo un práctico al pueblo Cilticum, el último para llegar á Izamal.

En dicho pueblo nos desayunamos y continuamos la marcha por la carretera principal. Ya próximos á las primeras casas de Izamal, se nombró una guerrilla de 25 hombres de caballería, para que fuera de descubierta y diera aviso á la plaza de que íbamos en su auxilio. El General en Jefe ordenó que dicha guerrilla la mandase su ayudante D. Manuel Fernández Montilla, recientemente asesinado; pero D. Felipe Jiménez, que me acompañaba, pidió encabezarla y se lo permitió.

Puesto al frente de su fuerza, rompió la marcha á galope, yendo los soldados con carabina en mano. A lo más galoparon 30 ó 40 varas de nosotros, cuando les hicieron fuego de ambos lados del camino. Habían emboscadas del enemigo. Acto continuo aquellas fueron flanqueadas y huyeron. Al llegar al lugar en que habían estado, nos encontramos con que quedaron fuera de combate siete hombres de caballería. Entre éstos mi amigo Jimenez, clareado por una bala en la espalda, y

además, recibió tres machetazos en la cabeza, que le infirieron los enemigos. Estos, con la velocidad del rayo, cayeron á machetazos sobre la guerrilla de descubierta, y le quitaron la espada y un peso á Jimenez, que poco antes le había facilitado en Citilcum. Fué tan violento este despojo, que á los primeros disparos apretamos el paso, y con todo, cuando llegamos, estaba concluido.

El Sargento de la guerrilla, también recibió una herida mortal en el pecho, y le ví en las ansias de la agonía, asirse de las yerbas que tenía cerca, y murió con ellas entre las manos.

Jimenez quedó como muerto, sin movimiento ninguno, y sin embargo lo hice cargar y llevar hasta la primera casa que alcanzamos, la cual, aunque se hallaba cerrada, mandé desarrajar la puerta, y en una hoja de ésta, dispuse que lo colocaran, con propósito de enviar por él en seguida.

Muy conveniente fué la disposición de que esquiváramos el camino de Tekantó, porque en él nos aguardaba Padilla emboscado con bastante fuerza, y quizá nos hubiera envuelto y derrotado, mientras que por la vía principal, emboscó poca fuerza, y solo nos dejó fuera de combate siete hombres.

Después de atender á Jimenez, seguí camino con la fuerza que dejó á cuidarme el General en Jefe, quien con el grueso de la columna entró en combate con el enemigo, quitándole sus atrincheramientos, pues tenía sitiada la guarnición.

No me desvié de la calle principal, creyendo encontrar al General, pero avancé hasta una cuadra de la pla-

za y no lo encontré. En dicha cuadra había tropa cubriendo la trinchera, la que, como no nos hacía fuego, juzgué fuera de la nuestra; mas un sargento me advirtió que era del enemigo, y al darme la noticia, nos hizo una descarga, de la que murió el referido sargento, y doblamos á la derecha, encontrándonos con el General en Jefe.

Sin dificultad nos aproximamos al atrio del templo y subimos á sus corredores, que están en alto, los cuales ocupaba la guarnición. Serían como las tres de la tarde.

Al instante, el Comandante Alcocer recibió orden de ocupar la plazuela de Guerrero con su caballería, la que se decía servía de cuartel general á los imperialistas. Alcocer batió y ocupó dicha plaza; mas en vez del cuartel general, se encontró con que el enemigo había aspillado todos los edificios que la circundan, haciéndole un fuego vivísimo en las aspilleras, que le causó varias bajas. Entre éstas, la de un soldado, oriundo de Chiapas, que se distinguía por muy alto de cuerpo, quien fué herido en un muslo, por cuya razón su Jefe dispuso que lo metieran en una casa á la salida de la plazuela, para ocurrir después por él. Mientras esto se verificaba, el enemigo se propuso cortar el paso de la caballería, saliéndole al encuentro por entre los patios de las casas. Pero después de haber cruzado varios, y al desembocar en la calle, precisamente le tocó hacerlo por la casa en que estaba el chiapaneco herido, á quien cuidaba un muchacho que hacía de clarín en la caballería. A éste lo dejaron al cuidado del herido por su menor edad, creyendo que esta circunstancia lo libraría de cualquier contratiempo;

mas al desarrajar la puerta los imperialistas, á cuyo frente iba Padilla, el muchacho fué muerto á machetazos, y el herido descargó su carabina sobre Padilla, causándole una herida mortal, de la cual murió á pocas horas. El chiapaneco también fué muerto á machetazos.

Este incidente, lo refirieron de la manera dicha algunos soldados del enemigo que se nos presentaron, llorando á su Jefe Padilla.

Es seguro que la herida de este Jefe audaz, libró á la caballería de ser cortada y caer en poder del enemigo, que, quien sabe que suerte le hubiera deparado.

No me olvidé de mandar buscar á D. Felipe Jimenez, enviando por él á una guerrilla; y cuando creí que me llevaría su cadáver para darle sepultura, recibí una agradable sorpresa al encontrarlo desfigurado, es cierto, pero vivo y riéndose, suplicándome que le curasen cuanto antes. La misma súplica hice al Dr. Evia, mas éste me manifestó que no había medicinas en el lugar en que estábamos, y se conformó con lavarle las heridas con agua pura.

Supo el General en Jefe que el parque se estaba concluyendo, y que, aunque existía pólvora, no había plomo para hacer balas; y sin hablar palabra se fué, llevándose varios soldados. A poco rato volvió, y los soldados con él, cargando las flautas del órgano del templo, que eran de plomo, y de tanto peso, que con ellas se hicieron balas, remediándose la falta de proyectiles. El asombro del Cura de la Parroquia, al ver las flautas del órgano destruido, fué inmenso, y se pintó con una rara expresión en su semblante. Me dió compasión y pro-

curé tranquilizarlo, ofreciéndole la reposición de su órgano, lo cual afirmó también el General, y cumplió su palabra.

No sé de qué casa nos llevaron por comida una tasa de tasajo sancochado, y unas cuantas tortillas, lo que nos sirvió, al General y á mí, para entretener el hambre, porque en todo el día solo habíamos tomado el desayuno.

A las ocho de la noche del mismo día, emprendimos marcha, rumbo al Sur, en dirección al pueblo de Hochtún. Esta marcha la efectuamos con la caballería, y extraviando el camino principal que debía estar cuidando el enemigo. Llegamos á Hochtún á las cuatro de la mañana. Descansamos unas cuantas horas, y continuamos la marcha á Tixkokob; de allí á Mérida, y á ésta entramos cerca del anochecer. En la esquina llamada del «Monifato,» tomamos la calle de la derecha para no ser sentidos de la Ciudadela de San Benito, la que inmediatamente nos hubiera hecho fuego de artillería. A media cuadra, al bajar una laja pendiente, resbalaron las herraduras del caballo que llevaba D. Juan Gamboa, y cayó sobre el gineté, quien recibió una herida en la cabeza, y no sé cómo no quedó muerto, porque la caída me pareció mortal.

Entretanto, el enemigo en esta ciudad no se descuidó y creyó llegado el momento de recuperar el templo de Jesús María, con la ausencia del General en Jefe. A este fin se desprendieron varias guerrillas de la plaza, y por horadaciones llegaron al edificio de la «Unión,» separado apenas por una calle de dicho templo. Los

nuestros rechazaron la agresión brusca y desesperada de los imperialistas. Estos tocaron la puerta del templo, la incendiaron é hicieron uso de las bayonetas; pero todo fué inútil. Su ardor se estrelló en el valor sereno del segundo en Jefe, Coronel Leandro Domínguez, que, en los momentos de peligro, se presentó á dirigir las operaciones de los suyos. El Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez recibió una herida de piedra, contra la cual dió una bala de cañón, y haciéndose pedazos, uno de ellos le hirió en el tobillo, de cuya herida se resintió por varios días. Este señor defendió la misma manzana del Jesús María, que fué atacada también del lado del Comisariato, por los patios de las casas, trabándose en ellos sangrientos combates. Uno de estos patios fué el de mi casa, quedando ésta sin muebles y sin trastos, con tal motivo, y gracias al cuidado de mi buen amigo D. Ricardo Molina, recuperé algunos que quitó á los soldados durante la acción.

CAPITULO XX.

ATAQUE AL COMISARIATO.

DESPUÉS de los acontecimientos relacionados, un día se presentó, en el campamento de la Mejorada, el aventurero español D. Eduardo Arévalo, ofreciendo sus servicios al General Cepeda Peraza, y pidiéndole que pusiera á sus órdenes una columna, para asaltar el fuerte

atrincheramiento del enemigo, formado en la casa y esquina del Comisariato Imperial.

El General en Jefe, que hacía las cosas bien meditadas, no dió contestación en el acto al Sr. Arévalo; mas al fin insistió tanto en su pretensión, que ordenó el ataque al Comisariato, y mandó disponer la fuerza necesaria para el caso.

Muchos se opusieron á que se le ocupara dándole mando de fuerzas, alegando que haría mal uso de ellas, traicionando nuestra causa, fundados en sus antecedentes, puesto que en Tabasco había sido el azote de los republicanos; pero el General en Jefe tenía confianza plena en sus soldados, y creía que nada ni nadie les habría hecho cambiar de opinión, y menos un hombre desconocido; así fué que llevó adelante su resolución.

La fuerza marchó á su destino á disposición de Arévalo, á las cuatro de la tarde. En la plaza de Santa Lucía entró por las horadaciones practicadas en la manzana frente al Comisariato. Llegó hasta á la casa accesoria de la de las Sras. Echánoves, separada del Comisariato solo por una calle. Por la puerta de esta casa salió á la calle á la cabeza de su fuerza, y los que lo conocían dijeron después, que se demudó, perdiendo su serenidad acostumbrada. Tal parecía que presentía que era llegado su triste fin, que el destino se le presentaba marcándole su hasta aquí; y aquel hombre temerario que se reía de las balas, que se burlaba de los peligros y que hacía alarde de buscarlos, aquel que solo había ocupado al abordaje una canoa de guerra, esa tarde sudó, inclinó la cabeza y tembló al salir á la calle. Tenía razón, pues el

Comisariato estaba erizado de armas, y se consideraba como un fuerte inexpugnable. Al querer dirigirse á la gran trinchera, le hicieron un fuego espantoso por ella, por las ventanas del edificio, por sus balcones y por las azoteas. Las balas de fusil se mezclaban con la metralla. En un abrir y cerrar de ojos la fuerza de asalto quedó amontonada y confundida, aturdida con el ruido de los disparos, la gritería, el humo y los lamentos de los heridos. Entre éstos cayó el mismo Arévalo, mortalmente herido en la cabeza, cerca de la sien. Con esta desgracia, la columna se detuvo, lo recogió, se replegó al punto de salida, y ya no fué posible el asalto intentado. Arévalo, conducido á los portales de Santa Lucía, allí rindió el espíritu á las dos horas. Su cadáver recibió los honores de la guerra.

Si este hombre hubiera salido airoso en su arriesgada empresa, la ciudad hubiera sido saqueada, y tal vez, puesto de acuerdo con los imperialistas, no solo nos habría vuelto las espaldas, sino que nos hubiera batido, y quien sabe cuantos contratiempos y disgustos nos hubiese proporcionado. Por eso sentimos su muerte; pero Dios sabe de cuantas cosas nos libramos con ella, y también la causa de la República.

Al ser batido el Comisariato, se llamó la atención del enemigo por varios puntos de nuestra línea, de suerte que esa tarde puede decirse que la acción fué general, y las dos líneas enemigas se encarnizaron en la pelea, con tal ardimiento, que hubo mucha gente fuera de combate, particularmente en la que batió el Comisariato.

Varios soldados de la fuerza de Arévalo, de los que

más avanzaron hacia la gran trinchera, tomando la acera del Comisariato para evitar los tiros de este edificio, después no pudieron atravesar de nuevo la calle para replegarse á las horadaciones, y se quedaron resguardados en los marcos de las puertas de las casas, sopor-tando la lluvia de balas que les dirigían, hasta que vino la oscuridad de la noche, y corriendo alcanzaron la esquina opuesta, librándose del enemigo.

CAPITULO XXI.

EL DIA CUATRO DE JUNIO.

LA guarnición de Izamal, que quedó al mando del Coronel José Antonio Muñoz, se sostuvo por tres días más, después que la dejamos; pero se hizo insostenible su situación por falta de parque, y aunque lo pidió al Cuartel General, enviándosele éste, no llegó á tiempo. Cuando á cada soldado le quedaba un tiro, tuvo que evacuar la plaza, saliéndose por el camino de Hochtún, pasó por Tixkokob y entró á Mérida sin novedad.

El enemigo ocupó la plaza de Izamal, y como era natural creer, juzgábamos que conservaría en su poder esa importante plaza para llamar la atención de los nuestros y dividir sus fuerzas: no lo hizo así, sino que también la evacuó al día siguiente, y emprendió su marcha para Mérida.

Al aproximarse á la villa de Tixkokob, abandonó el

punto el Jefe político, que lo era el Lic. Manuel Romero Ancona, y se presentó en el Cuartel general, dando aquella noticia.

El Coronel Manuel Rodríguez Solís, seguía á una jornada de distancia á los imperialistas, con una columna volante que organizó, compuesta en su mayor parte de caballería, en la cual estaban varios jóvenes, entre ellos D. Marcos Díaz y D. Fernando Cervera. Su columna era inferior en número á la fuerza enemiga, por cuya razón no la pudo batir y se redujo á picarle la retaguardia, molestándola de aquella manera, sin dejarla aumentarse en los pueblos del tránsito, y empujándola para que á la mayor brevedad entrase á Mérida.

El día 3, el enemigo ocupó Acanceh, y Rodríguez Solís ingresó al Cuartel General, dando parte circunstanciado de la fuerza enemiga y de los elementos con que contaba, participando que al día siguiente haría su entrada para auxiliar á la línea del centro de la Ciudad.

Entonces el General en Jefe dispuso que el mismo Rodríguez Solís se emboscase con su fuerza por las carreteras de Izamal y de Kanasín, por si el enemigo entrase por alguna de ellas, y tratase de forzar el campamento de San Cristóbal, en combinación con la plaza principal. El Teniente Coronel Galindo debía cubrir con un columna parte de la línea del Sur, teniendo su centro en el edificio de la fábrica de hilados, y el Comandante Fuentes, que cubría la Ermita de Santa Isabel y San Sebastián, recibió orden de observar al enemigo y batirlo si se presentaba por aquellos lugares.

Cada Jefe y su columna ocupó su lugar en la ma-

drugada del día cuatro. El Teniente Coronel Galindo durmió la noche del 3, en el Hospital, en la misma pieza en que yo dormía, saliendo de allí en la madrugada, para ir á tomar posesión del campo de batalla. Los imperialistas se presentaron por el lado Sur de la ciudad, en las primeras horas de la mañana, y desde que fué sentida su presencia en la Plaza de Armas, ésta rompió sus fuegos sobre nuestra línea. El estampido del cañón y las descargas de fusilería, se oían por los rumbos de San Cristóbal y Mejorada.

Como pudieron, fueron aproximándose á la línea imperialista los de fuera, batidos por los nuestros en cada calle, en cada esquina y en cada casa, hasta que lograron penetrar en ella, pero con muchas pérdidas, como la del Jefe Gerardo Valle, que cayó desde su caballo, acribillado de balas.

En el momento que D. Francisco Cantón y los suyos, llegaron á la ciudadela, volvieron á salir con una fuerza de refresco á batir el campamento de San Cristóbal, queriendo repetir lo que hizo en el año de 1853 D. Eulogio Rosado, sin tener en cuenta que eran otros los tiempos, otros los hombres, otras las circunstancias y otra la causa que defendía el General Cepeda Peraza. Así es que, por más ardor con que se batieron los imperialistas y por buena y numerosa que fuera su fuerza, los nuestros no desmayaron. Sin embargo, hubo momentos en que quedaron arrollados, por cuya razón voló al lugar del combate el General en Jefe, y con su presencia se cambió el aspecto de las cosas, sonriendo siempre la victoria á nuestras armas.

Se presentó con tal arrojo la columna enemiga, que en el primer impulso los nuestros cedieron el terreno al mayor número de la fuerza imperialista. En ese encuentro murió el Coronel D. Norberto Pacheco, y el joven oficial D. Juan Acevedo, hijo de D. Miguel Acevedo. Muerto Pacheco, ocupó su lugar el Teniente Coronel Galindo, que con brío atacó al enemigo y lo hizo retroceder, quedando victorioso por algunos instantes; mas, herido de gravedad, quedó fuera de combate y entró de nuevo la confusión, replegándose los nuestros, en retirada, á la plaza de San Cristóbal, mientras llegaba D. Ramón V. Chambó, en sustitución de Galindo. Una pieza de artillería de montaña, que servía de apoyo á la infantería, fué abandonada por haber quedado sin dotación de artilleros, todos los cuales fueron muertos ó heridos, lo que visto por D. Cesáreo Rodríguez, con temerario arrojo, se llegó á la pieza, tiró de la piola é hizo fuego, conteniendo al enemigo que se la disputaba. A tiempo concurrió al lugar el General en Jefe, con nueva fuerza, y dispuso la carga que se ejecutó con tal empuje, que los imperialistas volvieron las espaldas, y en retirada se replegaron á su línea, dejando á su paso regadas las calles de muertos y heridos.

A las once de la mañana concluyeron los fuegos, quedando el enemigo desengañado de nuestra dispersión, y aumentando las aflixiones de los sitiados que contaban ya con menos elementos de boca y guerra, y con más gente consumidora de ellos, haciendo práctica la máxima: *non bis in idem*. Nosotros, por el contrario, vimos desde ese día nuestro próximo triunfo sobre la plaza,

y la conclusión de la guerra en favor de las armas de la República.

El campamento de San Cristóbal fué el teatro de la guerra ese día, habiendo tomado parte en la función de armas casi toda la división republicana. La fuerza de la Ermita al mando del Comandante Fuentes, fué la que más hostilizó en su entrada á la columna del Sr. Cantón, así como la que mandaba D. Anastasio Manzanilla, la que recibió el primer empuje, después distinguiéndose su Jefe por su valor é inteligencia.

El bravo Teniente Coronel Basilio Galindo, conducido á la casa del Cuartel General, estaba clareado en el vientre, y por consiguiente, su herida fué calificada de mortal. Para mayor desgracia suya vivió dos días más, y sufrió dolores horribles, con la peritonitis que le causó la muerte. Toda la pared que había cerca de su lecho, quedó desgarrada, y con profundas huellas que formaron sus dedos en la desesperación de su inmenso dolor, y en la lucha terrible de la vida y la muerte. Al fin murió, y todos lo sintieron entrañablemente, pues á la bravura del león, reunía la generosidad y la belleza del alma de un niño. ¡Pobre amigo, no pudo gozar de la alegría de la conclusión de la guerra; mas en cambio se libró de las inconsecuencias de los hombres, y pasó á la mansión de los dioses y los heroes!

CAPITULO XXII.

CAPTURA DEL GENERAL SANTA-ANA.

El propio día 4 de Junio cayó en poder de los republicanos la plaza fuerte de Campeche, tomada á viva fuerza, según las noticias que vinieron de ella. En seguida dispuso D. Pablo García que vinieran 150 hombres á esta Ciudad, en auxilio de las fuerzas mandadas por el General Cepeda Peraza, cuyo auxilio vino á las órdenes del General Parra, quien pasó á Campeche á conferenciar con el General Espejo, Jefe de la plaza, para persuadirlo, como su amigo, á que rindiera aquella, lo que no dudó conseguir. En efecto, se puso en relaciones con dicho General, y éste le ofreció rendirla al día siguiente, bajo la garantía de la vida; mas en la noche la asaltaron, y ya no se le otorgó la garantía.

Concluida la misión del General Parra, se volvió á Mérida con el mentado auxilio, el que fué recibido con repiques y cohetes.

En estos días ancló en las aguas de Sisal el vapor mercante americano «Virginia,» conduciendo á su bordo al General D. Antonio López de Santa-Ana. Este personaje, tan pronto como pudo comunicar con tierra, envió dos cartas por medio de D. Hilario Méndez, una para D. Alberto Morales, vecino de Sisal, y otra para el General Cepeda Peraza, creyendo equivocadamente que el Jefe de los republicanos era su antiguo amigo el General D. Martín Francisco Peraza.

En la carta al General Cepeda Peraza le recordaba su antigua amistad, y le pedía una entrevista para entenderse con él sobre política.

De su arribo á nuestro puerto, dijo «La Razón del Pueblo,» lo siguiente: «Este hombre, después de haber peleado en los campos de batalla por la independencia de la patria, fué el primero que con la misma espada del patriota insurgente señaló el sendero de la guerra civil, que tan multiplicadas desgracias nos ha traído en pos de sí, llegando á crecer tanto su nombradía en las cuestiones intestinas, que ora se le veía al frente de la Federación, ora al frente del centralismo, ora ocupando la silla de un Dictador, hasta que al fin se le vió saludando á la intervención extranjera y haciéndose traidor, para protestar en seguida contra la intervención, pretendiendo desprestigiar á la colosal figura de D. Benito Juárez, y ocupar la Presidencia de la República. Mas la Providencia, que parece haber puesto su mano sobre los indignos hijos de México, á quien favorece de un modo visible y terminante en esta época de transición, ha dispuesto las cosas de otra manera. Santa-Ana llegó al frente de Veracruz, á bordo del vapor americano «Virginia,» en los momentos en que los sitiados y sitiadores de aquella plaza estaban en tratados para rendirla, y él fué quien, interrumpiendo los tratados, impidió la capitulación.» A consecuencia de ésto, el Comandante de la Escuadrilla americana lo extrajo del «Virginia,» conduciéndolo á la Isla de Sacrificios, de donde se volvió al mismo vapor americano, seguramente por reclamación que hicieron los americanos; pero al volver

bajo la sombra del pabellón de las estrellas, fué con la precisa condición de que se alejara de Veracruz, como que en cualquier tiempo que lo pisase era pernicioso su presencia. Así fué, que después le dirigió comunicaciones al Jefe de la Plaza y al Cónsul español en aquella ciudad, cuyos documentos verán la luz á su debido tiempo; se vino á Sisal, y ya en el Puerto y en aguas territoriales, aunque siempre á bordo del «Virginia,» tuvo la audacia de dirigir pliegos á esta ciudad, con el depravado objeto de perturbar el orden é impedir el triunfo de nuestra causa santa.»

La contestación de la carta al General Cepeda Peraza, fué mandarlo extraer de á bordo de dicho vapor y reducirlo á prisión.

Para cumplir esta disposición, el Comandante de Sisal D. Santiago Medina, hizo armar en guerra tres canoas, y con ellas tomó rumbo al «Virginia.» En una se embarcó dicho Comandante, D. Mariano Romero y D. Manuel Mendiola en calidad de intérprete. En otra fué el Sr. Lic. Luis Gómez, y en la tercera solo un piquete de tropa. Antes de partir, el Sr. Medina comunicó sus instrucciones á las tres canoas, y ya que se acercaron al vapor, el Comandante y su intérprete pasaron á bordo del «Virginia,» manifestando el primero al Capitán, por medio del intérprete, su intención de hablar con el General Santa-Ana, á lo que accedió. Entonces bajó á la cámara, en cuyo lugar se hallaba aquel personaje, á quien con la cortesía debida hizo presente que el objeto de su visita era llevarlo á tierra, de orden del General Peraza, á lo que consintió y se mostró complacido, y dijo: «que estaba abu-

rrido de la embarcación, la que abandonaba con gusto, presentándosele una oportunidad de interponer su ayuda para reconciliar á los beligerantes de Yucatán, que se disputaban la victoria en el campo de la guerra.» Mientras tanto, el vapor empezó á moverse, y el Sr. Mendiola, que había servido de sobrecargo en un buque, entendió la maniobra, se allegó á D. Santiago Medina y le hizo comprender en lengua maya que trataban de llevárselos, con cuyo aviso el Comandante salió sobre cubierta, llamó á las otras dos embarcaciones con el pañuelo, y con revólver en mano obligó á los que recogían las anclas del vapor á que dejaran de trabajar, como en efecto lo hicieron, retirándose del lugar.

Tan pronto como se aproximaron las otras dos canoas, mandó abocar las piezas de artillería á los costados del vapor, que la infantería preparase las armas para hacer fuego, y ordenó que D. Mariano Romero subiese al «Virginia» con un piquete de tropa.

Ya á bordo del vapor el Sr. Romero, el Comandante le mandó extraer á Santa-Ana de la cámara, vivo ó muerto, y embarcarlo en una de las canoas, lo mismo que á su suegro que lo acompañaba. Romero bajó á la cámara con 6 soldados y no tardó en volver sobre cubierta acompañado de sus dos prisioneros; pero en la escalera de la cámara se encontró con que el capitán del vapor había hecho colocar la bandera americana, extendida en el piso, para que pasaran sobre ella. La vió el Sr. Medina y la levantó, poniéndola á un lado, evitando así que la pisaran. Preso ya Santa-Ana y su suegro, fueron tras-

ladados á las canoas, y éstas hicieron rumbo á tierra, llegando sin novedad al puerto.

El mismo día se supo en el Cuartel General aquella captura, y en el acto que el General Cepeda Peraza recibió el parte oficial de ella, á las nueve de la noche, con el mayor sigilo llamó al Coronel Matías J. Cámara y le ordenó fuera á Sisal con una sección de infantería, que había de tomar en el campamento de Santiago, á pasar por las armas al General Santa-Ana. Cámara, asombrado, pidió la orden por escrito y se la dió el General en Jefe, enemigo acérrimo del ex-dictador. Entonces comunicó la noticia en secreto á los Licenciados, como decía el Coronel Cámara, y nos reunimos en el alojamiento del General en Jefe, para evitar aquel fusilamiento. Cada uno le expresó las razones que le ocurrieron para evitarlo. Quien dijo que no se le debía matar, porque había sido uno de los caudillos de la Independencia, y como tal su vida era sagrada; quien, que semejante hecho daría lugar á reclamaciones internacionales de los Estados Unidos, porque su captura se había verificado con violación de la bandera americana, y que no se le debía proporcionar aquella complicación al Supremo Gobierno, en momentos tan críticos; quien, que sería reprochable, el que de orden del General Cepeda Peraza, fuera muerto Santa-Ana, cuando por equivocación se había dirigido á él, y cuando era público que en el año de 53 se alzó en armas contra su Dictadura, y que en ella fué declarado fuera de la ley, por lo que se reputaría su orden como la satisfacción de una venganza nada honrosa.

A estos argumentos cedió el General en Jefe; sus-

pendió la orden de fusilar á Santa-Ana, y acordó que se le llevara preso á Campeche, cuya plaza estaba ya libre de la guerra.

Por estos días también se trató del fusilamiento de un individuo de Hunucmá, llamado Barros, y tuvimos la complacencia de que se suspendiera su ejecución, por más que la hubiese merecido, conforme á las leyes de la guerra, puesto que se prestó á servir de espía.

CAPITULO XXIII.

LA CONCLUSIÓN DE LA GUERRA.

PASADOS estos sucesos, la línea de la plaza ó la imperialista ya no volvió á dar señales de vida activa. Muy de tarde en tarde se oía la detonación del cañón ó el disparo de algún fusil; pero la guerra viva no se hacía. El General en Jefe, sabiendo que las familias de dentro de la línea enemiga perecían de hambre, por agotamiento de los recursos de boca, debido al dilatado tiempo de sitio, dirigió una comunicación al Comisario Imperial, para que permitiera salir de su línea á las mujeres, ancianos y niños, y contestó negándose á su pretensión. Después el Sr. Vice-cónsul de los Estados Unidos, D. Ramón Juanes Patrulló y D. Donaciano García Rejón, se presentaron al campamento de la Mejorada con una nota oficial, fecha 14 de Junio, del General Felipe Navarrete, proponiendo la salida de las familias que habitaban entre las dos líneas de las fuerzas belige-

rantes, á cuya nota respondió el General en Jefe, diciendo: que eso mismo había propuesto al Sr. D. José Salazar Ilarregui, como Jefe Superior de las armas de la plaza, haciendo extensiva la proposición á las familias que residían dentro de ella; pero que el Sr. Salazar se negó, así como al presente se negaba el Jefe republicano á entenderse con el General Navarrete, sobre éste y cualquier otro punto relativo á la guerra. Pero añadía, que si el Sr. Salazar creyese conveniente renovar la negociación, por interés humanitario, gustoso entraría en explicaciones con él acerca del asunto, y también acerca del modo de poner término á la lucha, de cuya prolongación protestaba no ser él el responsable. Esta última indicación la hizo á consecuencia de los deseos que manifestaron los comisionados, de que se concluyera la guerra, ofreciendo interponer sus buenos oficios, para llegar á un arreglo aceptable entre ambos beligerantes.

Con la misma fecha, el Comisario Imperial envió nueva comunicación al Jefe republicano, en la que le manifestaba, que habiéndose negado á tratar con el Sr. General D. Felipe Navarrete, la salida de las familias de la línea imperialista, y no queriendo poner obstáculo á un arreglo con aquel objeto, pues estaba resuelto á hacer sacrificios y á probar que por su parte no continuarían los males de la guerra, comisionaba á los Sres. Coronel Daniel Traconis y D. Donaciano García Rejón, para celebrar los convenios de un arreglo para terminar la guerra, conforme á las instrucciones que les había dado. Entonces contestó el General Cepeda Peraza, que había nombrado por su parte para celebrar el referido arreglo entre

las fuerzas sitiadas y las sitiadoras de esta Capital, á los CC. Coronel Miguel Castellanos y Lic. Yanuario Manzanilla. Que oidas por estos Sres. las proposiciones que les hicieron los comisionados imperialistas, y no siendo conformes aquellas con las instrucciones que les había dado, regresaban los Sres. Traconis y García Rejón á la plaza, llevando por escrito las concesiones que le permitían hacer la conciencia, el deber y el deseo de ver restablecida la paz en el Estado.

Poco después volvieron á presentarse los comisionados al campamento de la Mejorada, como á las nueve de la noche, y acordados los puntos de rendición de la Ciudadela y la Plaza, yo me retiré en la inteligencia de que los otros señores, redactarían el acta respectiva, habiendo encargado que cuando estuviese terminada me llamaran á suscribirla; pero viendo que se pasaban las horas y no me llamaban, me volví á la pieza en que los había dejado, y me encontré con que nada habían hecho, por cuya razón redacté el acta en los términos siguientes:

«En la ciudad de Mérida y campamento de la Mejorada, reunidos los CC. Coronel Daniel Traconis, y Donaciano García Rejón, comisionados por D. José Salazar Ilarregui, Jefe superior de la Ciudadela y plaza de esta ciudad, para tratar de la rendición de ambos puntos, y los CC. Coronel Miguel Castellanos y Lic. Yanuario Manzanilla, comisionados por el C. General en Jefe de las fuerzas republicanas, para el mismo objeto, después de leídas sus respectivas credenciales, y atendiendo á las circunstancias excepcionales que guarda el Estado de Yucatán, respecto de los demás de la Nación, por la guerra

social que lo devora y lo tiene reducido á la miseria más espantosa, sin que le sea posible reponer lo que continúe perdiendo en la presente lucha, si se dilatase por algún tiempo más; dando una prueba inequívoca de su patriotismo, han convenido en que el país tiene urgente necesidad de paz, la que era necesario proporcionarle á costa de cualquier sacrificio, así para no dar lugar á que los bárbaros viniesen á complicar la situación, cuanto para economizar vidas, que deben consagrarse á la defensa justa, de la sociedad y civilización. En este concepto y fundados en que primero es la existencia de la Patria, que el que se defiendan con tanta severidad sus instituciones, que por otra parte quedan bien y legalmente garantizadas sin más desgracias: han convenido y acordado los artículos siguientes:

1º La vida y la libertad de todos; y en cuanto á los bienes, quedarán sujetos á la resolución del Supremo Gobierno, ofreciendo el del Estado recabar una resolución favorable, no haciéndose extensivas estas garantías á los que hayan cometido delitos del orden común.

2º Libertad para que los señores Jefes y Oficiales puedan pedir pasaporte para el extranjero, y los individuos de tropa para donde les convenga.

3º Dar pasaporte á D. José Salazar Ilarregui, tan luego como se concluyan los tratados, para el extranjero.

4º Que las fuerzas sitiadas entregarán sus armas al Jefe comisionado que nombre para recibir las General en Jefe de las fuerzas republicanas, después que se ratifiquen los tratados por ambos beligerantes.

5º Estos tratados comprenderán á los defensores

de la Plaza y Ciudadela; pero no á los que hayan faltado á sus compromisos contraídos en alguna otra capitulación, en la presente campaña.

Con lo que se terminó esta acta, que firman los presentes, y será ratificada por los Comitentes de ambas partes, para su puntual cumplimiento.—Mérida y Campamento de la Mejorada, á los quince días del mes de Junio de mil ochocientos sesenta y siete.—*Miguel Castellanos.*—*Y. Manzanilla.*—*Daniel Traconis.*—*Donaciano G. Rejón.*—*Ratifico.*—*José Salazar Ilarregui.*—*Ratifico.*—*Manuel Cepeda.*

En cumplimiento del artículo 4º de la Capitulación, fué nombrado el General José de la Parra para recibir las armas de las fuerzas de la Plaza, en donde se presentó dicho General al medio día, y yo con él, á desempeñar la referida comisión, á la que me asocié por empeño suyo, porque entonces los militares casi nada hacían sin la intervención de alguno de los ciudadanos que hicieron la campaña con ellos, recordando quizás los tiempos de la revolución francesa, en que los delegados de la Convención asistían hasta á las funciones de armas. Poco tiempo después entró en la plaza la fuerza que formaba el campamento de Santiago, al mando del Teniente Coronel José Apolinar Cepeda Peraza, cuya fuerza ocupó los cuerpos de guardia, para cuidar y garantizar el orden.

Con la misma fecha expidió el General Manuel Cepeda Peraza dos proclamas: una dirigida á los soldados y otra á los yucatecos.

La primera es ésta:

«*Manuel Cepeda Peraza, Gobernador y Comandante*

Militar del Estado.—*Soldados*: Merced á vuestros heroicos esfuerzos, hemos llegado ya al fin de la lucha, que hace cinco meses vinimos sosteniendo. Después de 55 días de sitio, las fuerzas de D. José Salazar Ibarregui han capitulado, y en virtud de esta capitulación, vamos hoy á ocupar la plaza que defendía.

Los valientes, como vosotros, deben dar siempre muestras de moralidad, de disciplina y de generosidad. En este concepto, no dudo que cumplireis el encargo especial que os hago ahora, de que, durante la ocupación y mientras permanezcáis en esta Capital, guardéis el mayor orden, con entera sujeción á vuestros Jefes, respetéis las leyes que garantizan la vida y la propiedad, y eviteis todo motivo de discordia con los que aún ayer eran vuestros enemigos, y hoy debéis considerar como hermanos, absteniendoo de palabras injuriosas y de todo aquello que pudiera indicar, que no sabéis ser generosos en el triunfo.

Repito que no dudo que observareis mis recomendaciones; pero si desgraciadamente alguno faltare á ellas, me veré en la dura necesidad de castigarle severamente, conforme á las leyes. Mérida, Junio 15 de 1867.—*Manuel Cepeda Peraza.*»

La otra proclama, dice:

«*Manuel Cepeda Peraza*, Gobernador y Comandante Militar del Estado.—*Yucatecos*: Cinco meses hace que mi conciencia de ciudadano, y mi deber de soldado del Ejército Nacional, me impusieron la obligación de empuñar las armas para restablecer en el Estado el Gobierno legítimo de la República. Hoy queda terminada

la lucha iniciada entonces, con la capitulación de las fuerzas de D. José Salazar Ibarregui, que guarnecía la plaza y la ciudadela de esta Capital.

Habreis observado mi conducta durante la campaña. La Providencia, que se dignó siempre concederme la victoria, puso muchas veces en mis manos algunos enemigos de los principios que yo sostenía. Pero repugnándome derramar la sangre mexicana, considerando que todos los hombres empeñados en tan obstinada lucha, podrían ser útiles para la guerra de castas que devora al país, concedí la vida y casi siempre la libertad, no solo á los que capitulaban, sino también á los prisioneros de guerra. Hasta aquí, como sabéis muy bien, he observado estrictamente mi palabra, en cuantas garantías otorgué.

Mericanos y soldados que os ha tocado vuestra vez de capitular: tenéis mi palabra de honor de que os serán cumplidas las garantías otorgadas en la capitulación de la plaza de esta Ciudad. Espero que, por vuestra parte, sabreis cumplir con vuestros deberes, para que vivamos como hermanos en adelante, y principalmente en estos momentos solemnes, que nunca debemos echar en olvido, si es que sinceramente deseamos el bienestar y la tranquilidad de nuestra Patria.—Mérida, Junio 15 de 1867.—*Manuel Cepeda Peraza.*»

En la mañana del día 16 hizo su entrada triunfal la división republicana, en la Plaza de Armas de Mérida, acompañada de músicas, cohetes, repiques y un numeroso concurso de gente, cuya entrada no ví, por haberme ausentado á la hacienda Vista-Alegre, de mi buen

amigo D. Pedro Cárdenas Peón, en busca de mi familia, que tuvo la amabilidad de llevar á ella, porque consideró que en Valix no tendría todas las comodidades apetecibles.

Por la tarde y ya entrando la noche, volví á la Ciudad con mi familia, y cerca de Santa Lucía me encontré con D. Rafael Pedrera, y este señor me informó, con gran sentimiento mío, que había sido pasado por las armas el Sr. Lic. Guadalupe Martín Rosado, habiéndosele aplicado el artículo 5º de la capitulación, por haber faltado al compromiso que contrajo en la capitulación de Izamal, de no volver á las filas imperialistas, ni hacer armas contra los republicanos. Y le dió tan mal, que ese día también estuvo ausente el Dr. Agustín O'Horan, amigo íntimo del General en Jefe y gran patriota, buen liberal y enemigo de la pena de muerte, por lo que hubiera trabajado hasta salvarle la vida; pero no lo hizo, porque se fué á Sisal en busca del Sr. Lic. José Antonio Cisneros, que se retiró á dicho Puerto, por un disgusto que tuvo en el campamento de la Mejorada.

Con arreglo al artículo 2º de la Capitulación, los Jefes y Oficiales capitulados obtuvieron sus pasaportes para los puntos extranjeros que ellos designaron; y de conformidad con el artículo 3º, se expidió también pasaporte para N. York á D. José Salazar Ilarregui.

CAPITULO XXIV.

CONSIDERACIONES.

ASI concluyó la guerra contra el imperio, hecha por los republicanos de esta entidad federativa, aislados y sin estar en contacto con el Supremo Gobierno, para que les pudiera impartir los auxilios que hubiese podido, y sin contar más que con su patriotismo y su amor á la República, mientras que los imperialistas contaron con grandes remesas de dinero y de tropa, que les enviaba de México el Emperador. Contaron además con los recursos de la gente acaudalada de aquí, que fué muy adicta al Imperio.

En esa guerra porfiada y terrible, no se llevó cuenta de los heridos ni de los muertos, ni hacían mella en el ánimo de los combatientes semejantes pérdidas. Cada día se presentaban nuevos soldados á nuestro campo, y solo así podíamos vencer los poderosos elementos con que contaban nuestros enemigos. Una romería constante parecían los caminos de los pueblos, con la gente que afluía á tomar las armas contra los sitiados, sucediendo muchas veces, que pocos momentos después de presentarse un individuo á nuestras filas, recibía su bautismo de sangre. Era herido ó muerto; y sin embargo de eso, jamás hubo ninguna traición, ningún descontento. Los imperialistas hacían esfuerzos por seducir á los nuestros, pero sus trabajos resultaban infructuosos. Lle-

amigo D. Pedro Cárdenas Peón, en busca de mi familia, que tuvo la amabilidad de llevar á ella, porque consideró que en Valix no tendría todas las comodidades apetecibles.

Por la tarde y ya entrando la noche, volví á la Ciudad con mi familia, y cerca de Santa Lucía me encontré con D. Rafael Pedrera, y este señor me informó, con gran sentimiento mío, que había sido pasado por las armas el Sr. Lic. Guadalupe Martín Rosado, habiéndosele aplicado el artículo 5º de la capitulación, por haber faltado al compromiso que contrajo en la capitulación de Izamal, de no volver á las filas imperialistas, ni hacer armas contra los republicanos. Y le dió tan mal, que ese día también estuvo ausente el Dr. Agustín O'Horan, amigo íntimo del General en Jefe y gran patriota, buen liberal y enemigo de la pena de muerte, por lo que hubiera trabajado hasta salvarle la vida; pero no lo hizo, porque se fué á Sisal en busca del Sr. Lic. José Antonio Cisneros, que se retiró á dicho Puerto, por un disgusto que tuvo en el campamento de la Mejorada.

Con arreglo al artículo 2º de la Capitulación, los Jefes y Oficiales capitulados obtuvieron sus pasaportes para los puntos extranjeros que ellos designaron; y de conformidad con el artículo 3º, se expidió también pasaporte para N. York á D. José Salazar Ilarregui.

CAPITULO XXIV.

CONSIDERACIONES.

ASI concluyó la guerra contra el imperio, hecha por los republicanos de esta entidad federativa, aislados y sin estar en contacto con el Supremo Gobierno, para que les pudiera impartir los auxilios que hubiese podido, y sin contar más que con su patriotismo y su amor á la República, mientras que los imperialistas contaron con grandes remesas de dinero y de tropa, que les enviaba de México el Emperador. Contaron además con los recursos de la gente acaudalada de aquí, que fué muy adicta al Imperio.

En esa guerra porfiada y terrible, no se llevó cuenta de los heridos ni de los muertos, ni hacían mella en el ánimo de los combatientes semejantes pérdidas. Cada día se presentaban nuevos soldados á nuestro campo, y solo así podíamos vencer los poderosos elementos con que contaban nuestros enemigos. Una romería constante parecían los caminos de los pueblos, con la gente que afluía á tomar las armas contra los sitiados, sucediendo muchas veces, que pocos momentos después de presentarse un individuo á nuestras filas, recibía su bautismo de sangre. Era herido ó muerto; y sin embargo de eso, jamás hubo ninguna traición, ningún descontento. Los imperialistas hacían esfuerzos por seducir á los nuestros, pero sus trabajos resultaban infructuosos. Lle-

garon hasta á escribirles cartas, como sucedió con el Teniente Coronel Chambó, á quien le escribió un Señor, que firmó "Manu^o González," diciéndole: "que sentía estuviera sirviendo á un partido en que no sacaría ventaja, porque era conocido como conservador y de ideas aristócratas, por cuya razón le darían un mal pago después de utilizar sus servicios: que si aceptaban éstos los republicanos, no había otra causa para ello, más que el peligro en que estaban, ante el cual aprovechaban á los hombres de valor y no tenían inconveniente en sacrificarlos, por conseguir su triunfo, como sucedió con Arévalo. Este, continuaba la carta, fué víctima de su arrojo, lanzándose sobre nuestras trincheras, y él solo lo hizo, porque supuso que lo seguirían, y no sucedió así. Esa gente no agradecerá aquel paso de nuestro valiente amigo Arévalo, que peleó, no por esa causa, que nunca defendió, porque sus convicciones eran lo mismo que las de Ud. y las mías. Yo, sabe Ud. que siempre he servido al Gobierno verdaderamente liberal, que no sirvo personalidades. Tengo mis ideas que hasta hoy no he desmentido, porque creo que son justas y que harían la felicidad del país.

En fin, concluye la carta, yo quisiera que Ud. reflexionara bien y que volviera sobre sus pasos, garantizándole su empleo. Piénselo bien, y avíseme, que puedo hacer mucho sobre este particular, Ud. debe comprenderlo."

A cuya carta contestó: "que si en Tabasco sirvió en las filas del imperio, fué porque entonces creía que era la voluntad de la Nación y que la haría feliz; pero que

convencido de la falsedad de ambas cosas, se babía puesto bajo la sombra de la bandera republicana, en cuyas filas se tenía por honrado, y que por nada de este mundo se separaría de ellas, pues hasta sería falta de juicio solo pensarlo: que el partido conservador ó aristocrático había muerto en el ridículo y la deshonra en que lo colocaron sus apóstoles: que la causa de su amigo era absurda, en el estado de las cosas en la Nación, hallándose prisionero el llamado Emperador y sus Generales, en Querétaro, y que, por consiguiente, ya no había Imperio ni imperialistas, haciendo los de Mérida el papel de gavilla armada, peleando contra la voluntad no solo de la Nación sino de la Península en particular, en la cual faltaba apenas el recinto de la plaza, para caer toda en poder de los republicanos: que debían entrar en razón antes que les sucediera lo que al General Espejo, que cayó prisionero en la toma de Campeche por incrédulo: que procuraran capitular, y les ofrecía trabajar por que se les garantizara la vida: que lo debían oír, porque de su parte quedaban la razón y la justicia, comprobándolo la marcha de los acontecimientos: que entre los republicanos el valor no era una cosa rara, según constaba por el largo catálogo de sus triunfos, sin que se extrañara que Arévalo hubiese muerto, porque en la guerra no es el valiente el que lleva la peor suerte, sino el que destina Dios, y no se debe atribuir la muerte de Arévalo á falta de valor en los republicanos, sino á su destino."

La opinión, la idea republicana, se conocía que estaba encarnada en las masas populares, las cuales con su número y su entusiasmo aplastaban á los contrarios, sin

que nada les entibiase ni atemorizase. Nada importaban los fuegos del enemigo, los muertos, ni heridos que hacían; nada la prolongación del sitio por 55 días, y que la ciudad se convirtiese en una ruina despedazada por las balas de cañón de los imperialistas; que de risueña y alegre se tornase en un cementerio, sin habitantes en las casas y con sepulturas en los patios, porque generalmente donde caía muerto el soldado, allí mismo se abría su fosa y era sepultado. Aquellas calles de constante animación y bullicio, permanecían silenciosas y solitarias; que en fuerza de estarlo, crecía la yerba á mitad de ellas, en particular en la calle de la Mejorada á Santiago, la predilecta de la ciudad para los paseos.

Pero al fin se llegó á la conclusión de la guerra, á la conclusión del desastre! Dichosas las generaciones que no tienen que pasar por esta calamidad, por esta vía dolorosa, que no tienen que apurar este cáliz amargo, que no saben las penas terribles de este Gólgota, y que á la sombra de la paz pueden trabajar, prosperar y ser felices! Mil y mil veces deben bendecir su suerte, haciendo todo lo posible por conservar incólume el tesoro inapreciable de la paz.

Los males que trae la guerra, los sacrificios que se hacen por ella y el dinero que cuesta, jamás pueden calcularse. Por lo mismo, se debe hacer cualquier esfuerzo para evitarla, y solo se puede aceptar impuesta por la necesidad, por defenderse de una conquista, de la pérdida de la nacionalidad, de las instituciones, es decir, por la pérdida de la honra y del decoro de la Nación, como nos sucedió con la intervención francesa, que vino á cambiar

la República en Monarquía, á destruir nuestra Constitución Política, á variar nuestras costumbres, y á desmembrar nuestro territorio, habiéndose ofrecido al Gobierno francés el Estado de Sonora, por los gastos de una guerra, á que se nos provocó.

Por estos motivos fué justísima la guerra que hicimos defendiendo la honra de la Patria, y la hicimos sin más guía que el patriotismo, por cuya razón nada nos atemorizaba, y vivíamos con la conciencia tranquila en medio de los mayores peligros. Sabíamos que si nuestros enemigos nos cogían, con gusto hubieran sacrificado nuestras vidas, y entónces hubiésemos muerto con la tranquilidad del justo. Así familiarizados con la muerte, entre muertos y heridos, redactaba "La Razón del Pueblo" en el Hospital General.

La guerra, es mal tan grande, que sobrada razón ha tenido el tribuno español Castelar, en su último discurso pronunciado en las Cortes españolas, al asombrarse de que la Europa no temblase de pavor en presencia de los preparativos de guerra que se hacían al Oriente y Centro de aquel continente, donde estaban ya sobre las armas y listos para entrar en campaña diez y ocho millones de hombres, y más de veinte mil piezas de artillería, á cuyo empuje podía perecer no solo la Europa, sino conmovirse todo nuestro planeta, porque la guerra es la plaga, el cataclismo mayor que puede caer sobre la pobre humanidad y el mundo que habitamos.

Pero concluida la guerra, ¿quedaba la nave de la República en mar bonancible, navegando en popa á toda vela, sin tener más qué hacer? ¿El enemigo vencido es-

taba muerto para siempre, ó como el Lázaro de la leyenda, podía resucitar al tercero día?

Tales problemas había que resolverlos prácticamente, y acomodar á su solución la vida futura de la República.

Después de la guerra, que es la destrucción, la muerte, había que edificar sobre lo destruido, y volver el cuerpo social á la vida de la República, de la democracia; contando para ésto con que el enemigo vencido lo estaba solo en el campo de batalla, y se le debía seguir venciendo en las costumbres, en el hogar doméstico y en el gobierno mismo, en el que empezaría por algo para querer ejercer influencia con el tiempo y valer para dominar, pues ese partido es muy diferente del triunfante.

El partido liberal, terminada la lucha, le dá garantías á su enemigo, y con dignidad se retira á su hogar; conformándose con vivir tranquilo y con la conciencia de lo que vale en sí mismo, piensa y trabaja por el bien general, sin preocuparse del individuo. No conoce las intrigas de la ambición, y deseando siempre lo mejor y más digno, no tiene disciplina como partido, y se fracciona y se debilita.

Por el contrario, su antagonista, recorre la escala del sufrimiento, y aunque se encuentre aplastado, tiene paciencia para esperar que le quiten el peso de encima, y ensaya levantarse. Si le empujan y cae de nuevo, hace otro ensayo, y así continúa hasta levantarse. Protege á los suyos siguiendo el espíritu de secta, sin que para él haya bien ni mal, ni principios de ninguna clase. Todo le parece bueno y lo utiliza en su beneficio. Si preten-

de alcanzar un lugar en la administración pública, se prosterna ante todos los ídolos que halla á su paso, y es dócil á cualquiera vejación á que lo quieran sujetar. En las costumbres se infiltra como el agua, y con semblante risueño alhaga y pretende llegar á la dirección de la familia y de la sociedad. Jamás hace oposición á ninguno de su secta, y si se ofrece, reclama en su favor las garantías prometidas en el credo político de sus enemigos, aunque él no dé ningunas.

Así pues, lleva muchas ventajas al republicano, el partido que trajo la intervención extranjera, y está vivo y complacido porque cree que día por día gana terreno; pero se equivoca, el porvenir no es suyo, lo tiene perdido con la instrucción de las masas. La escuela, la escuela y no más que la escuela, acabará con el partido conservador, es decir, con sus ideas de retroceso, y entonces habrá paz, tranquilidad y verdadera tolerancia política y religiosa en la República, á cuyo logro deben trabajar los liberales de principios, los desinteresados, como lo procuraron hacer los de la primera administración, al restablecerse la República en el año de 1867, quienes trabajaron con desinterés y sin descanso.

CAPITULO XXV.

LA NUEVA ADMINISTRACION.

DESPUÉS de la campaña, de la lucha armada, había que restañar las heridas de la Patria, había que levantar otro ídolo en el altar destruido. Por mi parte, más

hubiera deseado retirarme á mi casa, á la vida privada, desde el 15 de Junio de 1867; pero no fué posible hacerlo, porque era de forzosa necesidad formar la nueva administración en el Estado, y no existía gente para el caso, pues que los hombres con quienes podía contarse, quedaron inhabilitados para ejercer destinos públicos, conforme á la ley de 16 de Agosto de 1863.

El General Manuel Cepeda Peraza, quedó, como era natural, de Gobernador del Estado, formando su Consejo de Gobierno los Sres. Dr. D. Agustín O'Horán, Lic. José Antonio Cisneros y D. Pedro Ildelfonso Pérez.

Yo fui nombrado Presidente del Tribunal Superior de Justicia, por no haber querido continuar siendo Tesorero General del Estado. Los otros Magistrados fueron los Sres. Lics. Carlos Peón, Gabriel Aznar y Diego Peniche.

D. Eligio Ancona continuó de Secretario General de Gobierno, y D. Manuel Cirerol pasó á ser Secretario particular del Gobernador.

D. Olegario Molina fué nombrado Director del Instituto Literario, que se fundó á instancias de la juventud, apoyada por el Dr. O'Horán, quien verdaderamente fué el hombre de la idea, y de él partieron casi todas las iniciativas para el establecimiento de la nueva administración.

Fué Presidente del Ayuntamiento de Mérida el Dr. José Dolores Patrón, y Tesorero General del Estado D. Juan Francisco Molina.

D. Ricardo Molina fué nombrado administrador de

la Aduana Marítima de Sisal, por empeño mío, y D. Liborio Irigoyén, Jefe de Hacienda, cuyo nombramiento redacté, pero no lo aceptó, y entró en su lugar D. José Rendón Peniche.

Los Tribunales federales, esto es, el Juzgado de Distrito y el Tribunal de Circuito, los ocuparon con el carácter de interinos, dicho Sr. Irigoyén y el Dr. José Jesús Castro.

El Dr. Patrón fungió como Jefe político de la Capital del Estado.

Pero como el punto objetivo para el porvenir, era el Instituto Literario, para cuyos gastos no se contaba con los recursos necesarios, sobre todo, en los primeros momentos, nos comprometimos los profesores fundadores á servir las cátedras por el término de dos años, sin ningún sueldo, y así lo verificamos.

Dicha administración se encontró sin recursos, con el país empobrecido, y sobre todo, con la oposición que le hacía la clase rica, que había sido adicta al Imperio; sin embargo, como el Jefe del Estado, secundado por los liberales, tenía deseos de que se organizara una buena administración, resueltamente entró en el sendero del orden, de la justicia y de la ley; y con prudencia se dejaba aconsejar y guiar en primer término del Dr. O'Horán, de cuyas elevadas y sanas ideas, no podía dudar, porque era de patriotismo puro, de patriotismo acrisolado, de recto juicio y conocedor profundo de los hombres y de las cosas de nuestra sociedad. Asimismo oía con gusto á la juventud que lo había acompañado hasta en los campos de batalla. En fin, ardía en los mejores deseos el

General Cepeda Peraza, recordando su comportamiento á Washington, «que fué el primero en la guerra y el primero en el amor de sus conciudadanos.»

De donde resultó que la nueva administración, á pesar de su cortísima duración, aún se cita en el día como modelo; y con razón, porque como los hombres se forman con los acontecimientos y con las circunstancias, había buena voluntad en todos los empleados, y cada uno en su ramo hacía lo posible por distinguirse en el buen desempeño de su destino, el que ejercía con honradez, actividad y celo, por lo que, el tipo de la administración brillaba por estas mismas virtudes, ni faltó en ella el conocimiento suficiente en cada ramo del Gobierno, la energía en el cumplimiento de la ley, y el desinterés en obsequio del bien general, y en perjuicio del egoísmo que siempre trae malas consecuencias y va acompañado de pasiones bajas, las cuales triunfan cuando falta el patriotismo en los hombres del poder.

Puede decirse que en aquella época de transición, se verificaba la regeneración de la República, y así se hubiera cumplido, al menos en esta entidad Federativa, si el partido contrario hubiese dejado en paz aquella situación, porque el partido liberal se hubiera consolidado, imperando sus principios generosos, y hubiese acabado por constituir sólidamente el Gobierno, llegando á ser fuerte y poderoso para hacer prácticas todas las garantías que entraña nuestra Constitución política, y legando á la sociedad la felicidad y la dicha.

Pero esto no se pudo conseguir, porque vinieron las perturbaciones del orden, y con ellas se abrió ancha

brecha á la Administración pública, penetrándola los antiguos vicios, por cuyos motivos, los hombres de buena voluntad que habían planteado la República, sufrieron decepciones é inconsecuencias: se relajó el principio de autoridad, se dividieron los liberales, y los principios é instituciones recibieron heridas que aún no se han podido curar, porque no ha llegado el tiempo de la regeneración del Estado, la cual practicará un Gobierno propio, ilustrado y enérgico, que conozca todas sus necesidades, y se consagre á llenarlas, con inteligencia, con patriotismo, con desinterés y lealtad, esto es, cuando venga la continuación del Gobierno iniciado en 1867.

Además de los trastornos que interrumpieron la marcha de la nueva Administración, sobrevino la muerte nunca bien sentida del General Manuel Cepeda Peraza, cuya muerte rompió los lazos que unían á los republicanos, al partido liberal, surgiendo desde entonces la división que no existió durante la guerra. En ésta cada uno ocupaba su lugar, sin pretensiones y sin más mira que el bien general.

En dicha campaña se prestó mi amigo D. Francisco Sánchez Peón, á que lo enviara á Umán á llevarle noticias al General Cepeda Peraza, la segunda vez que estuvo en Mérida; el Sr. Lic. Juan Buendía ayudó con buenos servicios militares en el sitio de la Capital, y lo mismo el hoy Lic. D. Fernando Duque de Estrada; D. Jacinto Avila fué Oficial de Caballería, y se condujo con valor y serenidad; D. Pedro Buenfil, D. Manuel Castro, D. Remigio Nicolí, hicieron de Oficiales, y otros varios jóvenes, sin

que nadie desconociera el principio de autoridad, ni la unidad de mando.

Es verdad que en esa guerra, como en todas, hubo abusos; pero éstos no desmienten lo expuesto, ni fueron el resultado de los principios que se defendían, sino obra de algunos subalternos incorregibles, que nunca faltan. Así en la revolución francesa se llegó á la época del terror con todos sus horrores; mas ni de la época, ni de sus horrores, se puede culpar al dogma santo de la República. De la propia manera, en la guerra del 67 no faltaron abusos independientes de la voluntad de los Jefes, y de los principios, como el asesinato del anciano D. Manuel Correa, de Umán, cometido por un Oficial subalterno León Ramón, sin que por ésto se rompiera la unidad de mando.

Pero después de la muerte del General Cepeda Pezaza, todo ha sido división y desórden, impidiendo la reorganización completa del Estado.

Y, ¿cuándo se hará ésta?

Este es el problema, es la cuestión, es el expediente puesto sobre el tapete del debate, y que se resolvería con solo relegar á los pretendientes vulgares, y poner en la dirección de la Administración pública á hombres escogidos en las regiones del patriotismo, de la dignidad y del saber; para que con sus conocimientos, su práctica en los negocios, su energía y su desinterés, hagan la felicidad del Estado, atendiendo siempre al bien general y no al particular, sin espíritu de egoismo, de secta, ni de bandería, cuyos hombres no faltan, los hay vivos, y son capaces

de plantear una Administración, continuando la del año de 67.

Solo entonces se reformará la Constitución del Estado, poniéndola á la altura á que debe estar, y quitándole los errores de que se halla plagada, suprimiéndose de su texto el Consejo de Gobierno, y estableciendo el sistema bicamarista; corrigiendo la formación de los Tribunales con el establecimiento del juicio por jurados, y la Sala de Casación permanente.

El Código Civil se nivelaría al del Distrito Federal y al de Jalisco, que admiten, entre sus preceptos reformados, la libre testamentación.

Se arreglaría la Hacienda pública conforme á las necesidades del país y á los conocimientos modernos, en armonía con los bienes del contribuyente.

En las mejoras materiales, se daría preferencia al adoquinado y desagüe de las calles de la Capital del Estado, en gracia de la higiene pública; se protegería á los ferrocarriles del interior, para concluir, por su medio, la guerra de los indios bárbaros.

Las Escuelas especiales se mejorarían en su organización, para mayor provecho de la humanidad y de la ciencia.

En una palabra, habría gobierno, y sería la continuación de la obra iniciada en 67, la cual ha estado en suspenso; se atendería al patriotismo y al mérito para los empleos públicos, y no al favor y á la lisonja.

CAPITULO XXVI.

EL 15 DE SETIEMBRE.

ESTABLECIDA ya la nueva administración republicana, y funcionando con regularidad, llegó el 15 de Setiembre, fecha en que proclamó en Dolores la independencia nacional el Cura Hidalgo, en 1810, la que no habían podido conmemorar públicamente los republicanos durante el tiempo del Imperio, porque prohibía éste toda fiesta que él no hiciera, por cuya razón el Gobierno se propuso celebrar con entusiasmo aquel acontecimiento, nombrando oradores, que en la tribuna hablasen al pueblo.

Como orador oficial pronuncié el discurso que sigue, y la Srita. Rita Cetina Gutiérrez, la composición poética que copio.

«Compatriotas:

Se ha pasado el tiempo en que de rodillas se pedía para el pueblo mexicano, una hoja de las coronas de laurel ganadas por la Francia en sus victorias, porque también se ha pasado el tiempo en que la traición adulaba al invasor. Ya no pedimos limosna para nuestros hermanos que pelearon el 5 de Mayo. ¡El 5 de Mayo, ciudadanos! He aquí el hecho glorioso, el hecho nuevo, el hecho grande que abrió la época de la regeneración de la patria. Fué el hasta aquí del pasado, y el fiat del porvenir. Fué un toque eléctrico que despertó el senti-

miento nacional y lo llevó al heroísmo. Fué el primer encuentro de mercenarios extranjeros con ciudadanos libres; de la usurpación con el patriotismo; de la conquista con la Independencia; del cetro imperial, que es el signo de la tiranía, con el gorro frigio, que es el signo de la Libertad; del buitre de las Tullerías con el águila del palacio de los aztecas; del viejo continente con el nuevo mundo; del pasado con el porvenir; de las tinieblas con la luz, y de la nada con el sér.

Hasta el 5 de Mayo, el pueblo mexicano era considerado como el león enfermo de la fábula, á quien hasta el asno se atrevió á insultar; pero se le hiere en el corazón, y á su primer rugido huye y vuelve las espaldas cobardemente su agresor. A su inmenso rugido, la Nación se levanta de su lecho de dolor, el león sale de su gruta y se presenta á luchar. Sobre las cumbres de Acultzingo está el faro de la victoria. Se empeña la lucha, ruda, cruel y desigual; y el pueblo pelea con fe porque confía en el pastor que con frente serena y semblante firme, le sostiene y no le abandona; y el pueblo venció y venció con solas sus fuerzas.

Grande, muy grande se ha hecho el pueblo mexicano. Rugió el huracán sobre sus montañas, y él ha disipado el furor del huracán. Fué lanzado en medio de los horrores de la tempestad, y ha sido la roca formidable que ha dominado el empuje de sus inmensas olas. Y el pastor que lo ha guiado, el piloto que ha conducido su nave, el enviado de Dios que lo ha hecho pasar á pie enjuto en medio del mar, el que lo ha sacado sano y sal-

vo de la peregrinación del desierto, ha sido Juárez. ¡Gloria inmortal á Juárez!

Esta es nuestra gloria del 5 de Mayo, y con ella empieza el desarrollo de esa sangrienta y terrible epopeya, que tuvo su desenlace en Querétaro, la más insólita que han visto los tiempos modernos y que ha pasado en nuestro siglo.

Y hoy que es día de la patria, he querido empezar mi discurso con este hecho, que es el patriotismo de un pueblo, elevado á un grado heroico por defender su independencia. En este punto me he querido colocar de intento, para hacer un presente de él á los padres de nuestra emancipación política de 1810.

Hidalgo y Morelos, padres de la patria, recibid con regocijo la corona de laurel que sobre vuestras tumbas ha depositado Zaragoza, y dadme un soplo del divino fuego, con que habeis inflamado su corazón de santo entusiasmo, para hablar con acierto de la patria y de su independencia gloriosa!

México, compatriotas, era casi ignorada del mundo; solo se tenía noticia de las hazañas de sus conquistadores. El país conquistado y los hechos heroicos de sus naturales, quedaron oscurecidos por el brillo y pompa con que se cuenta la conquista de los españoles. Esos hechos del famoso aventurero Hernando Cortés y sus compañeros, ha sido lo que se ha dado á conocer con interés. Se han escrito muchos libros sobre esas hazañas, se han templado muchas liras para cantarles larguísimas poesías, se han entretenido los ancianos y los niños en el dulce regazo del hogar, oyendo su narración; pero nadie se ha ocu-

pado del pueblo mexicano. Nadie recuerda, porque pocos lo saben, que este pueblo, de origen singular, es tal vez el maestro del pueblo egipcio. Acaso de la grande Atzlán, ciudad que fué cuna y primer asiento del pueblo mexicano, salieron colonias que, lanzándose sobre los hielos del polo, entraron al Asia por el estrecho de Bering, y derramando lecciones de sus ciencias y artes por todo el Oriente, al fin sentaron sus reales en la tierra de los Faraones. De suerte que el Egipto, admiración de los siglos y cuna dorada de la civilización griega, y por consiguiente, de la civilización europea, ¿qué sabemos si no fué fundado por colonias del mismo origen que los mexicanos? Luego si los sacerdotes egipcios llamaron niños á los sabios griegos, ¿no el mismo derecho tenían los mexicanos?

Esta no es una mera suposición. Allá está la historia de ambos pueblos, cuyos puntos de contacto es fácil examinar. Allá está el dios egipcio representado por una serpiente, lo propio que el mexicano; allá está la escritura geroglífica común á los dos pueblos; allá está el papyrus de Egipto, sustituido en México por el papyrus de maguey; allá están los conocimientos astronómicos, el carácter sacerdotal grave y supersticioso, la forma cónica de sus templos y sepulcros; todo parece del mismo origen.

Sin embargo, los españoles, al venir á la conquista de México, con una ignorancia que asombra, llamaron á sus hijos salvajes y antropófagos, porque ensangrentaban sus altares con víctimas humanas, sin advertir que no devoraban á sus semejantes por instintos brutales, como

deberían hacerlo para ser antropófagos, sino que obedecían los preceptos de su religión, colocando en sus mesas la carne cocida de las víctimas.

Así nos enseña la historia á los mexicanos. En seguida ese pueblo sale y abandona á la grande Atzlán para venir á establecerse sobre el lago Tescoco, teniendo que fijar sus habitaciones sobre estacas movibles de juncos, por obedecer á su oráculo, que le mandó plantar su residencia donde viera un águila posada sobre un nopal; pero diligente y entendido, pronto le vemos extender sus brazos como un gigante, como un atleta formidable, para formar el orgulloso imperio de los Moctezumas, ese imperio rico, floreciente y poderoso, que llenó de asombro á los españoles y les dió lecciones de valor, de juicio y de patriotismo. Díganlo si nó los fundamentos sólidos de su administración pública, su hábil política y su régimen militar. Dígalo si nó la gran catástrofe que sufrió Cortés y los suyos en el paso que luego se llamó el «Salto de Alvarado,» que le hizo derramar amargas lágrimas, y por cuya causa dió á aquella noche fatal para la conquista, el célebre mote de la noche triste. Dígalo si nó la invencible firmeza con que el pueblo azteca resistió el sitio de México, sin alimentos y sin recursos, viendo con tranquilidad la muerte y la destrucción de la Capital soberana, que no fué tomada hasta que se redujo á cenizas, pereciendo de hambre, de fuego y de sed, sus defensores. Dígalo si nó el sacrificio inhumano de Guatemotzin y el de otros caudillos que recibieron la muerte más espantosa y cruel con la sonrisa en los labios.

Estas extraordinarias virtudes pasaron desapercibi-

das; y terminada la conquista, calló sobre ellas el tenebroso velo del olvido.

Hecho pedazos el cetro de oro de Guatemotzin, reducido á cenizas su trono, y convertido su noble y valiente pueblo en esclavos, no tenían más consuelo en medio del ruido de sus cadenas, que las lecciones del cristianismo que por un lado les enseñaban los sacerdotes á medias, mientras que por otro los conquistadores, con aquella voraz ambición al oro y á la plata, los mataban en las entrañas de la tierra, buscando las vetas del divino metal.

El Aguila del Anáhuac, quedó sin alas; el oráculo enmudeció, las ciencias y las artes murieron; los monumentos fueron destruidos; los museos y archivos incendiados, y aquella sombría palidez de los claustros españoles del tiempo de Carlos V., cubrió el brillo de oro de la patria de los aztecas.

El mundo entónces, ya no conoció más á México, que por el fervor piadoso con que el venerable Las Casas despertaba los sentimientos filantrópicos de las cortes, á favor de los ciervos conquistados por Hernando Cortés.

He aquí el carácter de los tres siglos de dominación, en los cuales el genio mexicano estuvo encerrado en una tumba, y sobre aquella tumba colocaron el cetro feudal, á fin de impedir que entrara en ella el soplo de la moderna civilización á prestarle nuevas alas; pero el genio es el Fénix cosmopolita y de todos los siglos.

En tanto que en el viejo mundo los reyes y los tronos eran el juguete del Gran Capitán del siglo, atrope-

llados y confundidos por el tropel de los ejércitos, el ruido y choque de las armas y las descargas de artillería: en tanto que los ejércitos de ese Gran Capitán, Napoleón I, también grande usurpador y mal político, atravezaban las cumbres heladas del San Bernardo en los Alpes, después de haber contemplado á la Europa sobre las famosas pirámides de Egipto, para ir á recoger los lauros de la batalla de Austerlitz, el príncipe de Portugal se embarcó huyendo al Brazil, y el rey de España, por su parte, se obligó á abdicar, para que ocupase el trono de Madrid, José Bonaparte. En tanto que ésto pasaba hasta 1807, los esfuerzos que la Europa hacía para salir de la opresión, sacudían tan profundamente el corazón de la humanidad, que al través de los mares llegaban sus ecos á las Américas. La emancipación de la inteligencia y la libertad del hombre, alcanzadas á costa de lagos de sangre, dejaban allende los mares su ropaje despedazado y sangriento, y venían á entonar sus himnos á nuestras playas, puras y limpias.

Los trabajos de Napoleón I, derribando de sus tronos á los antiguos tiranos de Europa, para sentarse él á gobernar con la corona de fierro que le ofreciera el reino Lombardo, fueron pues, inútiles; porque el poder de los pueblos es el más grande de los poderes de la tierra.—Y así, si en Italia los extranjeros quisieron dominar, para quebrantar su yugo tuvieron lugar las "vísperas sicilianas;" si en Francia se quisieron contener los avances de la reforma con el degüello de San Bartelemy, la filosofía enciclopédica se vengó de esta matanza: si en Inglaterra se pretendió encerrar á su diosa Libertad en la torre de

Lóndres, el grito puritano la salvó: si á la filosofía se le amenazó de muerte con aprisionarla en la Bastilla, la revolución suprimió aquel obstáculo, haciendo desaparecer la Bastilla; y si el despotismo napoleónico pensó conquistar á la Europa, las colonias americanas se hicieron independientes.

Estas poderosas causas, y la independencia de la nación vecina, fueron el imán galvánico, que tocando el cuerpo muerto de la Nueva España, llenó de divino ardor al más grande de sus hijos, quien haciéndose superior á su tiempo, sin temer el cadalso que debía ofrecerle el brazo secular, ni los anatemas y penas del infierno con que debía amenazarle el brazo eclesiástico, por el órgano del furibundo Tribunal de la Inquisición, dió el primer grito de independencia en el pueblo de Dolores, en la madrugada del 16 de Setiembre de 1810. Aquel hombre gigante, la personificación del genio mexicano, que le hizo recordar sus antiguas glorias y su heroico valor, fué Hidalgo: Hidalgo que nos redimió con su sangre; Hidalgo que nos enseñó el patriotismo y la dignidad de hombres libres; Hidalgo que nos legó su noble ejemplo para no desmayar en la defensa nacional. ¡Gloria eterna á Hidalgo, padre de la independencia soberana! ¡Gloria á Morelos y á todos los caudillos de 1810!

CAPITULO XXVII.

CONTINUA EL ANTERIOR.

A TRAS, séres menguados, hombres sin pudor, que os atreveis á tocar con vuestra lengua emponzoñada la aureola sin mancha de Hidalgo! Atrás, que sois abominables, los que lo llamais aventurero, los que decís que no tuvo miras políticas ni de independencia, porque proclamaba á Fernando VII y á la virgen de Guadalupe! Atrás, que no sois capaces de comprender el pensamiento profundo de aquella vasta inteligencia, que sin chocar con las preocupaciones de las masas que lo seguían, marchaba con paso firme á su magnífica misión, simbolizada en el grito de "mueran los gachupines."

En efecto, Morelos recibe instrucciones de Hidalgo y lo sigue en el campo del honor, con una inteligencia y fecundidad de acción tal, que siempre será la admiración de las generaciones, hasta formar el Congreso de Chilpancingo, que á la faz del mundo proclamó la Independencia de México, de la metrópoli española. ¡Gloria al Congreso de Chilpancingo! ¡Gloria al que lo presidió, C. Andrés Quintana Roo, paisano nuestro!

La guerra comenzada en 1810, se concluyó en 27 de Setiembre de 1821, consumándose la Independencia con la entrada del Ejército trigarante en México.

Terminada la guerra en los campos de batalla, era

necesario constituir el país, fijar la política que se había de seguir, edificar los cimientos de la administración, encaminar á la sociedad en su nueva existencia, en su nuevo ser libre; y de allí data la contienda civil, el desbordamiento de las ideas, el choque de las pasiones, de los intereses, de las costumbres, de las leyes y la lucha social, por fin.

Yo no vengo á contar las banderas que la rebelión armada desplegó en su paso, ni el número de acciones de guerra que se han empeñado en el país; eso sería nunca acabar. Todo eso ha pasado y lo ha cubierto el tiempo con sus negras alas. Pero es necesario hacer comprender, porque es la verdad, que en esta lucha la Nación no ha hecho más que cumplir con la ley inmutable de la naturaleza, porque con ella ha demostrado que tiene la vida suficiente para vencer las preocupaciones adquiridas en tres siglos, la vida suficiente para comunicársela al cadáver de la nueva España, aquel cuerpo que los españoles conservaron en una tumba, soportando el enorme peso del cetro feudal.

Estamos en la primera celebración de cumpleaños de la independencia nacional, después de su segunda época, y por lo mismo hay mucho que decir, hay que rectificar los hechos que se adulteraron por los apóstoles de la opresión, para afianzar su reinado, como si la mentira pudiese durar alguna vez. Sabemos que si el sol se oculta, su ocultación es momentánea, para aparecer con más brillo: así es la verdad.

Las armas que más blandían, la prensa y la administración llamada imperial, eran dos. El desprestigio de

los republicanos, declarándolos impotentes para triunfar sin el auxilio de los norte-americanos, y la inevitable anexión de México á los Estados Unidos, trayendo como la prueba toral de este segundo extremo, la guerra que nos hizo la república vecina.

Estas dos calumnias han quedado destruidas de un modo portentoso, y los hechos han salido garantes del partido republicano; tal que no hay para qué señalarlos. Están vivos, frescos y profundamente grabados en la memoria del mundo.

Sin embargo, para ser más explícitos, recordamos la respuesta que se dió á la intercesión de los Estados Unidos por la vida del difunto Maximiliano, recordamos el testimonio de la prensa americana que multitud de veces ha gritado, repitiendo que á México no se le ha dado auxilio para derrocar al Imperio; pero sobre todo hacemos presente que, si se luchaba con el extranjero, porque no se quería el yugo extranjero, ¿había de ocurrirse á otro extranjero para obtener la salvación? Afortunadamente, lo que más ha brillado en la conducta republicana, ha sido la inexorable precisión lógica en su teoría y en sus hechos. No es como la de los antiguos conservadores, que son los sempiternos clarines contra la guerra norte americana, cuando la parte vergonzosa, la porción inmundada de esa guerra, fué obra exclusiva de ellos, siendo así que á su desvergüenza y modo mezquino de obrar se debe atribuir el que los americanos hayan profanado, con la presencia de su ejército, la Capital de la República. Esto se hace evidente, si se tiene á la vista el que cuando el Gobierno Supremo, que era libe-

ral, se preparaba á atacar al enemigo que se dirigía por el Estado de Veracruz, de los conventos de los frailes sale la bandera de insurrección y el dinero con que compran al Jefe del ejército de operaciones de la frontera del Norte, cuya conducta imprudente fué el golpe mortal para el Gobierno que deponen el mando, y la Nación se ve obligada á aceptar los inicuos tratados ratificados por el Presidente Peña, Jefe entonces de las filas conservadoras.

También es necesario advertir, en honor á la verdad, que el partido progresista de los Estados Unidos, generoso y leal, se opuso á que se nos hiciera la guerra. Luégo no la Nación, sino el partido conservador de los Estados Unidos, aquel partido del Sur que después se llamó el partido de la esclavitud, hermano legítimo del partido conservador de México, fué el que nos mandó sus bayonetas y sus cañones. La prueba de este acerto, la tenemos en el discurso del célebre Lincoln, aquel hombre inmortal que se hizo el azote de la esclavitud y lumbrera de las filas progresistas; aquel genio hizo atronar las Cámaras de Washington, desplegando las galas de su voz elocuente, para impedir que se trajera la guerra á México.

He aquí como queda desvanecida la tempestad con que siempre nos han querido espantar, de que México irremisiblemente ha de ser anexionado á los Estados Unidos.

Es imposible cualquier otra intervención extranjera en el país, porque ya no hay partido conservador que vaya por ella.

El partido nacional, que es el republicano, ha vencido y puede hacer la felicidad de la patria, sin el látigo de un amo que la trate, como se trata á las bestias.

Mas antes de concluir, y al fin de las sangrientas luchas, veo lucir, radiante de hermosura, la estrella de la salud nacional, veo flamear en los aires el lábaro santo de las leyes de reforma.—Y la sangre corre á torrentes.—La retrogracia rabiosa como una pantera, levanta sus tremendas garras y despedaza cuanto puede alcanzar, hasta que en su delirio de furor, destilando sangre por la boca y las garras, pero vencida, recurrió, ¿á qué ciudadanos?..... Horror con ese nombre, maldito sea..... á la traición.

Y la traición y el extranjero nos quisieron dominar. Mentira! no nos conocían, pensaban que aún éramos los siervos de los españoles.

Y la traición y el extranjero quisieron seducirnos proclamando las leyes de reforma: mentira!

Y la traición y el extranjero quisieron trocarnos la mentira en verdad, diciendo que no nos quitaban la independencia, porque blasfemaban invocando los nombres de los padres de la patria: mentira y mil veces mentira!

Sobre la tumba de Hidalgo apareció la luz de su genio, que guió á Juárez en el desierto, y Juárez tuvo valor y firmeza, y venció; inaugurando con su triunfo una época de juicio, de cordura y de energía en el ser político y moral de la Nación.

Las virtudes cívicas son los preciosos frutos que producen los sacrificios de los pueblos; y ellas son las

diosas que cierran las puertas del templo de Marte y abren las del dios de la paz.

Por primera vez, desde la independencia, Juárez ha concluido con la guerra civil, le ha cortado la cabeza y hecho girones su bandera. Ya no existe más que el partido nacional. Como nuevo Octavio ha colocado los cien cerrojos á las puertas del templo del dios Jano. ¡Que este dios, que tiene dos caras, en señal de que conoce el pasado y prevee el porvenir, haga que la paz sea Octaviana, y que los instrumentos de Marte jamás vuelvan á abrir su templo!

Las generaciones venideras hallarán una vía luminosa y cubierta de gloria para regir los destinos de la patria.

Ya no tienen qué temer una nueva conquista. El mundo nos ha conocido bien: ahora demasiado se ocupa de nosotros, admirando las severas lecciones que México ha enseñado á los tiranos, durante el espacio de cinco años, desde la primera que dió el 5 de Mayo de 1862, hasta la última del 19 de Junio de 1867.»

Después la Srita. Rita Cetina Gutiérrez, leyó esta composición poética:

«Noche sublime de inmortal recuerdo,
Yo te aclamo con alma enardecida
Y entre la voz del pueblo confundida
También se escuchará mi débil voz.
Hoy que do quiera con placer difunde
Su llama ardiente el entusiasmo santo,

Alzo también de patriotismo un canto
Consagrado á la gloria y al valor.

¡Oh quince de Setiembre bendecido!
Tú haces siempre cruzar en mi memoria,
El hecho más grandioso que la historia
Con orgullo en sus páginas grabó.
Bajo el yugo despótico de un trono
Que dominaba el Viejo y Nuevo Mundo,
Abyecta siempre, cual reptil inundo
Infeliz nuestra patria se miró.

Trescientos años de dolor y llanto,
De eterno padecer, de desventura,
Hasta la última gota de amargura
Apuró de la copa del dolor.
Mas ya pesan sobre ella las cadenas,
A su colmo ha llegado el sufrimiento,
Y anhela con placer venga el momento
De enseñar su poder al opresor.

El quince de Setiembre, allá en Dolores,
El inmortal Hidalgo, noble anciano,
Se presenta ante el pueblo mexicano
Y entusiasta le grita: «Libertad.»
Libertad á su voz el pueblo exclama,
Libertad nada más, Independencia,
Y dándole á la patria la existencia
Se aprestan esforzados á luchar.

Entonce el español con fiero encono
Confiado en su valor, en su pujanza,
Sobre ese pueblo sin piedad se lanza,
Que ávido espera del cañón al pie.
Llega al frente, se presenta airado,
El valor del azteca se acrecienta.....
Empréndese por fin la lid sangrienta
Y el éxito es dudoso, aún no se ve.

Y todo es confusión: solo se escucha
El grito lastimoso del herido
Que al exhalar el postrimer gemido
Con voz convulsa dice «Libertad.»
Y en medio del fragor de la pelea
Se ve retroceder al León hispano.....
Era libre ya el pueblo mexicano,
Del tirano opresor supo triunfar.

Y en los lugares donde tanto tiempo
Tremolaba á su vez la enseña ibera,
Triunfante se fijó nuestra bandera
Al grato estruendo del tambor marcial.
Una era de ventura y bienandanza
México libre en su esplendor vislumbra,
Que ya la antorcha celestial alumbraba
Un porvenir de glorias inmortal.

¡Mas ay! en vez de conservar sin mancha
El honor nacional que le encomienda,
Se entrega presto á la civil contienda

Violando de sus leyes el poder.
Y la sangre de muchos mexicanos
Corrió manchando nuestra patria amada,
Y hasta vióse del yankee mancillada,
Cuando pudo su avance contener.

Y no es esto no más: pues ya se avistan
Surcando el mar en las revueltas olas,
Un grupo de variadas banderolas
Que agita el viento con sutil vaiven.
Es una escuadra que á las playas llega
Que circuyen la perla de Occidente,
Es una turba de extranjera gente
Que admirada contemplaba nuestro Edén.

México generosa abre sus puertas,
Penetran por ahí los invasores,
Y después con infamia los traidores
Pretenden nuestra patria esclavizar.
Y cual si fuera una nación salvaje
Sin leyes, sin gobierno, sin guerreros,
Que empuñasen valientes los aceros
Y muriesen salvando su heredad;

Así ha invadido nuestros patrios lares
Confiada en su valor, en su arrogancia,
Esa chusma opresora de la Francia
Esclava del tirano Napoleón.
Un príncipe de Hapsburgo que tranquilo,
Feliz gozando en su heredad vivía,

Con regia pompa á México le envía
Y á su imperio somete á la Nación.

Mas ay, no sabe lo que ahí le espera!
No sabe lo que puede un pueblo unido,
¡Ay, príncipe infeliz, víctima ha sido
Del engaño, la intriga y el error.
El pueblo mexicano se levanta,
Recuerda su valor, su patriotismo,
Y á demostrarle viene su heroismo;
Que también otra vez fué vencedor.

Recuerda que esa tierra bendecida
Que mancillan inicuos invasores,
La sangre recibió de sus mayores,
Sangre vertida del cañón al pie.
Y alzándose á la voz de sus caudillos
Que gritan: á salvar la Independencia!
Ante el ara del Dios de su creencia
Juran todos la patria defender.

A ejemplo de Morelos y Abasolo
Que murieron salvando nuestros lares,
Se presenta á su vez el noble Juárez,
El genio colosal de la Nación.
Todos le siguen con heroico empeño,
Olvidan de la suerte los reveses,
Y empiezan á luchar con los franceses
Con esforzada y santa abnegación.

Sin tregua se suceden los combates,
Sangrientas se presentan las batallas,
Cruje el cañón y silban las metralas.....
Y ni un momento pierden su valor.
Arrostran el cansancio, las fatigas,
Carecen de pertrechos, de sustento,
El amor de la patria es su alimento,
Su ambición derrocar al opresor.

Mas llega un día de esplendente gloria,
Un día de recuerdos inmortales,
Que grabará la historia en sus anales,
Y del mundo será la admiración.
El inclito guerrero de la Francia
Es siempre vencedor, nunca vencido,
Al pueblo mexicano se ha rendido
Que es él en esta vez el vencedor.

Coronó la victoria sus esfuerzos,
La lucha desigual ha terminado,
El honor nacional está salvado
Y México radiante de esplendor.
Hoy ante el mundo se presenta grande,
Admirada de todas las naciones,
Que inclinan con respeto sus pendones,
Tributando un laurel al vencedor.

¡Héroes ilustres de mi patria hermosa!
Dignos hijos de Allende y Abasolo,

La fama llevará de polo á polo
Vuestro esforzado, singular valor.
Levantad con orgullo vuestras frentes,
Que los manes de Hidalgo y de Morelos,
Velando por vosotros en los cielos,
Os envían su santa bendición.

CAPITULO XXVIII.

EL 16 DE SETIEMBRE.

EL 16 de Setiembre hizo de orador oficial el Sr. Lic. Gabriel Aznar, y pronunció la oración patriótica siguiente:

Y un día, después de cinco años de humo, de polvo y de ceguera, la nube se ha disipado, y entonces se han visto dos imperios caídos en tierra. Nada de monarquía, nada de ejércitos; nada más que la enormidad de la usurpación en ruina, y sobre este horroroso derrumbamiento, un hombre en pie: Juárez; y al lado de ese hombre la libertad.—VICTOR HUGO.

Hidalgo inmortal! tú que alentado por tu generoso corazón y sin más apoyo que el mágico nombre de libertad, hiciste brotar allá en el modesto pueblo de Dolores la ardiente lava que arrolló hasta sus cimientos las bases del gobierno colonial!..... tú, que después de conquistar con este solo hecho la incomparable gloria de libertador de un pueblo esclavizado, viste á ese mismo pueblo solícito y ebrio de entusiasmo en derredor de tu gloriosa enseña, y guiado por ésta, marcar una carrera heroica desde

Sin tregua se suceden los combates,
Sangrientas se presentan las batallas,
Cruje el cañón y silban las metralas.....
Y ni un momento pierden su valor.
Arrostran el cansancio, las fatigas,
Carecen de pertrechos, de sustento,
El amor de la patria es su alimento,
Su ambición derrocar al opresor.

Mas llega un día de esplendente gloria,
Un día de recuerdos inmortales,
Que grabará la historia en sus anales,
Y del mundo será la admiración.
El inclito guerrero de la Francia
Es siempre vencedor, nunca vencido,
Al pueblo mexicano se ha rendido
Que es él en esta vez el vencedor.

Coronó la victoria sus esfuerzos,
La lucha desigual ha terminado,
El honor nacional está salvado
Y México radiante de esplendor.
Hoy ante el mundo se presenta grande,
Admirada de todas las naciones,
Que inclinan con respeto sus pendones,
Tributando un laurel al vencedor.

¡Héroes ilustres de mi patria hermosa!
Dignos hijos de Allende y Abasolo,

La fama llevará de polo á polo
Vuestro esforzado, singular valor.
Levantad con orgullo vuestras frentes,
Que los manes de Hidalgo y de Morelos,
Velando por vosotros en los cielos,
Os envían su santa bendición.

CAPITULO XXVIII.

EL 16 DE SETIEMBRE.

EL 16 de Setiembre hizo de orador oficial el Sr. Lic. Gabriel Aznar, y pronunció la oración patriótica siguiente:

Y un día, después de cinco años de humo, de polvo y de ceguera, la nube se ha disipado, y entonces se han visto dos imperios caídos en tierra. Nada de monarquía, nada de ejércitos; nada más que la enormidad de la usurpación en ruina, y sobre este horroroso derrumbamiento, un hombre en pie: Juárez; y al lado de ese hombre la libertad.—VICTOR HUGO.

Hidalgo inmortal! tú que alentado por tu generoso corazón y sin más apoyo que el mágico nombre de libertad, hiciste brotar allá en el modesto pueblo de Dolores la ardiente lava que arrolló hasta sus cimientos las bases del gobierno colonial!..... tú, que después de conquistar con este solo hecho la incomparable gloria de libertador de un pueblo esclavizado, viste á ese mismo pueblo solícito y ebrio de entusiasmo en derredor de tu gloriosa enseña, y guiado por ésta, marcar una carrera heroica desde

Dolores hasta México, desde México hasta el puente de Calderón!..... tú, que participando de la suerte fatal, á menudo asignada en el mundo á los hombres de virtudes extraordinarias, rendiste la vida en un cadalso erigido por los tiranos de la patria!..... en tu triple aureola de héroe, de libertador y de Mártir, yo te saludo! Noble Morelos, indomable Guerrero, esforzado Iturbide, y vosotros todos héroes innumerables que siguiendo la senda por Hidalgo marcada, nos legasteis patria y libertad, también salud! Contempladnos aquí reunidos para celebrar el aniversario de vuestras glorias imperecederas en este día, el más solemne de los que hemos contado desde que somos libres é independientes; en este día, en que cual nunca sentimos dilatado el corazón al encontrarnos en torno de nuestra invicta águila republicana, ausente de nosotros los tres últimos años: fatigada está con la lucha á que provocaron los grifos del Archiduque Maximiliano de Austria y el águila rapaz de Napoleón III; aún vierten sangre preciosa las profundas heridas que le hicieron;..... victoriosa, empero, en la lucha, ocupa hoy, erguida como siempre, y llena de un justo orgullo, el puesto que le fuera usurpado: desde él vuelve agradecida los ojos á esos valientes patriotas que con energía indomable, la escudaron y la salvaron de la infamia y de la usurpación. Zaragoza, Juárez, Díaz, Escobedo, nombres benditos son que se confunden ya con los vuestros en las eternas páginas de la historia; la solemne impresión de sus recientes hazañas y de los hechos que las motivaron, debe sin duda haberos hecho estremecer de indignación contra los unos, de placer por las otras, en

vuestros lechos de gloria: en mi cerebro hacen nacer tumultuarias reflexiones, cuya expresión forma la ofrenda, que á nombre del pueblo de Mérida, vengo hoy á depositar en el altar de la Patria. A todas os evoco á aceptarla, sombras venerandas de nuestros padres!..... es humilde en su expresión, sincera en su esencia, inapreciable en su origen.

Compatriotas: muy pronto contaremos seis años desde la fecha en que tres naciones de la vieja Europa, ó para mejor explicarnos, tres gobiernos, pues en los países en que el pueblo está subyugado, estas palabras no son sinónimas, en que tres gobiernos, decimos, acostumbrados como están en el viejo mundo á no usar con los débiles otro lenguaje que el de la fuerza, se pusieron de acuerdo para ocupar nuestro territorio; y luego que habían usurpado nuestra primera población, nos dijeron en un manifiesto «que venían á tender una mano amiga á un pueblo, al cual contemplaban agotando sus fuerzas y su vitalidad, al violento impulso de sus constantes discordias intestinas..... que la fe de los tratados, violada por los diversos gobiernos que se habían sucedido entre nosotros, y la seguridad individual de sus compatriotas, constantemente amenazada, habían hecho indispensable aquella expedición.» En verdad que no sin razón se agolpó la sangre á los corazones de los mexicanos, al contemplar que en términos buenos para usados con un pueblo de antropófagos, se reclamaban de su gobierno garantías para los extranjeros, y se le echaban en cara sus revoluciones intestinas. Oír ésto, nosotros que hasta aquí hemos lamentado que los extranjeros todos que vi-

ven en nuestro suelo, en virtud de los privilegios de que de hecho y de derecho han gozado, se hubiesen mantenido casi siempre á cubierto de las tempestades políticas, en medio de las cuales hemos nosotros venido navegando tan trabajosamente!..... Y decimos esto, no por falta de generosidad, sino porque aparte de que solo sería rigurosa justicia, que los que más que nosotros explotan la riqueza de nuestro país, participasen por igual de nuestras desgracias, la generalidad de esos advenedizos, que llegan desnudos á nuestras playas, que reciben de nosotros la más cordial hospitalidad y que se hacen ricos en nuestro suelo, son los más fervientes enemigos del país que los abriga, y enseñan á sus hijos á despreciarlo: los enseñan á tener como su patria, la que en realidad no lo es y de la cual ellos mismos, no viéndola sino á través de la distancia de lugar y de tiempo, se han olvidado que la dejaron, porque en ella no cabían, porque en ella no podían vivir!..... Es justo, no obstante, recordar que hay excepciones muy honrosas de extranjeros dignos, que comprendiendo perfectamente su situación no han usado de sus privilegios, sino en pro de su patria adoptiva; pero repetimos, que desgraciadamente éstos son los menos, aquellos los más. Y lo de echarsenos en cara nuestras revoluciones intestinas?..... pues qué ¿no han tenido esas revoluciones títulos innegables ante el mundo político y social?..... Después de una guerra de solos once años, levantaron, sin la ayuda de nadie, (esto no nos debe enorgullecer, de nadie!) una nueva nación que se presentó simbolizada en nuestro hermoso pabellón tricolor, de entonces acá cubierto

de tantas glorias..... Tres años después de consumada la independencia, iniciaron la grande obra de abolir en nuestro suelo la esclavitud, de tal suerte, que á los cinco años, en 1829, todos eran libres en el territorio mexicano. Luégo han venido luchando sin tregua por abolir los fueros y privilegios y establecer la santa igualdad; y en 1861, precisamente la época en que se formó la triple alianza, acababa de coronar la obra, el triunfo más completo; sí, el triunfo más completo, pues no debe hacerse mérito, por su número insignificante, de un puñado de hombres tenaces, que continuaban haciendo la guerra, guarecidos en las montañas: hombres como muy bien ha dicho un escritor recientemente, tan incapaces de ser gobernados como de gobernar.

Pero lo más gracioso de todo, fué ese cinismo de los gobiernos de Inglaterra, Francia y España, mostrándose escandalizados de nuestras discordias intestinas: ellos, que en mas de una dilatada revolución que no han podido evitar ni contener, han sido testigos en sus respectivos países de los ultrajes inferidos á los más inviolables principios de humanidad, y que después de tantos siglos de existencia política, aún no han llegado á la mitad del camino que México ha hecho en medio siglo..... todavía el gobierno británico ve perecer de hambre y de frío un número considerable de sus hijos en presencia de una nobleza opulenta y orgullosa, y mantiene en opresión á esa pobre Irlanda, ahogando en sangre los esfuerzos que hace por reconquistar su libertad: todavía Napoleón III se mantiene en el trono de que traidoramente se apoderó: él, que elegido Jefe de un pueblo li-

bre, derramó á torrentes la sangre de ese pueblo para cimentar su despotismo: todavía el gobierno español, creyéndose en el siglo de Hernán Cortés y Moctezuma, emprendió no ha mucho la gigantesca y sangrienta empresa de sofuzgar la nación inpediente de Santo Domingo: está regido hoy por un hombre del tiempo del oscurantismo, que queriendo gobernar por el terror, ha sembrado su patria de cadalsos, lanzando allende los mares á los hombres ilustrados y generosos que escapan del hacha del verdugo, y en méngua del mundo americano, mantiene á esa desgraciada Isla de Cuba en la más repugnante esclavitud. No obstante todos estos hechos innegables y notorios, poco ó nada se curaron de ellos los gobiernos de Europa; y no recordando más que sus fuerzas y nuestra debilidad, lanzáronse á las vías de hecho y procedieron de la manera que hemos recordado.

El Presidente Juárez, queriendo en cuanto fuese posible, sin menoscabo de la honra nacional, evitarle al país una guerra extranjera, que preveía cuán desastrosa había de sér, entró en tratados con las potencias aliadas por medio del C. Manuel Doblado, á quien nombró comisionado al efecto. Este ilustre demócrata, cuya pérdida como la de tantos otros tenemos hoy que lamentar, dejó en esta ocasión bastante bien puesto su nombre y el nuestro, por su notable habilidad diplomática, al mismo tiempo que por su noble caballerosidad, ámbas cosas patentizadas en los preliminares de la Soledad. El primer artículo de estos tratados, que se han hecho célebres en el mundo, fué un reconocimiento expreso por parte de las potencias aliadas, de que el Gobierno que regía los des-

tinios de México era legítimo, y tenía el poder y los elementos suficientes para sofocar, sin el apoyo que *generosamente* le brindaban los aliados, cualquier revuelta interior: sobre esta base, otros artículos estipularon que para librar á las tropas aliadas del clima mortífero de la costa en que se encontraban, avanzarían á la zona templada del país, salvando las fortificaciones mexicanas que se hallaban interpuestas, mientras duraban las conferencias de Orizaba; pero con la precisa condición, que debiera suponerse, sin expresarla, tratando con gentes de mediana dignidad, de que volverían á reconocer sus posiciones en caso de no tener éxito las conferencias. En consecuencia de estos tratados, verdadera y neta retractación del injurioso manifiesto expedido en Veracruz, las fuerzas de la triple alianza, que habían venido á hacernos reclamaciones como se hacen á los bárbaros, que habían ya usurpado la primera población de nuestro suelo, se obligan á entenderse con México de potencia á potencia, y saludan á nuestro pabellón que de nuevo se enarbola en Veracruz. He aquí el primer magnífico triunfo de la República; triunfo del derecho sobre la fuerza, de la justicia sobre la iniquidad. Todos sabeis que las conferencias de Orizaba no tuvieron efecto, y por lo tanto, que las fuerzas aliadas, en virtud de los preliminares de la Soledad, debían volverse al otro lado de las fortificaciones mexicanas, que caballerosamente se les había permitido salvar. Los hábiles representantes del Gobierno Británico y el noble y digno Gral. Prim, representante de la reina de España, volviéronse atrás, no solo de las posiciones que temporalmente ocupaban, en virtud de los tratados de la Soledad,

sino también de la menguada empresa que habían acometido en unión de Napoleón III. Habíanse persuadido de la verdad de los hechos que reconocieron en los tratados de la Soledad; habíanse detenido á reflexionar que el Gobierno Republicano Federal, legítimo representante del pueblo de México, triunfante entónces como lo está hoy felizmente en todo el ámbito de la Nación, no tenía que avergonzarse de una sola acción baja ó indigna de un pueblo noble y generoso. Porque en efecto: se trata de una tropelía contra la inviolabilidad de la legación Británica.....? El reo fué Miramón, Jefe del partido reaccionario. Se trata de la muerte tenebrosa de ilustres hombres públicos...? Del partido liberal son los que han perecido así: hable si nó, la sombra de Ocampo cruel y lentamente asesinado. Se trata de haber sacrificado á los enemigos políticos y á los ciudadanos extranjeros de una manera salvaje, por la hora, por la precipitación, y sobre todo, por haber comprendido á los médicos en ejercicio de su sagrada é inviolable profesión.....? Tacubaya responde y el mundo entero sabe que en tan bárbara hecatombe, los liberales fueron las víctimas, los reaccionarios los verdugos. Se habla de la inmensa porción de territorio, cedida á los Estados Unidos, con que siempre han acusado gratuitamente á los liberales sus enemigos políticos, de estar ligados de una manera indigna de una Nación libre.....? El responsable de tamaño delito ante el mundo es Santa Ana, digna y neta encarnación del partido conservador.

Napoleón III, sin embargo, halagado con el hecho de que los Estados Unidos no podían distraer su aten-

ción de la guerra colosal intestina en que estaban empeñados, y abrigando la mezquina idea de que sin la ayuda de esta poderosa nación no podía México medir sus fuerzas con las suyas, se empeñó en la obra infame de establecer entre nosotros su dominación, sirviéndose como instrumento del desventurado Archiduque Maximiliano de Austria: nunca los déspotas acabarán de comprender lo que puede un pueblo que lucha por su soberanía! El Emperador de los franceses, léjos, pues, de obrar con la cordura de sus aliados, se aseguró de las posiciones que había ocupado bajo la salvaguardia de la buena fe, y á las cuales no le hubiera sido por cierto muy fácil llegar por la fuerza, como en términos claros y precisos lo dijo el General Prim, pocos meses después, en el Senado Español.

Lo que sucedió en nuestro país, después de rotos los preliminares de la Soledad, lo sabeis bien todos: es infame, ridículo y cruel, por parte de Napoleón III y de los desgraciados hijos de México que abrazaron su causa, criminales algunos... ilusos los más... noble, valiente y generoso por parte de los mexicanos de corazón; sobre todo por parte de Juárez, esa figura colosal que en honra y prez de nuestra querida República, descuella hoy á la altura de las más grandes celebridades del mundo antiguo y moderno. Esta página, que Napoleón en términos cabalísticos predijo al mundo, había de ser la más brillante de su reinado, está ya grabada en la historia con caracteres indelebles: comienza respecto de él con la escandalosa burla de tratados firmados por los representantes de su gobierno, y con su traidora ocupación de las

fortificaciones mexicanas, y concluye con el cobarde y miserable abandono del Archiduque Maximiliano: comienza respecto de México con las glorias inmarcesibles del 5 de Mayo, y concluye con la ejecución de la justicia nacional en Querétaro: justicia ejercida de una manera digna y valerosa: castigando á los culpables poderosos..! perdonando á los culpables desvalidos y desamparados!..

La parte que á nuestro modesto Yucatán cupo en esta epopeya gloriosa, tuvo, como desgraciadamente aconteció en los más Estados de la República, sombras y luz: tuvimos sí la desgracia excepcional de que la revolución que trajo consigo el germen de la causa extranjera, se lanzó á la lucha no contando en sus filas un solo soldado extraño á nuestro país, con el objeto ostensible de procurar un cambio de personas en la administración pública, é invocando los sentimientos nacionales y los principios de libertad: esta farisaica revolución triunfó en Julio de 1863; y triunfó, no porque á pesar de su fingido republicanismo hubiese sido popular, sino porque la mayor parte de los habitantes del Estado, no previendo más que un cambio de personas y con más ó menos motivos, no teniendo particular afección por las unas ó por las otras, fueron fríos é indiferentes espectadores de todo: lo mismo que á los buenos hijos de Yucatán, sucedió á los del vecino Estado de Campeche; y cuando todos se apercibieron de que lo que había pasado era algo más que un cambio de personas y quisieron ponerle remedio, ya era tarde.....!

CAPITULO XXIX.

CONTINUA EL ANTERIOR.

LA causa de Napoleón III, había logrado enseñorearse de la Península de Yucatán, como á aquella fecha estaba enseñoreada de una considerable parte de nuestra República, cuyo gobierno, ya en su época de desgracia, habíase visto forzado á abandonar la capital: la traición había consumado su obra, clavando hasta el puño su daga, en el seno de la madre patria.....! Esta fué la manera con que Yucatán quedó en manos del enemigo extranjero: y no titubeamos en asegurar, que si el venenoso reptil que nos amenazaba hubiese sacado á tiempo la cabeza del cieno en que se envolvía..... si los que incubaron en su cerebro la negra idea de la traición, la hubiesen dejado traslucir cuando se lanzaron á derrocar el gobierno existente, éste no hubiera caído tan fácilmente: nó y mil veces nó! Y á pesar de que aquellos hombres esperaron para arrojar la careta de republicanos encontrarse suficientemente asegurados en el poder, no presenció indiferente este hecho escandaloso nuestro país: los que estaban en Mérida el 24 de Enero de 1864, recordarán la excitación y desasociado que hubo en la Ciudad, y el hecho elocuente y nunca antes visto de que los empleados públicos, casi en su totalidad, abandonaron sus empleos instantáneamente. Hubo pues que buscar hombres *ad hoc* para formular aquellas célebres actas,

fortificaciones mexicanas, y concluye con el cobarde y miserable abandono del Archiduque Maximiliano: comienza respecto de México con las glorias inmarcesibles del 5 de Mayo, y concluye con la ejecución de la justicia nacional en Querétaro: justicia ejercida de una manera digna y valerosa: castigando á los culpables poderosos..! perdonando á los culpables desvalidos y desamparados!..

La parte que á nuestro modesto Yucatán cupo en esta epopeya gloriosa, tuvo, como desgraciadamente aconteció en los más Estados de la República, sombras y luz: tuvimos sí la desgracia excepcional de que la revolución que trajo consigo el germen de la causa extranjera, se lanzó á la lucha no contando en sus filas un solo soldado extraño á nuestro país, con el objeto ostensible de procurar un cambio de personas en la administración pública, é invocando los sentimientos nacionales y los principios de libertad: esta farisaica revolución triunfó en Julio de 1863; y triunfó, no porque á pesar de su fingido republicanismo hubiese sido popular, sino porque la mayor parte de los habitantes del Estado, no previendo más que un cambio de personas y con más ó menos motivos, no teniendo particular afección por las unas ó por las otras, fueron fríos é indiferentes espectadores de todo: lo mismo que á los buenos hijos de Yucatán, sucedió á los del vecino Estado de Campeche; y cuando todos se apercibieron de que lo que había pasado era algo más que un cambio de personas y quisieron ponerle remedio, ya era tarde.....!

CAPITULO XXIX.

CONTINUA EL ANTERIOR.

LA causa de Napoleón III, había logrado enseñorearse de la Península de Yucatán, como á aquella fecha estaba enseñoreada de una considerable parte de nuestra República, cuyo gobierno, ya en su época de desgracia, habíase visto forzado á abandonar la capital: la traición había consumado su obra, clavando hasta el puño su daga, en el seno de la madre patria.....! Esta fué la manera con que Yucatán quedó en manos del enemigo extranjero: y no titubeamos en asegurar, que si el venenoso reptil que nos amenazaba hubiese sacado á tiempo la cabeza del cieno en que se envolvía..... si los que incubaron en su cerebro la negra idea de la traición, la hubiesen dejado traslucir cuando se lanzaron á derrocar el gobierno existente, éste no hubiera caído tan fácilmente: nó y mil veces nó! Y á pesar de que aquellos hombres esperaron para arrojar la careta de republicanos encontrarse suficientemente asegurados en el poder, no presenció indiferente este hecho escandaloso nuestro país: los que estaban en Mérida el 24 de Enero de 1864, recordarán la excitación y desasociado que hubo en la Ciudad, y el hecho elocuente y nunca antes visto de que los empleados públicos, casi en su totalidad, abandonaron sus empleos instantáneamente. Hubo pues que buscar hombres *ad hoc* para formular aquellas célebres actas,

en que se ostentó la ignorancia de los unos y se estrelló la inteligencia de los otros, esforzándose en justificar una cosa de suyo injustificable.

A estos hechos se siguieron para Yucatán, tres años en que el llamado gobierno imperial, dominó al país pacíficamente, pues tuvimos también la especialísima desgracia de ser *socorridos* constantemente con gruesas sumas, que se distraían de los préstamos franceses, y de que los hombres que enviaba el archiduque para gobernarnos fuesen mexicanos, oriundos de otros Estados, y se apoyasen en cuerpos de línea mexicanos también, que se hicieron venir al efecto de la Capital: todo ésto sedujo á una parte considerable de nuestro pueblo, que no sintiendo inmediatamente el odioso dominio del invasor, no llegó á apercibirse de que aquel oro que se le prodigaba era el precio de la sangre de esos hermanos, de cuyos padecimientos no era testigo, y de que aquellos mexicanos que le gobernaban no conservaban de tales más que el nombre, y se filió alucinado á las banderas imperiales. Justo es, por lo tanto, y grato reconocer que en Yucatán, más que en ninguna otra parte de México, un número muy pequeño de los que abrazaron la causa del llamado Emperador Maximiliano, es responsable rigurosamente del delito de lesa Nación.

La causa, pues, de Napoleón III, parecía tan consolidada entre nosotros, que se miraba con sonrisa compasiva á los que alimentaban su fe inquebrantable en la vuelta de la República. En ese período vimos, por supuesto, representarse en Mérida, en pleno siglo XIX, todas las farsas anexas al añejo y ridículo sistema de las

monarquías: nada nos faltó: hubo banquetes, *soirées*, fiestas reales, bailes de *rigorosa etiqueta*, caballeros cruzados, damas de honor, chambelanes, ovaciones diurnas y nocturnas á la Archiduquesa *Soberana*, que rayaban en el delirio, arcos *triumfales* sin triunfo, y sobre todo fiestas hipócritas con que se afectaba celebrar los aniversarios de la independencia nacional, en las cuales más de un orador dió al traste con su genio. El único que recordamos hubiese hecho época en aquella época triste, el único que causó verdadera sensación entre sus correligionarios, fué precisamente el que habló en este lugar la primera vez que tuvieron lugar aquellas llamadas fiestas nacionales: por ésto es que no podemos dejar de hacer reminiscencia de aquella famosa profecía, que formuló en estas palabras: "Se acabó! Ya no hay República!" ¿Qué os parece ciudadanos? ¿seremos desmentidos tan prontamente como los profetas del archiduque, si á nuestra vez decimos hoy: "Se acabó! Ya no hay Imperio?" Tampoco podemos dejar de recoger hoy el guante arrojado entónces á la cara de nuestros hermanos en estas palabras: "¿Dónde estabais vosotros, fieros republicanos de callejuela, demócratas inquebrantables en los corrillos, decidores de la buena ventura del populacho; dónde estábais cuando la sangre corría en derredor de Puebla? Os lo voy á decir. Vosotros los émulos de Cincinato y de Catón de Utica, mecidos en vuestro lecho de columpio, os complacías en los partes oficiales, aplaudiendo como los espectadores de un teatro casero; y ébrios de entusiasmo en vuestros festines, dejábais evaporarse el patriotismo en largos y ruidosos brindis." Por

supuesto que estas palabras produjeron maravilloso efecto por supuesto que la sátira se cebó más y más en los *republicanos de callejuela*. Llegó, empero, la época de contestar aquella pregunta insultante, porque podemos contestar con los hechos, no nuestros, sino de nuestros hermanos por cuyo nombre hablamos; con los hechos, sí, que han demostrado á los partidarios de los franceses que aquel patriotismo que creían se hubiese evaporado en los brindis, se había reconcentrado más y más en los corazones de aquellos jóvenes ardientes y entusiastas, que solo esperaban que el Dios de la justicia hiciese sonar la hora; y cuando ésta llegó, ya vieron los imperiales con qué vigor, con qué energía se lanzaron á derrocarlos, sin contar con los elementos inmensos con que tenían que luchar, guiados por el prohombre de los republicanos yucatecos, por el inquebrantable Manuel Cepeda: ya vieron también con qué triunfo tan espléndido coronó Dios sus afanes, y el uso verdaderamente liberal que han hecho de la victoria, al grado de haber provocado la inculpación de algunos hombres, patriotas en verdad, pero que olvidan cuán hermoso y cuán conforme á nuestros sagrados principios es el perdonar Nosotros, por el contrario, á nombre de estos principios, rogamus al gobierno, sea siempre liberal, antes que justiciero.

Juventud generosa y patriótica! has restituido, pues, á Yucatán su honra y su soberanía; pero reflexiona que aún te resta mucho que hacer. Tu misión aún no está cumplida. Si como no lo dudo, deseas en pró de tu nombre, en pró de la felicidad de tu país, consolidar tu

obra, tienes ante todo, que encaminar á esos adolescentes, ávidos de saber y llenos de fe en el porvenir; debes mejorar, en pró de su ilustración y de su bienestar, la condición de nuestra clase proletaria, de esos honrados artesanos tan llenos de valor y de lealtad; tienes, en fin, que sacar del profundo abismo de la ignorancia en que yacen sumidos, en méngua de nuestra civilización, á esos desgraciados individuos de la raza indígena que viven sujetos á nuestras leyes, y cuyo sudor fertiliza nuestros campos: infiltra en todos y cada uno de esos adolescentes, de esos artesanos, de esos indígenas los sentimientos patrióticos que á tí te animan: enséñales lo que México ha sido, lo que es y lo que puede llegar á ser con la ayuda de sus hijos: también estás estrechamente obligada á señalar siempre, para que enérgicamente se corrijan, los abusos inevitables que suelen cometer algunos agentes secundarios del gobierno, que obrando léjos de su vista, falsifican sus principios y se extravían miserablemente de la senda que les ha marcado, causando así un daño imponderable á nuestras instituciones. Las escuelas, la prensa, la tribuna, el Instituto Literario serán por ahora tus elementos. Trabaja, pues, sin trégua y sin descanso: tienes que luchar contra las malas pasiones y contra preocupaciones añejas, revividas con tres años de dominación extranjera; tienes que remover solícita las malas simientes que cautelosamente dejan caer en el terreno virgen esos hombres, partidarios de los privilegios y de los intereses materiales: simientes del egoísmo y del excepticismo, en cuyos amargos frutos están ellos nutridos: tienes que luchar, en una palabra, y con ella es-

tá dicho todo, contra la malicia y el error, eternos enemigos del adelanto y de la ilustración de los pueblos. La obra es árdua..... la senda estrecha y escabrosa..... pero al cabo de ella se encuentra la inmortalidad: empréndela, pues, y que te sirva de aliciente tu ardiente patriotismo; de protectora egida, la pureza de tu conciencia; de Norte ese astro luminoso que hoy inunda el Mundo con su luz: el nombre de Benito Juárez.

Y tú, pueblo valiente, leal y sufrido, sojuzgado villanamente por los seides de Napoleón III, despierta y reflexiona..... Reflexiona que esa paz de que disfrutaste durante la época del Imperio, y que halagando tus instintos de orden y de amor al trabajo, te hizo abrazar su bandera; que esa paz que te permitió descansar tu brazo entumecido con tanto tiempo de llevar el arma en los frecuentes combates de la República, era debida á las inmensas sumas de oro que se importaban en nuestro empobrecido país, y á los cuerpos veteranos del interior de la República, en que se apoyaba el gobierno imperial. ¿Y has pensado alguna vez que ese dinero era el precio de la honra de la patria? ¿Qué era el oro con que los franceses querían labrar nuestras cadenas, para luégo uncirnos como esclavos á su carro triunfal? Esos mexicanos venidos de otros Estados de la República para gobernarte, venían en nombre de los extranjeros, que en todo el ámbito de la Nación derramaban á torrentes la sangre de nuestros hermanos, ora vejándolos en la picota, ora asesinándolos en los cadalsos, empapados aún con la sangre de tantos mártires. Has palpado que ese llamado gobierno no tenía más

apoyo que las bayonetas francesas, pues en cuanto éstas le han faltado, se ha derrumbado rápida y ruidosamente ante el soberano empuje de la voluntad nacional. Has visto que esos hombres que decían querer tanto á nuestro país, cuando nuestros hermanos estaban á punto de perecer en Tihosuco, dejaron impasibles á sus tropas veteranas permanecer durante mes y medio á una jornada de camino, sin hacerlas volar al socorro de los sitiados, como indudablemente se hubiera hecho, si un hijo de Yucatán hubiese estado en el gobierno. Has visto en el sitio de Mérida la defensa salvaje que hizo el llamado Comisario Imperial, destruyendo despiadadamente nuestros más hermosos edificios; y no llegó á tus oídos el hecho escandaloso de que cuando en lo más crudo de la pelea, el Jefe de las fuerzas sitiadoras propuso una tregua para que las mujeres, los ancianos y los niños se alejasen del teatro de la guerra y se librasen de tantos horrores, Salazar Ilarregui contestó al generoso General republicano, sin consultar la voluntad de una sola de aquellas personas de cuya vida se trataba, que nadie quería salir!..... que todos se encontraban bien!..... Comprende que este proceder es idéntico al del hombre que se guarece de un enemigo poderoso, encubriéndose en las faldas de una mujer.

Despierta, pues, y reflexiona que el autor de la muerte, de la destrucción, de todos los desastres, en fin, de esta calamitosa y tremenda guerra porque acabamos de pasar, y bajo cuyo peso aún nos sentimos agobiados, es únicamente el gobierno de Salazar, que rodeado de personas en su mayor parte extrañas á nuestro suelo, se

propuso ahogarnos en sangre si era preciso, para evitar el triunfo de la República: recuerda, si nó, los asesinatos de Calkiní..... Y en cambio de tantos desastres, puedes apuntar un sólo bien sólido de que le seas deudor al Imperio? El mal más grave que te aqueja, por una experiencia cruel, sabes que es la guerra tenaz que nos hacen los indios bárbaros, guerra que ha costado la vida á tantos de nuestros hermanos, y que te obliga á empuñar el arma constantemente y á mantenerte alejado de tu familia y de tu hogar. Y bien: qué hicieron los comisarios imperiales para aliviarte de este mal? ¿Se hizo alguna vez seriamente esa campaña que entonces, más que nunca, hubiera tenido garantías de buen éxito por los inmensos recursos de que se podía disponer? ¿Y no viste cuán miserablemente y con el objeto de prolongar una lucha desesperada y con ella tus sufrimientos, Salazar Illarregui dictó durante el sitio de Mérida la orden bárbara de abandonar los cantones fronterizos, lo cual dió lugar á la reciente irrupción de los salvajes que han impreso su huella lúgubre y sangrienta en el hermoso pueblo de Tixmeucac?.....

¿Qué bien le debes, pues, al Imperio? ¿Qué provecho sacaste siquiera de aquellos miles de pesos del oro francés, que se importaron en Yucatán? Tú fuiste testigo de cómo se despilfarraron esas sumas: pingües sueldos asignados á empleados extraordinarios y parásitos; banquetes, bailes, ceremonias, lujo cortesano, en fin, que á tí no te producía ninguna utilidad, ningún placer, y que solo tendía á humillarte y degradarte. Despierta, pueblo, y reflexiona!.....

.....

 Se acabó, pues, conciudadanos: ya no hay Imperio!..... "Recogiendo tantas constituciones tan magníficas y liberalmente concebidas, pero casi nunca observadas, encerrémoslas en una urna de oro y pongamos la llave sobre el altar de Dios....." así nos dijo el orador de las fiestas imperiales, tres años hace: nosotros á nuestra vez, saquemos nuestra carta fundamental del olvido á que se creyó poderla relegar, y ante sus inviolables y eternos principios, y sobre ese mismo altar de Dios, juremos á nuestra madre patria, ser siempre celosos custodios de su independencia y de su libertad."

Con esto basta para formarse una idea completa de cómo se celebraron las fiestas de la primera lucha de la independencia nacional, después de la campaña gloriosa de la segunda independencia.

CAPITULO XXX.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

CON lo escrito debería terminar mi trabajo en esta obra; pero quiero extenderla algo más con algunas noticias biográficas, de los Sres. General Manuel Cepeda Peraza, Doctor Agustín O'Horan, Licenciado José Antonio Cisneros y Doctor Ramón Albert. ®

Los tres primeros, por haber sido de los hombres prominentes del partido republicano que hizo la guerra al Imperio, y el último, como uno de los miembros de la juventud que asistió á la campaña del año de 67, según se ha podido ver en el contenido de este libro, y sacrificado con los mártires de Veracruz el 25 de Junio de 1879.

Bien indolente sería, si después de dar á conocer los hechos que formaron la campaña de los republicanos contra el Imperio, me detuviese y no diera á luz la vida de los cuatro personajes referidos, quienes ya no existen y pueden, por lo mismo, ser honrados y alabados sin temor de que su modestia se ofenda.

No puede decirse que me guíe algún mezquino interés al referir su vida, porque como ya no existen, no les puedo hacer mal, ni ellos me pueden hacer ningún beneficio. Están rotos los lazos de interés, de amistad y de cariño que nos ligaron en este mundo.

Pero debo decir que me impulsa á escribir la vida de dichos Señores, la fortuna de haberlos conocido, de haber tenido amistad con ellos, la comunidad de nuestras ideas filosóficas y políticas, y otras particularidades de la existencia.

El General Cepeda Peraza fué mi antiguo amigo, y lo acompañé en la campaña de 67; el Doctor O'Horan, mi amigo, mi consultor en política y el médico cariñoso de mi casa, en la que curó siempre sin ningún interés; el Licenciado Cisneros, mi maestro en Jurisprudencia, mi compañero en la Judicatura y en la redacción de varios periódicos; y por último, el Doctor Albert, á quien con-

sideraba como hermano, mi compadre, por cuya razón compartía con él cuanto tenía y cuanto valía.

Con estos motivos, ¿era posible que yo dejara caer la pesada losa del olvido sobre sus tumbas, teniendo la pluma en la mano para trazar siquiera una palabra, aún cuando no se haga célebre, como aquel epitafio en el cementerio del padre Lachaise, que en el modesto enverjado de hierro de la tumba lleva grabado lacónicamente el nombre *de Ney?*

No, amigos; no les dejaré olvidados y vivirán en el libro de mis recuerdos, porque son acreedores á vivir, por más malo que sea lo que yo escriba. Las vidas de Plutarco se conservan más por los hechos de los héroes á que pertenecen, que por la originalidad del escritor.

Con ésta advertencia voy á relatar lo que sepa de las cuatro personalidades mencionadas, de la manera más sencilla y fácil que pueda.

Desde luégo presto un servicio á la historia, porque relevo al historiador del trabajo que después le costaría el buscar y encontrar los datos que dejo consignados, muchos de los cuales desaparecerían con el tiempo, si no los hubiera compilado en este escrito.

Bien mirado, también gano algo escribiendo la vida de mis amigos, porque por recordarlos, abrirán mi libro y se acordarán de su autor, aunque sea para decir que mi trabajo es muy malo; siempre es mejor que el que quede olvidado por completo.

Así es que, con esta esperanza, me esforzaré porque no salga tan mal lo que escriba de ellos, sin embargo de que por malo que fuere, algo bueno queda en lo

que se escribe, por lo que no hay libro enteramente malo. El peor algo bueno debe contener.

CAPITULO XXXI.

EL GENERAL MANUEL CEPEDA PERAZA.

CUANDO el agricultor ve surgir sobre la tierra la siemiente convertida en planta que colocó en el surco, su alegría es grande y se ofrecen á su imaginación magníficas esperanzas de recoger el fruto de sus afanes, por más que no comprenda el misterio de las fuerzas combinadas de la tierra, el aire y la luz, que han convertido la semilla en planta. Siempre considera ésta como el producto de sus fuerzas, como al hijo de su trabajo. De la misma manera, los padres, al nacerles un hijo, se entregan á trasportes de contento, sin comprender el misterio de la vida; la transición del no ser al ser, y sin saber el porvenir que le aguarda en este mundo de miserias, de decepciones y de penas. Pues á esa dicha inmensa de los padres de familia, que reciben como una bendición del cielo el nacimiento de un nuevo vástago de su estirpe, se entregaron los Señores Andrés Cepeda y Narcisa Peraza, el día 19 de Enero de 1828, por haberles nacido un niño, á quien dieron el nombre de Manuel en las aguas bautismales, que recibió en la parroquia de Santiago de esta Ciudad de Mérida.

El niño en su primera edad no ofreció nada de particular. Fué como el musgo que sin sentirse pasa á ser la graciosa alfombra de los jardines.

Pasada la primera infancia, fué á la escuela de primeras letras, bajo la dirección del Preceptor Don Miguel Mococho. Abandonó las travesuras de la casa para ir á sentarse en los duros escaños de la Escuela, vista con horror por los niños de aquellos tiempos, porque el maestro nunca reía, y quería que sus discípulos fueran soldaditos de plomo: siempre serios y en formación.

El niño Manuel tampoco causó sensación en la escuela de primeras letras. No era de los primeros en aplicación é inteligencia, ni de los últimos. No era ni muy traviso ni muy quieto. Sus juegos los hacía como la generalidad de los niños.

Concluida la instrucción primaria, no había más aspiración para la gente acomodada, que poner á sus hijos en el Seminario Conciliar de San Ildefonso, único plantel de enseñanza secundaria que existía, para estudiar Latín y Filosofía, y después consagrarse al sacerdocio, á la abogacía ó á la medicina. Así fué que el joven Manuel Cepeda Peraza tuvo que entrar y entró á ser alumno del Colegio de San Ildefonso.

En la enseñanza secundaria no brilló por grande aplicación, ni reveló inteligencia dispuesta para carreras literarias, ni tenía devoción por éstas; pero sí empezó á despuntar el hombre. Ya el arbusto daba á conocer lo que sería el árbol. Los juegos del joven llevaban la tendencia de lo que había de ser después. Se presentaba aquel carácter reservado que siempre tuvo y que

le sirvió de mucho en el acierto de sus combinaciones militares. Entre los pocos amigos que distinguía le gustaba tratar de aventuras arriesgadas, y cuando se ofrecía tomaba parte en cualquier incidente de peligro que se presentaba.

Además de los estudios que hacía, resolvió su señor padre que, sin perjuicio de ellos, aprendiera la platería, á cuyo efecto lo colocó en el taller del maestro que gozaba de más fama en aquel tiempo, y se llamaba D. Baltasar Villalobos. En ese taller se encontró con un aprendiz del barrio de la Mejorada, llamado Clemente López, con quien hizo amistad, y más tarde fué su fiel compañero en las campañas. Jamás lo abandonaba, y lo cuidaba con el cariño de un padre. López se distinguió como hombre fuerte y de valor, por cuya razón admiraba la serenidad de su amigo en el peligro, y se consagró á él con toda su alma. Sin él hubiera caído en manos del Gobierno en el año de 53. Hasta hace poco vivía ya muy viejo en la ciudad de Motul.

En esto se presentó el año de 1844, fecundo en revoluciones en el país, y el joven Cepeda Peraza se vió obligado á ingresar en la Guardia Nacional, aceptando el nombramiento de Subteniente que le brindaron, cuya plaza empezó á desempeñar el 14 de Julio de aquel año. En la carrera militar se encontró tan á gusto, como el ave al aire libre ó como el pez en el agua. Se consideró en su centro y ya no pensó más que en cumplir con sus obligaciones de cuartel, y las cumplía á satisfacción de sus Jefes.

El 10 de Agosto de 1846 fué ascendido á Tenien-

te. Entónces se decidió á seguir la carrera de armas, como su única ocupación, como nacido para ella, pues era su inclinación natural.

El 6 de Marzo de 1847 llegó á ser Capitán.

El 25 de Octubre de 1848 ganó el ascenso de primer ayudante, época en que el Estado se hallaba en plena guerra contra los indios bárbaros, y fué cuando sus masas vencedoras se aproximaron por el Oriente y Sur á 16 leguas de Mérida, y la amagaron con sus gritos salvajes, la tea y el machete.

En esta guerra de exterminio que nos hicieron los bárbaros, nuestro héroe prestó importantísimos servicios, asistiendo á cuantos combates se libraban por donde estaba, portándose en ellos con valor y serenidad. Nunca esquivó ningún servicio, siempre fué el primero en las marchas, el primero en descubrir al enemigo y romper los fuegos, y el primero en ganar los puntos más peligrosos.

Por esta causa, en 14 de Agosto de 1849, recibió el despacho de Teniente Coronel.

El 13 de Enero de 1851 ascendió á Coronel, á la corta edad de 23 años, y era uno de los primeros héroes de la campaña contra los bárbaros; de esa campaña continua en que se libraban combates de día y de noche, en que se mataban los combatientes al arma blanca, y se buscaba al enemigo en el corazón de bosques seculares, para quitarle su rancho y alimentarse con él los nuestros, que no tenían prest y llevaban la ropa hecha girones; campaña sostenida solo por el patriotismo, por el amor á los pueblos y á la humanidad, campeando en

los que la hacían la abnegación y el desinterés, por cuyo motivo propiamente son llamados héroes.

Ya Coronel Cepeda Peraza fué nombrado Jefe de la importante plaza de Tihosuco, y de ella se desprendió para pasar á la villa entonces de Motul, á contraer matrimonio con la Srta. Pascuala Argüelles, y se celebró la boda el día 21 de Febrero de 1852. En Motul estaba de Jefe político y Subdelegado su Señor padre.

En seguida se volvió á la campaña, y poco después fué nombrado Jefe de uno de los batallones que guarnecían la plaza de la ciudad de Valladolid, de la cual era 2º en Jefe el Coronel D. Sebastián Molas.

De Mérida fué llamado por los que conspiraban, y se les presentó á fines de Julio de 53. La presentación se verificó en casa de su tío político D. Francisco Martínez de Arredondo, en la que celebraban sus reuniones, por ser él uno de tantos, y lo comprometieron á pronunciarse, compromiso que obtuvieron durante la fiesta de Santiago, en dicha casa, situada una cuadra de la plaza de aquel barrio.

Ya comprometido se volvió para Valladolid, y el 16 de Setiembre estalló la revolución allí, proclamando el sistema federal y la Constitución de 1824 para la Nación, y para el Estado la de 1850, figurando como Jefe del movimiento el Coronel Sebastián Molas, y como 2º el Coronel D. Manuel Cepeda Peraza.

En el momento organizaron las fuerzas que pudieron, y estas se pusieron en marcha sobre la capital del

Estado, al mando del 2º en Jefe, habiéndose quedado el 1º á reunir más fuerzas para venir con ellas á ponerse al frente de las operaciones militares.

El 27 del propio mes, al medio día, hicieron su entrada los pronunciados en la capital, divididos en dos secciones, una que debía operar sobre la plaza principal por la calle de Santa Ana, y otra por la de dragones, pasando por la plaza de la Mejorada.

El primer empuje de las dos secciones fué vigoroso, en particular el de la calle de Santa Ana, puesto que llegó á penetrar hasta la misma plaza de armas, y aprisionó por un instante, sin conocerlo, al Gral. D. Rómulo Díaz de la Vega, Gobernador del Estado; pero en seguida se vió rechazada, y la otra también, viniendo después el desaliento á apoderarse de sus filas con el cólera que affligía á la brillante columna de más de mil hombres, de que se componían las fuerzas que acudillaba el Coronel Cepeda Peraza, quien en espera del Coronel Molas estuvo asediando la capital, por ocho días, al cabo de los cuales sufrió una completa derrota, batido por la guarnición de la plaza y las fuerzas del Sur que, en auxilio del gobierno, trajo el Coronel D. Eulogio Rosado, antes que llegara el primer Jefe de la revolución.

De Mérida se fué nuestro héroe á Motul, y de esta población pasó al partido de Temax, á ocultarse en las haciendas de dos tíos que tenía en aquella comarca. En dichas fincas, estuvo algunos días mientras sanaba del cólera que le acometió, y salió todavía enfermo, echado por sus parientes, dueños de la hacienda en que enfermó, quienes lo echaron de miedo al decreto en que se le de-

claró fuera de la ley, y se puso precio á su cabeza. Volvió á Motul, y allí estuvo oculto pasando miserias hasta el 4 de Diciembre del mismo año.

En esta villa se hallaba cuando supo la captura del Coronel Molas, entregado á sus perseguidores con engaño é infamia, por alcanzar la miserable suma que ofreció el Gobierno por su cabeza. Conducido á Mérida, fué pasado por las armas en el mes de Noviembre, como lo habían sido ya Villamil, Ontiveros y Gío, mártires de la libertad.

La vida que hacía el Coronel Cepeda Peraza, era terrible, pues declarado fuera de la ley y puesta á precio su cabeza, constantemente tenía sobre sí perseguidores que asechaban su escondite para capturarlo, como el cazador asecha su presa; siempre estaba en alarma, cambiando de lugar á cada momento, con la salud quebrantada y sin contar con recursos pecuniarios; no era vida la suya, sino tormento diario, martirio continuo.

Al fin se presentó el 4 de Diciembre, y fué día de regocijo para él. Se embarcó en Santa Clara en una canoa de D. Francisco Campos, en la que hizo de patrón el hermano de éste, D. Roque Jacinto. La canoa costó 500 pesos de flete para llevarlo á la Colonia inglesa de Belice, y en efecto, lo condujo hasta San Pedro, punto perteneciente á dicha colonia. El fiel Clemente López lo acompañó en esa época azarosa, hasta embarcarlo en Santa Clara.

En Belice permaneció dos meses, y se embarcó el 4 de Febrero de 1854 para Nueva Orleans, en cuya ciudad tuvo que luchar con la falta de dinero por el largo tiem-

po de un año y dos meses. En ella conoció á D. Benito Juárez, y fué presentado á este gran ciudadano, expulso de la República en aquellos días, por opuesto á la Dictadura de Santa-Ana.

Al año y dos meses cruzó el Bravo por la ciudad de Bronswille, y pasó al lado mexicano, á Matamoros, á las órdenes del General D. Santiago Vidaurri. El que había tremolado, el primero en la República, la bandera de insurrección contra la odiosa dictadura de Santa-Ana en Yucatán, iba á continuar la campaña en los Estados del Norte, en más vasto campo.

Poco después, en los días 23 y 24 de Julio de 1855, se libró la famosa batalla del Saltillo contra las fuerzas que mandaban los generales Gütian y Cruz, grandes sostenedores del Dictador por el Norte, por cuya razón su derrota fué la destrucción de la base de la Dictadura de Su Alteza Serenísima, como se titulaba Santa-Ana.

En esa batalla hizo de Mayor General del Ejército Restaurador del Norte, habiendo sabido cumplir con su deber de un modo sobresaliente, con actividad, energía, valor y serenidad, según lo certificaron el propio General Vidaurri; el Mayor de Ordenes, D. Pedro Hinojosa, Secretario de la Guerra en la actualidad; el Capitán de la compañía de granaderos del primer Batallón de Nuevo León, el inmortal D. Ingacio Zaragoza; el Mayor y Oficiales del Batallón de Tamaulipas, y todos los demás oficiales que asistieron á aquella célebre jornada, cuyos certificados tengo á la vista.

La orden general del 23 al 24 de Julio de 1855 fué la siguiente: « Los Comandantes de las tres Divisio-

nes, poniéndose de acuerdo, atacarán la plaza, tomando cuadras y flanqueando los puestos enemigos, en términos que los fuegos de la Infantería y rifles alcancen las piezas contrarias y las posiciones en que está colocada la infantería de la plaza. De la exactitud en el cumplimiento de esta orden, depende el éxito de una cuestión en que va de por medio la suerte de la patria, é inmediatamente la de Nuevo León. Se comunica esta orden al Sr. Mayor General, para los efectos consiguientes.—*Vidaurri.*»

El certificado que le libró el Sr. Vidaurri es este:

«Santiago Vidaurri, Gobernador de los Estados de Nuevo León y Coahuila, y General en Jefe del Ejército del Norte, restaurador de la libertad de la patria: Certifico: que el Sr. D. Manuel Cepeda Peraza se me presentó ofreciendo sus servicios para la restauración de la libertad, y considerándolo útil por sus antecedentes para desempeñar la Mayoría General del Ejército del Norte, lo destiné con este empleo, en el cual sirvió desde el 1º de Julio hasta el 8 de Agosto del corriente año, habiéndose encontrado funcionando con el carácter expresado en la batalla que se dió en el Saltillo á la brigada Güitán, en la que, así como en todo el tiempo de su servicio, su comportamiento fué de toda mi satisfacción, por su gran valor, su ascendido patriotismo y pericia militar.—Y á solicitud del interesado, para los usos que le convengan, le extiendo el presente en el Cuartel General de Monterey á 23 de Agosto de 1855.—*Santiago Vidaurri.*»

Concluida la campaña contra la Dictadura de Santa-

Ana y restablecidos los derechos del pueblo, el C. Ignacio Comonfort, Presidente sustituto de la República, le ratificó el despacho de Coronel de Infantería permanente, que le fué expedido por el E. S. General en Jefe del Ejército Restaurador de la libertad, en 2 de Octubre de 1855, dándole colocación en el 15º Batallón de Línea, con fecha 9 de Febrero de 1856, Batallón que existía en este Estado.

El mismo Sr. Presidente, en 29 de Agosto de dicho año de 56, le nombró Coronel del "Fijo de Yucatán," creado por decreto de 4 de Agosto de aquel año, por haberse extinguido el 15º de Línea. Del mando del "Fijo permanente de Yucatán," se recibió el 29 de Noviembre de ese año.

Este Batallón estuvo de guarnición en Valladolid, después en Mérida, amenazada de revolución por aquel tiempo. De aquí salió para Tekax, donde se pronunciaron contra el Gobierno del Estado, y batió y derrotó á los pronunciados en Oxkutzcab, ocupando Tekax y permaneciendo algunos días en esta ciudad, la que abandonó para volver á la capital.

De Mérida marchó para Campeche, que también se pronunció contra el Gobierno; pero se detuvo en la villa de Hecelchakán, hasta el 1º de Setiembre de 1857, fecha en que avanzó con la Brigada que había formado de las diferentes tropas que se le reunieron. El 15 del referido mes, batió á las fuerzas disidentes de Campeche, que habían avanzado hasta el pueblo de Hampolol, y el 6 de Octubre tomó posesión del barrio de San Francisco, derrotando á la fuerza que lo ocupaba. En aquel

barrio permaneció hostilizando la parte amurallada de Campeche, y avanzando sus atrincheramientos hasta la plaza de Guadalupe, que tomó á viva fuerza. Al fin hubiera conseguido hacerse de la plaza, si el Gobierno no hubiese entrado en pláticas y tratados con los disidentes, de que resultó la creación de aquel Estado, porque en todas las acciones de ese larguísimo sitio salieron victoriosas sus armas.

CAPITULO XXXII.

CONTINUA EL ANTERIOR.

CONCLUIDA la campaña de Campeche, tomó parte en defensa del Gobierno local, en varios encuentros de armas que tuvieron lugar, y después se trasladó á Veracruz, donde estaba el asiento del Gobierno General. Se le presentó á éste y lo destinó á Oaxaca, según la comunicación que le dirigió la Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina.

“Deseando el E. S. Presidente utilizar los servicios de U. S., se ha servido disponer que marche para Oaxaca y se presente U. S. al E. Sr. Gobernador de aquel Estado, á quien ya se recomienda ocupe á U. S. en lo que fuese conveniente.

Ofrezco á U. S. las seguridades de mi consideración.—Dios y Libertad.—H. Veracruz, Febrero 18 de 1859.—OCAMPO.—Al Coronel D. Manuel Cepeda Peraza.—Presente.”

Y cumpliendo con esta disposición marchó para Oaxaca, y se recibió del mando de uno de los batallones de la Brigada de ese Estado, á las órdenes del General D. Ignacio Mejía, y militó en ella, haciendo la guerra en el camino de Veracruz á México, la guerra de tres años.

Con posterioridad se volvió á su suelo natal y sostuvo con su espada al Gobierno local.

En el año de 62 se presentó la guerra contra el gobierno del Estado, y destruyó la revolución en Motul, con la Brigada de su mando, como lo prueba la comunicación que copio y que le dirigió dicho Gobierno.

“La triste experiencia que ministra lo pasado, unida á la necesidad de afianzar en el Estado de un modo permanente el orden y la paz en lo futuro, demandan el imprescindible deber de obsequiar estrictamente las disposiciones represivas, que con aquel laudable objeto, tiene dictadas el Supremo Gobierno de la Nación.

Consecuente con este principio, ordeno á Ud. que en todo Jefe ú Oficial que aprehenda, perteneciente á la revolución de Izamal, destruida en Motul por la bizarra Brigada de su digno mando, haga efectiva irremisiblemente la ley de 25 de Enero del año próximo pasado de 1852, consignada en el impreso que le acompaño, pero cuidando siempre de llenar en los casos que ocurran, todas las formalidades y requisitos que la misma ley establece.

Al decirlo á Ud. para los efectos consiguientes, me lisonjeo de su observancia.

Libertad y Reforma.—Mérida, Abril 28 de 1863.

barrio permaneció hostilizando la parte amurallada de Campeche, y avanzando sus atrincheramientos hasta la plaza de Guadalupe, que tomó á viva fuerza. Al fin hubiera conseguido hacerse de la plaza, si el Gobierno no hubiese entrado en pláticas y tratados con los disidentes, de que resultó la creación de aquel Estado, porque en todas las acciones de ese larguísimo sitio salieron victoriosas sus armas.

CAPITULO XXXII.

CONTINUA EL ANTERIOR.

CONCLUIDA la campaña de Campeche, tomó parte en defensa del Gobierno local, en varios encuentros de armas que tuvieron lugar, y después se trasladó á Veracruz, donde estaba el asiento del Gobierno General. Se le presentó á éste y lo destinó á Oaxaca, según la comunicación que le dirigió la Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina.

“Deseando el E. S. Presidente utilizar los servicios de U. S., se ha servido disponer que marche para Oaxaca y se presente U. S. al E. Sr. Gobernador de aquel Estado, á quien ya se recomienda ocupe á U. S. en lo que fuese conveniente.

Ofrezco á U. S. las seguridades de mi consideración.—Dios y Libertad.—H. Veracruz, Febrero 18 de 1859.—OCAMPO.—Al Coronel D. Manuel Cepeda Peraza.—Presente.”

Y cumpliendo con esta disposición marchó para Oaxaca, y se recibió del mando de uno de los batallones de la Brigada de ese Estado, á las órdenes del General D. Ignacio Mejía, y militó en ella, haciendo la guerra en el camino de Veracruz á México, la guerra de tres años.

Con posterioridad se volvió á su suelo natal y sostuvo con su espada al Gobierno local.

En el año de 62 se presentó la guerra contra el gobierno del Estado, y destruyó la revolución en Motul, con la Brigada de su mando, como lo prueba la comunicación que copio y que le dirigió dicho Gobierno.

“La triste experiencia que ministra lo pasado, unida á la necesidad de afianzar en el Estado de un modo permanente el orden y la paz en lo futuro, demandan el imprescindible deber de obsequiar estrictamente las disposiciones represivas, que con aquel laudable objeto, tiene dictadas el Supremo Gobierno de la Nación.

Consecuente con este principio, ordeno á Ud. que en todo Jefe ú Oficial que aprehenda, perteneciente á la revolución de Izamal, destruida en Motul por la bizarra Brigada de su digno mando, haga efectiva irremisiblemente la ley de 25 de Enero del año próximo pasado de 1852, consignada en el impreso que le acompaño, pero cuidando siempre de llenar en los casos que ocurran, todas las formalidades y requisitos que la misma ley establece.

Al decirlo á Ud. para los efectos consiguientes, me lisonjeo de su observancia.

Libertad y Reforma.—Mérida, Abril 28 de 1863.

—L. IRIGOYEN.—C. Coronel Manuel Cepeda Peraza, Comandante de la Brigada de operaciones.—Motul.”

En esa campaña peleó contra casi todos los Jefes militares del Estado, y se batió como un héroe en Motul, en Xkolac, en Techoh, en Mérida, y sostuvo al Gobierno hasta que abandonó la situación.

En seguida se fué para Campeche, y se puso á disposición del Gobierno de aquel Estado, á quien seguramente le llevarían la guerra, y éste le puso esta comunicación.

“Secretaría de Guerra y Guardia Nacional.—Quedo impués por su atenta comunicación de ayer, que á consecuencia de los últimos acontecimientos políticos, que acaban de consumarse en el vecino Estado de Yucatán, se vió obligado á trasladarse á este de mi cargo, en donde se pone á las órdenes de este Gobierno y Comandancia en Jefe, que estimando los sentimientos patrióticos y liberales que le animan, acepta sus servicios y sabrá aprovecharlos; sirviéndose al efecto presentarse al Jefe de Hacienda de este Estado, á quien se le transcribe esta comunicación para que se le atienda como á los demás Jefes que se hallan en servicio activo.

Me es grato renovarle las seguridades de mi aprecio y consideración.

Independencia, Libertad y Reforma.—Campeche, Agosto 15 de 1863.—P. GARCÍA.—FRANCISCO CARVAJAL, Secretario.—C. Coronel Manuel Cepeda Peraza.—Presente.”

De acuerdo con el Gobierno de Campeche continuó la guerra contra los revolucionarios de Yucatán, con ob-

jeto de ver si se podía restablecer el orden constitucional, é impedir que se formara otro gobierno que simpatizara con la intervención extranjera, á lo que habían tendencias muy claras.

Así fué que organizó una columna de 400 hombres, y con 300 que recogió en los pueblos del tránsito, se aproximó hasta siete leguas de Mérida, siendo batido en el pequeño y desmantelado pueblo Chocholá, del que no lo pudieron desalojar sus contrarios y se vieron obligados á sitiario con las numerosas fuerzas que reunieron, cosa de tres mil hombres; sin embargo, hubiese triunfado de ellos sin la defección de D. Alejo López, en virtud de la cual ocuparon la plaza, cuando empezaban á desmoralizarse y faltaba poco para que los rechazara derrotándolos.

Entonces se dirigió á Campeche, y tras él se pusieron en camino sus enemigos victoriosos, quienes llevaron sobre aquella plaza todos los elementos de guerra con que contaba este Estado. Con todo, para rendirla tuvieron que acudir al enemigo extranjero y reconocer la intervención y en seguida el imperio.

Rendida la plaza de Campeche, el Coronel Cepeda Peraza salió desterrado del suelo mexicano, y cuando volvió después de algún tiempo, se retiró á vivir en la humilde casa de la plazuela “Unión,” de esta ciudad, buscando el descanso de tantas fatigas y el consuelo de tantas descepciones en aquel rincón, en que no tenía más compañía que la de su esposa y sus pájaros, séres á que consagraba todo su cariño y lo hacían feliz.

¡Parece extraño! simpatizaba con las aves, como si

su genio fundido para los peligros y duros azares de la guerra, buscarse su compensación en la sensibilidad y dulzura de aquellas.

De este retiro salió, cuando pretendieron capturarlo por temor á sus ideas republicanas, y lo precipitaron á emprender la guerra contra el imperio, de la cual me he ocupado en este libro, estando consignados en él todos los hechos gloriosos de esa magnífica campaña que sirve de corona á su vida militar. En ella demostró la elevada altura á que habían llegado sus conocimientos en el arte de la guerra, y sus anexos la táctica y la estrategia. No tenía rival en el Estado, y si le hubiera tocado en suerte pelear en otro teatro más amplio, hubiese ganado la faja de General de División; pero sucede á nuestros hombres que se aíslan en la Península, y sus hechos quedan desconocidos del resto de la República.

Este es el lugar de combatir el error de los que maliciosamente dicen que no debió emprenderse la guerra contra el imperio en esta localidad, porque los imperialistas á última hora hubieran proclamado la República, quedándose con el Gobierno, como otras veces había sucedido en las cuestiones de partidos; pero no consideran que no se trataba de partidos nacionales, sino que había de por medio una monarquía implantada con bayonetas extranjeras, por lo que, la cuestión era de independencia y nacionalidad, en cuya defensa no cabe transacción, y por eso la ley declaró infidentes á la patria á los servidores del Imperio. Pero sobre todo, la tenacidad en la lucha no fué debida á los republicanos, y tan no, que concluida la campaña de 67 y establecido el Gobier-

no que buscaba el orden, la paz y la concordia, le correspondieron con el motín del 11 de Diciembre, en que corrió riesgo la vida del General Cepeda Peraza, escapándose por las tapias. El Gobierno Supremo por este hecho acudió en auxilio del local, enviando una Brigada al mando del ameritado General Ignacio R. Alatorre, á restablecer el orden, y se libraron las acciones de Maxcanú, Umán é Izamal, á principios del año de 68; pero ni así se contuvo el espíritu de saña y odiosidad que había contra los republicanos y su Gobierno, y se demostró en la desastrosa insurrección del año de 69.

Como gobernante se condujo con honradez y pureza, siendo su norma el cumplimiento del deber fundado en la ley. Su primera atención fué secularizar la enseñanza con el establecimiento del Instituto Literario y las Escuelas Especiales, y llevar á la práctica la excomunión de monjas, que no estaba cumplida.

Con estos hechos, la pasión no perdonó medio de odiarlo y calumniarlo, no solo en vida, sino aún después de muerto, como sucede á todos los reformadores, pues no hace mucho he visto en un Almanaque del periódico «El Tiempo,» que se le acusa de haber maltratado á las hermanas de la Caridad en la campaña de 67, especie enteramente falsa, porque hasta á la que murió del vómito, llamada Sor Luisa, se le hicieron pomposas exequias por su mandato.

El 3 de Marzo de 1869 rindió su espíritu, y con su muerte perdieron aún sus mismos enemigos, porque su gobierno era modelo, y los gobiernos siguientes lo hubieran seguido, sin divisiones y sin ruindades, y la sociedad

hubiese marchado de perfección en perfección, beneficiándose todos bajo los auspicios de la ilustración, la paz y prosperidad, prosperidad no solo material, sino intelectual y moral, en cuyos dos órdenes no hemos adelantado mucho por falta de gobierno enérgico, necesitándose para haberlo hombres de carácter, que no abundan, siendo más fácil encontrar diez hombres de talento, que uno de carácter. Y una prueba de nuestro atraso intelectual, la da la prensa que, en lo general, no sabe ser independiente, y que solo se ocupa de incensar á los ídolos de actualidad. Nuestro atraso moral se ve en nuestras costumbres, en el fanatismo religioso, y en nuestras diversiones de toros y gallos.

Fué de carácter reservado y muy severo, llevando la severidad hasta la aplicación de la pena de muerte, particularmente en asuntos graves de servicio militar. En su semblante jamás se conocían las emociones de su alma. Alto de cuerpo, blanco, algo doblado y de andar mesurado, su continente era del todo marcial.

Como su constitución no fué robusta, se resintió pronto del pecho y de la laringe, por su vida de peligros y aventuras, y murió cuando era más necesario.

En 24 de Abril de 1869, la H. Legislatura expidió, en su honor, el siguiente decreto:

«Teniendo presente que el C. General Manuel Cepeda Peraza, en las campañas populares de 1863 y 1867, salvó en el Estado la Independencia nacional, combatiendo contra la usurpación extranjera y sus aliados;

«Que desde 1853 fué el defensor constante de las instituciones republicanas, luchando por ellas dentro y

fuera del Estado, con inteligencia y valor sobresalientes;

«Que en su vida política y privada fué el patriota más leal y amante de su patria, en cuyo servicio murió el 3 de Marzo del presente año; y Considerando: que ésta debe ser grata, consagrando á su memoria un testimonio de alta estimación, legando un nombre inmortal á la posteridad, como digno de ser honrado, y un ejemplo como modelo de virtudes cívicas; A nombre del pueblo decreta:

Art. 1º Se declara Benemérito del Estado al C. General Manuel Cepeda Peraza, Gobernador constitucional que fué del mismo. Su nombre se inscribirá con letras de oro en el Salón de Sesiones de la H. Legislatura.

Art. 2º El 3 de Marzo, aniversario de su muerte, será día de duelo en el Estado.

Art. 3º Se faculta al Poder Ejecutivo para que de los fondos del Estado, gaste hasta la cantidad de cinco mil pesos, para levantar, en el lugar que designe, un monumento digno de inmortalizar la memoria del ilustre General.

Dado en el Salón de Sesiones de la H. Legislatura en Mérida, á 24 de Abril de 1869.—Juan Cervera, Diputado Presidente.—Francisco Gil, Diputado Secretario.—J. Isaac Moguel, Diputado Secretario suplente.»

Cuyo decreto fué sancionado por el Ejecutivo, y aunque se gastaron los cinco mil pesos, no se ha llegado á erigir el monumento á que se refiere.

Tal fué la vida de este gran ciudadano, que no dejó sucesión, que vivió sin pretensiones, y cuya espada se distinguió en la guerra contra los bárbaros, contra la

Dictadura odiosa de Santa-Ana, contra el retroceso en la guerra de Reforma, y contra la intervención extranjera y el Imperio, por lo que, mereció bien de la Patria.

CAPÍTULO XXXIII.

EL DOCTOR AGUSTÍN O'HORAN.

Al allegarse uno á la tumba de un grande hombre, de un personaje ilustre, se apodera del alma un religioso sentimiento de respeto, y cree que comete una profanación interrogando sus secretos para publicarlos, por ser éste un derecho reservado no á la comunidad de las gentes, sino á seres también superiores, que con su mirada ciclópea sepan abarcar lo incomensurable de sus gloriosos hechos, por cuya razón con ese temor me acerco á la tumba del Dr. O'Horán, porque en efecto ¿quién soy yo, ni con qué derecho trato de interrogar sus misterios y revelarlos?

Pero, descansa en paz ilustre Doctor, que mis intenciones son puras y que no trato de cometer una vana profanación, sino hacer lo que otros no han hecho, salvar tu nombre del olvido y colocarlo entre las constelaciones del cielo de la patria, para que ilumine á las generaciones venideras con sus tres focos llamados ciencia, patriotismo y filantropía, que fueron las virtudes que tuviste

te la fortuna de poseer en alto grado, y por ellas debes vivir en la vida de la posteridad.

Porque, ¿á quién sino á tí se deben aplicar estas palabras de Salustio: "*Catón solo queria que se echase de ver su modestia y moderación, y más que todo esto su severidad; no competia en riquezas con el rico, ni en designios con el inquieto, sino en virtud con el virtuoso, en recogimiento con el honesto, y en abstinencia con el bueno; procurando más ser hombre de bien que parecerlo; y cuanto menos gloria pretendía, tanto mayor la alcanzaba.*" Conjuración de Catilina, tercera edición, pag. 216.

Con estos precedentes entro en materia.

En el año de 1831, un criado á caballo transitaba por el camino estrecho de bosques seculares é impenetrables que conduce de Guatemala á Campeche, y traía consigo un precioso niño de poco más de tres años de edad. Este niño había nacido en Guatemala en 28 de Agosto de 1828, hijo de los esposos Lic. D. Tomás O'Horan y Da. Gertrudis Escudero, aquél natural de Campeche y ésta de Mérida.

El Lic. O'Horan pasó á Guatemala de Oidor de su Audiencia en los últimos tiempos del Gobierno español, y permaneció allí hasta el año de 31, en que se volvió á su país natal, trayendo al hijo que le nació en la capital de esa República.

Como en aquel tiempo las prácticas de la religión católica eran costumbres entre las familias, la del niño Agustín se cuidó bien de observar la de presentarlo al templo á los 40 días de nacido, celebrando la misa de presentación el Cura D. Buenaventura Albert, personaje

que con posterioridad emigró para esta Península, y entre los cargos que desempeñó, está el de haber sido Cura de la risueña villa de Palizada.

El niño Agustín fué robusto, de buenas formas, y puede decirse de hermosura varonil.

Desde los primeros años de su vida, se distinguió por el poder de su memoria, su fácil comprensión y su inteligencia de inventiva y originalidad.

Su educación primaria la hizo en esta ciudad, residencia de su Sr. padre, á su vuelta de Guatemala.

En el año de 1840, concluyó sus estudios de enseñanza primaria, con notable aprovechamiento, é ingresó en el Colegio Seminario Conciliar de San Ildefonso, para iniciar en él su enseñanza secundaria.

En el estudio de Latín aprendió cuanto le enseñaron, y en los exámenes obtuvo las mejores calificaciones.

A los dos años inició el curso de Filosofía y lo concluyó en 1845, bajo la dirección del profesor Pbro. Don Leandro Rodríguez de la Gala, hombre de buen talento y de severa lógica. En este curso el jóven O'Horan se distinguió por la claridad con que dilucidaba las materias, su recto juicio y su privilegiada inteligencia, siempre pronta á discurrir y á discurrir con novedad, por lo que, entre sus condiscípulos no tenía rival, y como su carácter era desprendido y no hacía ningún alarde de superioridad, se atraía la estimación general y era verdaderamente querido.

Al concluir Filosofía había adquirido reputación de estudiante de primer orden, sin embargo de que entre sus condiscípulos existían otras inteligencias privilegiadas,

como la del Sr. José Antonio Cisneros; pero tenía prendas singulares que lo hacían recomendable, sobre todo, poseía en alto grado la franqueza, era de trato agradable y jovial con sus amigos, á quienes distinguía cariñosamente, en particular al citado Sr. Cisneros.

En el propio año de 45 inició el estudio de Medicina, profesión que abrió á la juventud estudiosa el Doctor Ignacio Vado originario de Guatemala, cuyo Sr., después de doctorarse de un modo brillante en París, se vino á esta ciudad y fundó la Escuela de Medicina.

Fué uno de los discípulos predilectos del Doctor Vado en los varios cursos que enseñó; mas en el año de 48, á pesar de sus adelantos, interrumpió sus estudios, á consecuencia de la asoladora guerra de bárbaros, y pasó á Campeche acompañando á su Sr. padre que se hallaba gravemente enfermo, en cuya ciudad murió en los brazos de su querido hijo, con quien sólo vivía, pero que lo atendía y cuidaba con un esmero tal, que no necesitaba de otra persona. Luego de muerto lo rasuró, lo vistió y amortajó sin hablar palabra, derramando lágrimas este modelo de amor filial, por la pérdida del que le dió el ser y que le legó la probidad y honradez. Se cuenta del Sr. O'Horan, padre, que estando de Magistrado del Tribunal Superior en esta ciudad, le tocó conocer en 2.^a Instancia, que era tribunal unitario, de un ruidoso pleito relativo á la hacienda "Yaxcopoil," y un rico personaje se atrevió á irlo á tentar para que fallara en determinado sentido, ofreciéndole una gruesa suma de dinero en oro en recompensa; y después de oírle, le dijo: "guarda tu oro y te perdono la ofensa que me has hecho, porque

no quiero hacer escándalo avergonzándote: márchate de aquí, y no vuelvas á ocuparte de mí de tal manera!" Ojalá y todos los que administran justicia fueran tan incorruptibles!

Cumplidos los últimos deberes de buen hijo, dándole sepultura á los restos mortales de su Sr. padre, se volvió á Mérida, y de esta ciudad marchó á la campaña de los bárbaros á prestar sus servicios de practicante de Medicina en las fuerzas que mandaba su hermano el Coronel D. Patricio O'Horán, que hizo la guerra principalmente en los pueblos del Sur.

El Coronel O'Horán fué el que tuvo el audaz proyecto de ir á Bacalar por tierra, con una columna de mil hombres, cruzando los bosques desiertos en que tenían sus principales guaridas los bárbaros, batiéndolos en ellas, y llevó á feliz término su empresa. Después, nadie siguió su ejemplo.

Pues en el teatro de la guerra, el practicante de medicina empezó á demostrar sus grandes dotes. Desde entonces tuvo repugnancia por la pena capital, y así fué que se le vió cruzar varias leguas, sin cuidarse del peligro en que lo podía poner una sorpresa de los bárbaros, para ir á implorar perdón por unos individuos de tropa que debían ser ajusticiados. Como Médico diligente atendía y curaba á los enfermos y heridos, con tino, y los trataba con cariñoso afecto. Se conducía con todo desinterés, y no se esquivaba de atender á los heridos, aun en medio de una acción de guerra, porque tenía valor y resolución para el caso.

Con posterioridad se volvió á Mérida, y poco después solicitó exámenes para obtener el título de Licenciado en Medicina y Cirugía en la Universidad Literaria; y aunque el resultado de los exámenes fué brillante, confiéndole el título solicitado, permaneció como Médico sin clientela hasta el año de 1853, en que el cólera le presentó vasto campo para dar á conocer su privilegiado talento médico, y se abrió paso por este motivo, y por el decidido apoyo que le impartía el Dr. Vado. Por recomendación del mismo Dr. Vado, fué nombrado Director Médico del Hospital de esta Ciudad, y con esta investidura, su reputación adquirida, su estudio constante, su personal agradable y su buen trato, quedó sin rival entre los médicos, y se hizo el centro del Protomedicato en el Estado. Nada se hacía sin que se le consultara, en ninguna Junta de Médicos faltaba, ningún caso de enfermedad grave ocurría que no se le hiciese saber, solicitándose su diagnóstico, sobresaliendo precisamente en los diagnósticos, pues parecía que algún genio misterioso le infundía la ciencia para hacerlos, y para predecir el resultado final de la enfermedad.

Pronto se convirtió en el médico popular de todas las clases sociales, y no solo curaba con excelentes conocimientos, sino también con verdadero amor al prójimo, con un desinterés tan grande, que jamás cobró retribución á nadie, atendiendo lo mismo al rico que al menesteroso, al sabio que al ignorante, y al blanco que al indio, por cuya razón se formó un lugar envidiable en el seno de la sociedad en que vivía.

De aquí es que, ya no se le consideraba solo como

médico, sino que se le consultaba en otras materias, porque además de los conocimientos que diariamente adquiría en su profesión, se imponía de los otros ramos del saber humano, y principalmente de la política, que le agradaba mucho.

Así fué que en el año de 53, si el Dr. O'Horán no tuvo parte activa en la revolución contra la Dictadura de Santa-Ana, que acaudillaron los Coroneles Molas y Cepeda Peraza, si estuvo al tanto de ella, y le simpatizó, porque siempre se mostró partidario de la libertad y enemigo de la tiranía; no obstante de que en aquella Dictadura se creó cierto número de Doctores para formar con ellos el Claustro Universitario de Mérida, y no faltó entre los distinguidos con la borla de Doctor.

Como se ponía al tanto de los acontecimientos políticos, conocía los partidos militantes en política, y mostraba su simpatía por el que tuviera de su lado la razón y la justicia. De este modo fué considerado como enemigo de la Dictadura de Santa-Ana y amigo de la revolución que la derrocó, de la cual surgió la Constitución de 1857, siendo gran admirador de ella, no solo como el Código de nuestras libertades, sino como el Evangelio del libre exámen, y de la tolerancia civil y religiosa.

CAPITULO XXXIV.

CONTINUA EL ANTERIOR.

DESDE aquella época, su genio se inclinó á las nuevas doctrinas de la Carta Magna, porque estaban en consonancia con los principios filosóficos que profesaba, teniendo ideas avanzadísimas, pues su poderoso entendimiento, en su espléndido vuelo, no podía conformarse con que le pusieran límites, después de saborear las doctrinas racionalistas de Leibnitz y Kant, y más tarde las de las escuelas positivistas y panteistas, que hoy están en boga, y que llevan la tendencia de dominar el porvenir. Conocía perfectamente á Comte y Littré, lo mismo que la Escuela naturalista de Darwin, la del progreso infinito, apoyada en sus magníficas selecciones, y aun la Escuela materialista del Dr. Buckner.

Proclamada la intervención extranjera, se separó de ser Médico Director del Hospital General, y no sirvió en nada al Imperio.

Durante el Imperio fué el más activo laborante en favor de la República en este Estado, en términos que solo por respeto á su posición social y al cariño que le profesaban todas las clases, lo respetaron siempre, á pesar de cuanto hablaba, y de asistir á cualquiera demostración que se hiciera en pro de la República.

En la campaña contra el Imperio no tomó parte activa; pero todas sus simpatías estaban por ella, su cora-

médico, sino que se le consultaba en otras materias, porque además de los conocimientos que diariamente adquiría en su profesión, se imponía de los otros ramos del saber humano, y principalmente de la política, que le agradaba mucho.

Así fué que en el año de 53, si el Dr. O'Horán no tuvo parte activa en la revolución contra la Dictadura de Santa-Ana, que acaudillaron los Coroneles Molas y Cepeda Peraza, si estuvo al tanto de ella, y le simpatizó, porque siempre se mostró partidario de la libertad y enemigo de la tiranía; no obstante de que en aquella Dictadura se creó cierto número de Doctores para formar con ellos el Claustro Universitario de Mérida, y no faltó entre los distinguidos con la borla de Doctor.

Como se ponía al tanto de los acontecimientos políticos, conocía los partidos militantes en política, y mostraba su simpatía por el que tuviera de su lado la razón y la justicia. De este modo fué considerado como enemigo de la Dictadura de Santa-Ana y amigo de la revolución que la derrocó, de la cual surgió la Constitución de 1857, siendo gran admirador de ella, no solo como el Código de nuestras libertades, sino como el Evangelio del libre exámen, y de la tolerancia civil y religiosa.

CAPITULO XXXIV.

CONTINUA EL ANTERIOR.

DESDE aquella época, su genio se inclinó á las nuevas doctrinas de la Carta Magna, porque estaban en consonancia con los principios filosóficos que profesaba, teniendo ideas avanzadísimas, pues su poderoso entendimiento, en su espléndido vuelo, no podía conformarse con que le pusieran límites, después de saborear las doctrinas racionalistas de Leibnitz y Kant, y más tarde las de las escuelas positivistas y panteistas, que hoy están en boga, y que llevan la tendencia de dominar el porvenir. Conocía perfectamente á Comte y Littré, lo mismo que la Escuela naturalista de Darwin, la del progreso infinito, apoyada en sus magníficas selecciones, y aun la Escuela materialista del Dr. Buckner.

Proclamada la intervención extranjera, se separó de ser Médico Director del Hospital General, y no sirvió en nada al Imperio.

Durante el Imperio fué el más activo laborante en favor de la República en este Estado, en términos que solo por respeto á su posición social y al cariño que le profesaban todas las clases, lo respetaron siempre, á pesar de cuanto hablaba, y de asistir á cualquiera demostración que se hiciera en pro de la República.

En la campaña contra el Imperio no tomó parte activa; pero todas sus simpatías estaban por ella, su cora-

zón, su alma, su vida entera le pertenecían. Se ponía al corriente de todas sus peripecias, sabía el número de fuerzas con que contaban los republicanos, las acciones que se libraban; y si podía favorecer en algo su éxito, no lo excusaba. Si alguno necesitaba los auxilios de su profesión, se los daba en el acto, pues por el triunfo de la República hacía cualquier sacrificio.

Concluida la campaña fué el cerebro del Gobierno, haciendo lo que jamás había pensado, aceptar un destino público. Le nombraron Primer Consejero de Gobierno y aceptó, partiendo de su iniciativa todas las medidas y reformas que llevó á cabo aquella buena Administración. Obra suya fué la creación del Instituto Literario y de las Escuelas Especiales, con inclusión de la Normal de Profesores.

Y tomó tal empeño en el establecimiento del Instituto, que intervino en el nombramiento de Profesores; y como hombre de ideas avanzadas, al designarme para servir la Cátedra de Historia, me dijo: que procurase acabara con ésta la teología, que no era más que el resultado de suposiciones y metafísicas, en tanto que la Historia se fundaba en hechos pasados por el crisol de la verdad y de la lógica. Por eso el historiador, para ser bueno, debe estar exento del espíritu de secta, de preocupación y de doctrina determinada; su obligación es examinarlas todas y seguir siempre el camino de la recta razón y de la justicia, estén donde estuvieren.

A la restauración de la República, estando encargado del Gobierno del Estado, llegó por el correo de México una carta del Sr. Lic. Joaquín M. Alcalde, en la que

recomendaba preparasen el ánimo del Doctor para darle la fatal noticia que comunicaba; pero como se hallaba presente, no pudo ocultarse á su perspicacia la sensación del que leyó para sí, pidiéndole la carta. Aquel, muy cortado, no sabía qué hacer; y entonces el Doctor añadió: «adivino de lo que se trata, han fusilado á mi hermano Tomás.» Era la triste verdad: el General Tomás O'Horán había sido pasado por las armas; por lo que le entregaron la carta, la leyó en silencio, derramando lágrimas; se repuso en seguida de su emoción, y exclamó: «*sin embargo, viva la República,*» demostración magnífica de su firmeza de principios, de su patriotismo y de su amor á la República. Otro hubiese renegado en aquel doloroso instante, de la República y de sus hombres, mucho más que fué amantísimo de su familia, y que su hermano se distinguió en la carrera militar. Pero ningún reproche salió de sus labios, ni su modestia le permitió acordarse de los servicios de su hermano. El severo Catón no se hubiera conducido de otra manera.

Cuando el motín del 11 de Diciembre de 67, como encargado del Gobierno, dormía todas las noches en la Ciudadela de San Benito, porque llegó á su noticia que los enemigos de la República conspiraban para trastornar el orden, de modo que allí se encontraba al estallar el movimiento de rebelión, habiéndose visto expuesto á las balas de los sublevados, y teniendo que descolgarse por uno de los baluartes, en unión del General Parra, para no ser asesinados. El Doctor fué herido en una mano.

El 6 de Febrero de 1869, al tener noticia de lo que

iba á suceder, corrió á la casa de Gobierno para ver si impedía el hecho; pero no habiendo encontrado en ella al Coronel Ceballos, montó en un mal caballo y se dirigió al lugar del sacrificio, fingiendo una orden verbal del General Cepeda Peraza, dada á su hermano José Apolinar, para que suspendiera la ejecución; mas como éste dijera que no la suspendería sin orden escrita, se encaminó á la plaza de San Juan, donde se había ido el Coronel Ceballos, punto más cerca que la plaza de San Sebastián en que habitaba el General Cepeda Peraza; y cuando le rogaba á dicho Coronel que hiciera suspender la ejecución, se oyeron las descargas, y le contestó: "ya es tarde, Doctor, están ejecutados, oiga Ud. las descargas." Entonces se quitó de aquel sitio con el corazón oprimido; sin embargo, sintiendo el consuelo de haber cumplido con un deber de humanidad, de homenaje rendido á la inviolabilidad de la vida del hombre.

Por estos tiempos hizo un viaje á la Capital de la República, y en Veracruz se embarcó para Europa, en cuyo continente conoció las celebridades de su profesión, visitó los hospitales y aumentó considerablemente el caudal de sus conocimientos y de su experiencia. Cuando regresó, su popularidad adquirió mayores proporciones y su fama no conoció límites; pero tuvo que trabajar con ahinco para pagar lo que gastó, porque no tenía fondos é hizo el viaje con dinero prestado. Tal era su desinterés, que no obstante su numerosa clientela, carecía de bienes de fortuna.

Tan modesto personaje, se enojaba cada vez que le hablaban de que fuera Gobernador, y solo en fuerza

del empeño de sus amigos, del que estaba de Gobernador y de la gran mayoría del Estado, hubo de consentir que lo postularan para aquel encargo, en el año de 1869; mas el Gobernador, por razones que quiero callar, permitió cambiar el resultado de la elección y declaró la Legislatura electo á otro. La conducta del Gobernador causó tal indignación, que el Coronel Traconis llegó hasta cerca de Izamal, con fuerzas del Oriente, dispuestas á venir á la Capital á hacer respetar la voluntad de los pueblos, y el Coronel Buenaventura Martínez se ofreció con 400 hombres de la costa, á lo mismo; pero el Doctor O'Horán, con entereza manifestó: *que no sería Gobernador sobre una gota de sangre derramada de sus hermanos*, noble conducta que lo engrandece, como á Catón, que nunca quiso ser Cónsul, por no doblarse á las exigencias de los electores. Está visto, casi nunca son gobernantes los hombres de gran carácter, sino los débiles, los que pueden ser instrumentos ó el juguete de los partidos.

En el año de 72, en el Gobierno del General Mariscal, el Doctor O'Horán fué su Consejero, y como siempre estricto observador de la ley, se opuso á que se diera la convocatoria para elecciones de los poderes públicos del Estado, esperando la solución legal de la cuestión política que estaba pendiente, y que se hubiera concluido con la teoría de los hechos consumados á la muerte del Presidente Juárez; con todo no lo consintió, lo que ciertamente honra su patriotismo y su apego á la ley.

Desde esa época se alejó de la política activa, y no volvió á tomar parte en los asuntos públicos.

De feliz memoria, sabía la genealogía de todas las familias de Mérida, y aún de fuera, la crónica doméstica y todos los sucesos que ocurrían diariamente, porque como departía con toda clase de gentes, se imponía de cuanto ocurría. Lo mismo conocía los asuntos y la historia de la República, que de las naciones extranjeras, sucediendo alguna vez que, hablando con personas de algún país, creyeran que había estado en él, por la precisión de sus noticias y sus apreciaciones, cuando solo decía lo que tenía leído u oído.

El 14 de Mayo de 1882, contrajo matrimonio con la Srta. Ana Mercedes Lavalle, de recomendables prendas. Le llevó el caudal inapreciable de ternura sin límites á su hogar doméstico; pero de éste no pudo gozar por mucho tiempo.

Jamás escribió nada, porque como no buscaba celebridad ni gloria, poco se cuidaba de trabajar porque sus pensamientos se conservaran escritos. No ambicionando más que consolar al afligido y ayudar al necesitado, es decir, hacía, no escribía, cuyos hechos como los de los apóstoles del Cristo, han quedado grabados en el corazón de la humanidad, pasando de generación en generación.

Filántropo, aborrecía la pena de muerte; y sin embargo, por un contraste singular entre sus principios filosóficos y ciertas costumbres suyas, le agradaban los sangrientos espectáculos de toros y gallos, indignos de un hombre pensador, hábitos que ha de haber contraído por su profesión, y porque en su juventud le faltaron los afectos maternos que suavizaran su corazón, y le so-

braron escenas de sangre en la guerra de bárbaros.

El día 7 de Setiembre de 1884, acabó aquella vida que perteneció en un todo á sus semejantes, como Médico, como patriota y como filántropo, por cuya razón la H. Legislatura expidió, con aquella misma fecha, el decreto que sigue:

“Núm. 40.—La 10ª Legislatura Constitucional del Estado Libre y Soberano de Yucatán, interpretando los sentimientos de profunda gratitud que sus comitentes profesan á la memoria del distinguido facultativo en Medicina y eminente yucateco C. Doctor Agustín O’Horán, por los desinteresados servicios que prestó á la humanidad y á la Patria; á nombre del pueblo decreta:

Art. 1º Se declara que el Doctor Agustín O’Horán, eminente é ilustre yucateco, ha merecido bien de sus conciudadanos.

Art. 2º Su nombre será inscrito con letras de oro en el Salón de Sesiones del Poder Legislativo, y su busto, colocado en el lugar más distinguido del Hospital General, cuyo establecimiento se denominará desde hoy “Hospital O’Horán.”

Art. 3º El Estado permanecerá de duelo durante tres días, desde la publicación de este decreto.

Dado en el Palacio del Poder Legislativo en Mérida, 7 de Setiembre de 1884.—JOSÉ DOLORES PATRÓN, Diputado Presidente.—PEDRO BUENFIL, Diputado Secretario.—F. ENRIQUEZ ACERETO, Diputado Secretario. ®

Su cadáver fué embalsamado y estuvo expuesto con guardia de honor, que hicieron los médicos, en el Salón de Sesiones del Congreso. A su entierro, los faroles

del Alumbrado público del trayecto, fueron enlutados y puestos á media luz, como se hizo en París, en el entierro del gran estadista Gambetta; y puede decirse, sin hipóbole, que lo acompañó toda la ciudad á su última morada, como postrar tributo al cariño que le profesaba. Para no desdecir que fué un verdadero genio, murió sin dejar hijos. No dejó más que sus hechos, y los de su profesión son numerosísimos; pero toca á los médicos hacer su juicio crítico y publicarlos en beneficio de la Ciencia.

CAPITULO XXXV.

LICENCIADO JOSÉ ANTONIO CISNEROS.

LA biografía del Sr. Lic. José Antonio Cisneros, para ser completa, se necesitaría escribir un volumen, solo considerándolo bajo el punto de vista literario y sin tomar en cuenta su vida política y privada; pero no me es dado emprender ese trabajo. Haré lo que pueda.

Su noble existencia cruzó sobre la tierra al despertar su razón, la época de la guerra con la metrópoli, la de las guerras con Campeche, la azarosa época de la guerra de los indios bárbaros, la de la Dictadura de Santa-Ana y la de la guerra contra ésta; la época del establecimiento de la Constitución de 57 y la de la guerra de la Reforma; y por último, la de la guerra contra la intervención extranjera. Grandes acontecimientos que necesitaban también de grandes hombres para llevarlos

á feliz término, y más que ésto, para popularizar las ideas que entrañaban en la República.

Parece que la Naturaleza, en las edades de transición y de lucha, como la que cupo en suerte al Sr. Cisneros, sabe crear hombres gigantes, que se pongan á la altura de la misión de su apostolado, como hace surgir el abedul y el arole en las cumbres de los Alpes, para luchar con la potencia del huracán y de los hielos. Así por ejemplo, en tiempo de la Sorbona, en que el jesuitismo quizo ahogar entre sus brazos de hierro á la generosa Francia, apareció el genio inmenso de Pascal, quien con sus Cartas provinciales dió á conocer la moral jesuita, denunciada con posterioridad en la Cámara francesa por el gran Paul Bert; de la misma manera, en las épocas referidas vió la luz el Sr. Lic. José Antonio Cisneros, que nació en esta ciudad de Mérida de Yucatán, el 20 de Febrero de 1826.

No me voy á ocupar del tiempo en que hizo su enseñanza primaria, ni de su ingreso á la Cátedra de Latín del Seminario Conciliar de San Ildefonso, verificado en Octubre de 1839, porque esto se halla consignado en la biografía escrita por el Lic. Agustín Vadillo.

Tampoco trataré de sus estudios de Filosofía, hechos bajo el Profesorado del Pbro. D. Leandro Rodríguez de la Gala, estudios en que fué su condiscípulo el Doctor D. Agustín O'Horán, y departió con éste, el primer lugar en la clase y las primeras calificaciones en los exámenes.

Paso por alto sus triunfos escolares en la Cátedra de Jurisprudencia de la Universidad Literaria, la cual le

enseñaron los Sres. Dr. Antonio Mediz y Lic. Alonso Aznar Pérez, enseñanza que dió principio en 1845, habiendo optado después del grado de Licenciado en Jurisprudencia en 20 de Noviembre de 1851, el diploma de abogado que le confirió el H. Tribunal Superior de Justicia del Estado, en el mismo año.

Su carrera política la inauguró, como miembro del H. Ayuntamiento de esta Capital, siendo para él el Municipio la escuela primaria de la libertad, que le hizo conocer, no solo sus ventajas, sino que le creó el hábito de servir: que le hizo conocer la administración por experiencia: saber cómo se recauda el impuesto, en dónde se debe tomar y cómo se le debe gastar. Vió cuales son las condiciones de la autoridad y de la paz pública. Y nada cambió para él al pasar á otro teatro más extenso.—
(*Historia de los Estados Unidos por Laboulaye, tomo I, página 158.*)

En seguida pasó á ser Diputado á la Legislatura local, por elección que recayó en él, en el año de 1852, electo por el Distrito de Mérida.

Como Diputado, en el seno de la Asamblea legislativa, fué el guardián de las libertades públicas, el laborioso legislador, el orador ilustrado y el que siempre puso el poder de sus talentos y de su palabra, en beneficio del Estado. Probó allí su valor civil, su inquebrantable honradez y su entereza de ánimo, particularmente la primera cualidad, cuando separado del mando superior político D. Miguel Barbachano, los soldados invadieron el Salón del Congreso, éste presidido por él, paseó su mirada de águila sobre aquellas turbas y las detuvo, contentán-

dose con amenazar y gritar mueras. Fué entonces el acto solemne en que agitó la campanilla, cubriéndose y puesto de pie, declaró que el Congreso suspendía sus sesiones hasta que tuviese libertad para deliberar, parecido al convencional Mirabeau, que dijo en caso semejante: "*Id y decid á vuestro amo, que aquí estamos reunidos por la voluntad del pueblo..... etc.*"

Hizo más: pasó á la Casa de Gobierno á pedir explicaciones al General D. Rómulo Díaz de la Vega, respecto de aquel hecho escandaloso, porque no podía ser otro el instigador de la soldadesca, que fué á disolver el Congreso. En este paso le acompañó el Diputado Cura D. Buenaventura Albert.

Con aquel hecho y la entronización de la Dictadura de Santa-Ana, el espíritu de justicia del Sr. Cisneros quedó herido, y se declaró en abierta oposición á la tiranía de las bayonetas. Para combatirla redactó un periódico que le concitó enemistades y disgustos; pero no por eso se arredró, y continuó firme del lado de la oposición hasta que se formalizó la conspiración é inició la revolución en el Oriente del Estado, en el mes de Setiembre de 1853.

Al llegar las tropas revolucionarias á Mérida, el Sr. Cisneros se presentó al Coronel Manuel Cepeda Peraza que las acaudillaba, y lo tuvo en calidad de Secretario.

Dichas tropas traían sobre Mérida dos calamidades, la guerra y el cólera morbo, contribuyendo no poco ésta última, para que fueran derrotadas.

Concluida la campaña, se fué para su casa, en vez de seguir en su fuga á los derrotados, no siguiéndolos

porque algunas personas de su familia estaban ya atacadas del cólera. Su resolución probaba su valor, pero era muy arriesgada y de fatales consecuencias. Sin embargo, se sujetó á correr todos los peligros de su conducta y sufrir hasta la muerte si se la imponían.

En efecto, no bien se habían alejado las tropas liberales de la ciudad, que una guerrilla de soldados se presentó en su casa á reducirlo á prisión; pero tuvo la fortuna de que el Oficial accediera á la súplica que le hizo, de que se retirase con su fuerza por innecesaria, ofreciéndole bajo su palabra de honor, que en breves instantes se presentaría como preso en la ciudadela de San Benito.

El Oficial se retiró con su fuerza, y obedeciendo más á su palabra empeñada que á la facilidad que otra vez se le presentaba de huir evadiendo toda pena, se dirigió á la ciudadela, dejando desolada á su familia.

Su caballerosidad no sirvió de obstáculo para que lo enserrasen en un estrecho calabozo, en compañía de soldados enfermos de cólera, que fueron muriendo á su vista.

Así pasó algunos días, y tal vez hubiera perecido víctima de la epidemia reinante, sin la generosa y enérgica intervención del Doctor Vado, que reprendió con dureza á sus carceleros y los obligó á trasladarlo á otro calabozo de mejores condiciones higiénicas.

Le hicieron saber que debía ser pasado por las armas, y su espíritu gigante permaneció sereno, aunque sí se conmovió por la suerte de Villamil, Ontiveros y Gío, este último, herido, cuando se despidieron de él, para ser pasados por las armas, como mártires de la libertad.

A él no lo mataron, es cierto; pero sí lo atormentaron cruelmente con la prisión y después con el destierro que le impusieron, para San Juan Bautista de Tabasco.

El camino del ostracismo fué la vía dolorosa para su alma, no por lo que él sufría porque su espíritu estaba caldeado para el sufrimiento, sino por lo que padecía su familia, á la que embarcó en buque pequeño sin comodidades y sin recursos, aumentándose su pena cuando al llegar á Frontera le impusieron á la embarcación más de dos meses de cuarentena, en vez de encontrar el término de sus dificultades.

En San Juan Bautista vivió consagrado al Foro; pero después del triunfo del plan de Ayutla, fué agraciado con el nombramiento de Delegado de aquel Estado, y marchó para Cuernavaca, donde se reunieron los delegados de los Estados á discutir sobre las necesidades de éstos y la forma de Gobierno que había de darse á la Nación; y desempeñó tan satisfactoriamente su cometido, que á su vuelta lo recibieron con demostraciones de entusiasmo.

En seguida se vino para su país natal, después de dos años de destierro. Fué electo diputado al Congreso constituyente; mas se le negaron viáticos, y él carecía de dinero, por cuya razón no ocupó lugar en los escaños de aquella inmortal Asamblea, y se privó de figurar entre la pléyade de los grandes hombres, que la hicieron célebre con la fuerza de su palabra y el poder de sus ideas liberales.

Al primer Congreso constitucional sí asistió y tomó asiento entre la fracción de diputados de ideas avanzadas.

Teniendo presente la necesidad apremiante de Yucatán, consiguió que se votase un decreto, asignando un millón de pesos para la conclusión de la guerra de bárbaros, la mitad destinada á esta Península y la otra mitad á los Estados del Norte, cuyo decreto, aunque no llegó á ser obligatorio, prueba su patriotismo, mucho más que le costó un ataque de pleuresía, debido á las fatigas de la lucha que emprendió para su expedición, sin contar con una complexión robusta.

Era Secretario del Congreso al darse el golpe de Estado, de cuyo hecho se tuvo la primera noticia, por haberlo denunciado á la Cámara, desde Guanajuato, el General Parrodi, según me informó el mismo Sr. Cisneros. Se hallaba enfermo, y en su lecho lo fué á buscar el impertérito D. Juan José Baz, para que en ocultas se avistase con los diputados que aún permanecían en México, y firmase la protesta del Congreso contra el crimen político cometido por el débil Presidente Comonfort. Se trataba de un deber patriótico y era esclavo del deber, al extremo de exponerse á perder la vida por cumplirlo; así fué que olvidándose de la enfermedad y de lo crudo del invierno, que le podía causar tanto mal, abandonó la cama, se fué á la calle, se avistó con los Diputados, suscribió la protesta y partió para el Estado de Veracruz, huyendo de las persecuciones.

En Orizaba habló con el General La Llave, quien se había puesto á las órdenes del Congreso, desconociendo al Presidente Comonfort, y siguió camino para Veracruz, donde se presentó al Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora, informándole de lo acontecido y de la acti-

tud digna del General La Llave. Sus informes y las comunicaciones que recibió el Gobernador del referido General, lo determinaron á seguir en la senda patriótica que ha contribuido al respeto que se tiene á su memoria. Le ofreció buenos destinos al Sr. Cisneros, que no pudo aceptar por enfermo.

En las discordias intestinas, que desde el año de 1857 hasta el 62, dividieron á los yucatecos, sufrió persecuciones, estuvo preso, y por último, fué desterrado para la isla de Cuba.

A su vuelta fué nombrado Fiscal de los Tribunales federales en el Estado, por empeños del Dr. D. Justo Sierra, no siendo este el único empleo judicial que había obtenido, porque por dos ocasiones desempeñó antes el puesto de Magistrado en los Tribunales del Estado. Despachaba la Fiscalía, cuando sufrió la irreparable pérdida de su inteligente, modesta y virtuosísima esposa Sra. Juana Cámara Castillo, poco antes de que se presentara la guerra por la intervención francesa.

Durante el imperio no sirvió ningún destino público, y vivió pobre pero con dignidad, manifestándose siempre partidario de la República, y decidido porque se hiciera la guerra al imperio, por cuya razón siempre fué mal visto de las autoridades del gobierno intruso; estuvo preso y fué perseguido después, burlando á sus perseguidores hasta el 5 de Mayo de 1867, en que pudo salir de la línea imperialista y se presentó en el campamento de la Mejorada, dando prestigio á la causa de la República y haciendo cuanto pudo por ella, á pesar del mal estado de su salud. En los últimos días del sitio de Mérida, tu-

vo un disgusto y se marchó para Sisal, á donde lo fué á buscar el Dr. O'Horán, terminada la entrada triunfal de las fuerzas republicanas á la plaza de armas.

Al restablecimiento de la República se le nombró Consejero de Gobierno, ayudando á todo lo que aquel buen Gobierno inició con su talento y su pluma, que no economizó jamás en provecho del bien público. En el año de 68, fué agraciado por el Supremo Gobierno con el despacho de Magistrado de Circuito, cuyo destino obtuvo de nuevo, verificado el triunfo del plan de Tuxtepec, y lo desempeñó hasta su muerte.

CAPITULO XXXVI.

CONTINUA EL ANTERIOR.

COMO abogado, fué una notabilidad en nuestro Foro, pues sus escritos eran un modelo de novedad, de erudición y de precisión en sus conceptos. Si se pudieran recopilar servirían para ser imitados con ventaja, sobre todo, en estos días en que la Profesión de abogado está sumamente decaída, porque no se saben ni las más triviales nociones para hacer un ocurso, y menos para escribir con aquella valentía, con aquel acierto y con aquel buen gusto con que lo hacía el Sr. Cisneros, por lo que, los negocios que se ponían en sus manos era seguro que los ganaba, porque entonces ganaba el que tenía de su lado el derecho, la justicia, y sabía defenderlos: no se ne-

cesitaba de la intriga, de las influencias, ni de bajezas para alcanzar un triunfo forense.

En los ruidosos pleitos de la testamentaria del Cura Meneses, en la de D. Feliciano Lavadores y en la de Doña Manuela Vergara, el Sr. Cisneros lució con ventaja sus grandes dotes de abogado, no solo en las alegaciones que hizo ante los Tribunales, sino en los sueltos y folletos que publicó en apelación al tribunal de la opinión pública; y las más veces en sus trabajos de esta clase se conducía con absoluto desinterés.

Estando desterrado en la Habana, se suscitó un pleito que hizo mucho ruido, entre los Sres. Sucini, padre é hijo, y por intervención del Sr. Cisneros, se concluyó mediante una transacción. Los dos quisieron pagarle honorarios, y se resistió á recibirlos, sin embargo de que se encontraba exhausto de recursos. Entonces Sucini, hijo, se vino á esta Ciudad, y por más que se empeñó para que la esposa del Sr. Cisneros le recibiera una gruesa suma de dinero, no la aceptó, excusándose con manifestar, que no tenía orden de su esposo para recibirla.

Otra vez se apersonó á defender en Sisal los derechos del Dr. Delaunay, relativos á una finca en que creía tenerlos, y después de conseguir que se los reconocieran y le hicieran justicia, se vino á esta Ciudad, y en pos de él dicho Doctor, presentándose en su casa á pagarle sus honorarios; pero fueron vanas sus súplicas, se salió con su dinero.

Con motivo de un duelo habido entre dos Doctores, se promovió un proceso, y el Sr. Cisneros defendió á uno de ellos, derrotando en la vista pública al abogado de su

vo un disgusto y se marchó para Sisal, á donde lo fué á buscar el Dr. O'Horán, terminada la entrada triunfal de las fuerzas republicanas á la plaza de armas.

Al restablecimiento de la República se le nombró Consejero de Gobierno, ayudando á todo lo que aquel buen Gobierno inició con su talento y su pluma, que no economizó jamás en provecho del bien público. En el año de 68, fué agraciado por el Supremo Gobierno con el despacho de Magistrado de Circuito, cuyo destino obtuvo de nuevo, verificado el triunfo del plan de Tuxtepec, y lo desempeñó hasta su muerte.

CAPITULO XXXVI.

CONTINUA EL ANTERIOR.

COMO abogado, fué una notabilidad en nuestro Foro, pues sus escritos eran un modelo de novedad, de erudición y de precisión en sus conceptos. Si se pudieran recopilar servirían para ser imitados con ventaja, sobre todo, en estos días en que la Profesión de abogado está sumamente decaída, porque no se saben ni las más triviales nociones para hacer un ocurso, y menos para escribir con aquella valentía, con aquel acierto y con aquel buen gusto con que lo hacía el Sr. Cisneros, por lo que, los negocios que se ponían en sus manos era seguro que los ganaba, porque entonces ganaba el que tenía de su lado el derecho, la justicia, y sabía defenderlos: no se ne-

cesitaba de la intriga, de las influencias, ni de bajezas para alcanzar un triunfo forense.

En los ruidosos pleitos de la testamentaria del Cura Meneses, en la de D. Feliciano Lavadores y en la de Doña Manuela Vergara, el Sr. Cisneros lució con ventaja sus grandes dotes de abogado, no solo en las alegaciones que hizo ante los Tribunales, sino en los sueltos y folletos que publicó en apelación al tribunal de la opinión pública; y las más veces en sus trabajos de esta clase se conducía con absoluto desinterés.

Estando desterrado en la Habana, se suscitó un pleito que hizo mucho ruido, entre los Sres. Sucini, padre é hijo, y por intervención del Sr. Cisneros, se concluyó mediante una transacción. Los dos quisieron pagarle honorarios, y se resistió á recibirlos, sin embargo de que se encontraba exhausto de recursos. Entonces Sucini, hijo, se vino á esta Ciudad, y por más que se empeñó para que la esposa del Sr. Cisneros le recibiera una gruesa suma de dinero, no la aceptó, excusándose con manifestar, que no tenía orden de su esposo para recibirla.

Otra vez se apersonó á defender en Sisal los derechos del Dr. Delaunay, relativos á una finca en que creía tenerlos, y después de conseguir que se los reconocieran y le hicieran justicia, se vino á esta Ciudad, y en pos de él dicho Doctor, presentándose en su casa á pagarle sus honorarios; pero fueron vanas sus súplicas, se salió con su dinero.

Con motivo de un duelo habido entre dos Doctores, se promovió un proceso, y el Sr. Cisneros defendió á uno de ellos, derrotando en la vista pública al abogado de su

parte contraria, con solo enmedarle una palabra que decía mal, pues hablaba de que su defensor fué herido en la *barriga*, y el Sr. Cisneros, con aquella su pronta réplica, que caía sobre su adversario como un rayo, siempre acompañada de la sonrisa burlona de Rabelais, le contestó: «*que solo los puercos tienen barriga, y la gente vientre,*» contentándose con este triunfo, y negándose á recibir retribución por su trabajo.

Tampoco era egoísta en sus conocimientos, porque los comunicaba á todo el que se los pedía, y en particular á los estudiantes de Jurisprudencia, habiendo sido Profesor de muchos abogados, que han honrado nuestro Foro, enseñándoles hasta la ciencia de Economía Política, que introdujo en el Estudio del Derecho. El que escribe fué su discípulo y le dió lecciones de Derecho Natural, por el texto escrito por el sabio Arhens, de doctrinas avanzadas y positivistas.

Estaba de Fiscal de los Tribunales federales, cuando pasó al Puerto de Sisal con el Juzgado de Distrito, que fué á practicar diligencias sobre un contrabando que consistía en un crecido número de pipas de aguardiente de caña, venido de la Habana, cuyo Juzgado desempeñaba el Sr. Lic. Juan Miró, cuyo Juez repentinamente se vió atacado de un cólico miserere tan fulminante y terrible, que sin la actividad y empeño del Sr. Cisneros, que lo trajo casi en sus brazos, hubiera muerto en el camino, porque murió á poco de haber llegado á esta Ciudad; y en todo este fatal incidente, puso en práctica sus bellas cualidades de buen compañero, cariñoso amigo y fiel en sus deberes sociales, hasta un grado sublime. En dicho

contrabando se mostró severo en el cumplimiento de sus deberes, prodigioso y fecundo en recursos para descubrir el contrabando, á los contrabandistas y á todos los cómplices en el hecho; y seguramente hubiera salido airoso en sus trabajos en favor de la hacienda pública, si una revolución no hubiese venido á dar al traste con sus esfuerzos, cambiando por completo la faz y solución del asunto.

Juzgar al Sr. Cisneros como literato, es audacia de mi parte, porque confieso que carezco de las dotes necesarias para desempeñar con acierto semejante empresa. Por lo mismo, no haré más que un ensayo.

Por el año de 1846, publicó las primicias de su fecunda musa en "El Registro Yucateco," periódico de mucha é indisputable nombradía, fundado por los Sres. Justo Sierra y Vicente Calero, de inolvidable memoria. En sus columnas aparecieron las primeras chispas de aquel gran foco, que después iluminaría con luz espléndida el horizonte de su suelo natal.

En seguida se puso en escena en el "Teatro San Carlos" su primer ensayo dramático, titulado "Diego el Mulato," en el que si bien no había mucho mérito dramático, según los inteligentes en la materia, revelaba al poeta, al filósofo y al literato de buen gusto, que podía ser gran cosa en adelante. Se conocía al águila, que aún ensayaba su espléndido vuelo, como se lo expresó el autor de "El Trovador," al colocar sobre sus sienes la corona de pámpanos, consagrada al mérito literario, alentándolo para proseguir en el ramo de Literatura en que se iniciaba con fuerzas poderosas.

En unión de los Sres. José María O'Horán, Fabián Carrillo, Pedro Ildefonso Pérez y José García Morales, redactó el popular y humorístico periódico el "Don Bullebulle," ilustrado con grabados en madera, trabajo del entendido artista D. Gabriel Gahona. Ese periódico corrigió las malas costumbres y vicios de la localidad, ejerciendo por consiguiente influencia saludable en el seno de la sociedad. En él hizo sentir el poder de su vena satírica y burlesca, mostrando con gracejo el lado ridículo de las cosas.

En la guerra de los indios rebeldes, unas veces con la espada y otras con la pluma del periodista, tomó parte en la campaña, hasta que fué llamado á servir en la Secretaría de Guerra, en esta Capital, por disposición del General Sebastián López de Llergo.

Como literato, contribuyó á la fundación de la Academia de Ciencias y Literatura, fundada bajo la dirección de los Sres. D. Alonso Aznar Pérez y D. Vicente Calero. En ella desempeñó la Cátedra de Física, y desechó el *Lugdunense* como texto, sustituyéndolo con el Pinaud, traducido por los Sres. García y Aznar Barbachano, sustitución que entónces marcó un adelanto en la enseñanza.

"El Mosaico," periódico que sirvió de órgano á la Academia, se estableció con ayuda suya, y contribuyó á su redacción.

En su destierro á Tabasco, también cultivó las letras y aún tuvo algunos discípulos, á quienes hizo literatos, como el poeta D. León Alejo Torre.

Durante su permanencia de expulso en la Habana,

escribió y dió á luz la "Zarzuela Herética," desahogo político, que no carece de mérito literario, y que fué un látigo candente que hirió las espaldas de sus perseguidores en política.

Cuando varios jóvenes publicaron el periódico literario "La Guirnalda," y entre ellos el que escribe, no solo los alentó y estimuló corrigiendo sus originales, sino que escribió la excelente introducción del periódico, y varias composiciones poéticas que vieron la luz en sus columnas.

Dió al teatro los dramas "Mercedes" y "Del vicio al crimen," que ya son obras formales en que abundan las bellezas literarias, los sentimientos nobles, los golpes dramáticos, y están observadas en ellos la unidad de acción, de lugar y de tiempo, teniendo además la novedad, alarde de su ingenio, de carecer de monólogos y apartes, que son recursos escénicos del drama. Lo mismo se descubre en las comedias "La muestra del paño," "Celia," "A Chan Santa Cruz" y "Matar el gato," graciosas piezas en que se admira toda la lozanía de su chispa satírica y jocosa. La comedia "Celia," no solo es graciosa, sino tierna y dulce como el suspiro de un ángel.

Tomó parte en la redacción de los periódicos "La Armonía," "La Opinión," "La Burla" y "El Repertorio Pintoresco," publicaciones literarias unas y otras políticas, en cuyas columnas lució sus elegantes producciones.

"El Eco Hispano Americano," le inscribió en el número de sus ilustradísimos colaboradores.

En la Oda que leyó al inaugurarse la Academia de

Ciencias y Literatura en 1849, se espanta el poeta, de que en medio de los horrores de la guerra á muerte que nos declararon los indios bárbaros, se convocase á una fiesta del pensamiento, y se conmueve de alegría, abriendo su corazón á la esperanza de ver á la patria en la prosperidad y la dicha, que le proporcionarían sus hijos muy amados, en vez del luto y el dolor en que se encontraba sumida.

Dice:

«¡Salve, patria infeliz! Dios ha querido
El velo descorrer que te cegara:
De hoy más tus hijos para siempre unidos
Con lazos fraternales,
Aspiran á cubrir de ricas flores,
La negra huella de tus fieros males.»

Así exclama en un arranque de verdadero poeta lírico, cubriendo de flores la senda de espinas que trabajosamente transitaba la patria, y esta esperanza de sus hijos la salvó. No en vano los poetas se llaman vates ó adivinos, que predicen el porvenir.

En la oda á la memoria de D. Luis Aznar Barbachano, se muestra grande y generoso. En levantados versos admira el númen del joven poeta que murió en flor, y con quien un día sostuvo enojosa polémica, á consecuencia de una composición que publicó el Sr. Aznar, titulada «A un pañuelo,» y que él parodió con otra del género satírico, con el nombre de «La Servilleta, prima hermana de un pañuelo.» La embocadura de dicha oda, que con razón es celebrada, la forman estos versos:

«¡Un poeta . . . ! callad! entre los hombres
Anatema es de afán y hondo martirio;
El genio, inspiración . . . frívolos nombres,
Abortos insensatos del delirio.

Irrisorio baldón, mengua insolente
Le es la ilusión que en sus ensueños crea,
Por eso escupe en su abatida frente
La necia multitud que le rodea . . . »

En su gran composición «El día de difuntos,» al leer uno las primeras estrofas, tiembla de pavor:

«Silencio y medita! día es de luto:
La voz de los que fueron escuchemos,
Y á su memoria en funeral tributo
Lágrimas tiernas de dolor lloremos.

Al lúgubre clamor del bronce herido,
A esa pálida luz de los blandones,
Oremos con fervor por los que han sido
Y pasaron á ser á otras mansiones.»

Tal parece que oye uno alguna voz profética, que lee el destino humano en el fondo oscuro de la tumba, evocando de la nada á los que fueron, para revelarnos lo que son en otras mansiones. La muerte no existe para su grande imaginación, sino que los que mueren se transforman en seres invisibles, que nos ven, nos oyen, y quieren nuestra oración para purificarse. Por último, nos con-

unde con los muertos, y el mundo se torna en un panteón á sus ojos, interesándonos así á orar por los difuntos. Atrevida concepción en que todo se confunde y agolpa, viniendo la paz, al traves de un torbellino en que se mezclan la vida y la muerte, con la oración. Es el juicio final de Miguel Angel, descrito en bellas y terribles estrofas, que concluye con el consuelo saludable de la oración.

Se siguen sus bellísimas quimeras, tan suaves, tan dulces y tan morales, que no se cansa uno de saborearlas. Son apólogos escritos con delicadeza y elegancia. Por no alargar mas este escrito no copio ninguna; pero son bellísimas y en dulzura nada le envidian á la miel del Parnaso español, al gran poeta Rioja.

El juicio que hacen de sus poesías líricas los autores de la obra "Poetas yucatecos y tabasqueños," es este:

"Cisneros, en sus poesías líricas, tan ventanosamente conocidas, es más clásico que romántico, lo que no podemos menos que atribuir á los juiciosos estudios que ha hecho del arte."

Pero en el género satírico, en el que más se ha distinguido, su talento se muestra de un modo sobresaliente. Podía citar muchas composiciones suyas de este género, pero sería nunca acabar si me propusiera hacerlo, y por eso me abstengo de ello. En la sátira, su musa es tan original y fecunda, como la del mismo Quevedo; sin embargo, sus poesías satíricas le acarrearón no pocos disgustos y las enemistades consiguientes. Con todo, como era natural en él, cada vez que se ofrecía, su lozana imaginación se entregaba á su ejercicio favorito, de mostrar

riéndose, el lado ridículo de las cosas y á veces de las personas, mortificándolas y hasta hiriéndolas.

Su genio satírico y crítico no solo lo lucía en verso, sino también en prosa bien pulida y limada. Después del restablecimiento de la República, publicó en los periódicos de México, unas revistas interesantísimas en forma de cartas, y en ellas campeaban lo chistes más agudos y los juicios emitidos con claridad, corrección y elegancia, como los hacía el Nigromante Ramírez, á quien se parecía muchísimo en el estilo.

En dicho tiempo escribió en unión del que habla, en los periódicos políticos "La Juventud," "Mi Sarna" y en "La Actualidad."

En «Mi Sarna» publicó los editoriales con el título de «Rascada 1.^a, 2.^a, 3.^a, etc.,» que indudablemente sacaban sangre á quienes dedicaba éstas.

En «La Juventud» vió la luz su inmortal artículo «El Decreto de 3 de Octubre,» que no solamente fué reproducido en México, sino en periódicos extranjeros, y que por ser muy largo no lo copio.

En «La Actualidad» dió á luz su clásico artículo «El Conde de Chambord.»

Con la profundidad, instrucción y buen gusto con que Pascal escribió sus «Cartas provinciales» contra la moral jesuítica, á pesar de sus enfermedades, el Sr. Cisneros se consagró, con todo el poder de su pensamiento, á la lucha contra el Catolicismo, escribiendo en los periódicos «El Pensamiento» y «El Libre Exámen,» órganos de polémica religiosa, gigantescos arietes para abrir brecha al muro de preocupaciones arraigadas ha más de tres-

cientos años y que solo pretender su destrucción, bastaba, porque se necesitaba la grandeza de alma de un atleta en lucha tan desigual; sin embargo no se arredró y entró en la lid franca, tenaz y porfiada, sin contar el número, ni los recursos de los enemigos de sus ideas, pues batallador incansable, se conformaba con solo la ayuda de su amigo D. Pablo García, importándole poco el enojo de los católicos, y aún cuando como al filósofo de Horacio se le hubiese venido encima el cielo á pedazos, siempre se hubiera mantenido imperturbable, porque obraba en conciencia y cumplía con un deber, cuya recompensa esperaba en otras mansiones más puras. Hizo como Jesús, como Mahoma, como todos los apóstoles, destruir la doctrina antigua y predicar la nueva, la suya fué el libre exámen, el amor á la humanidad y á la ciencia. En mejores días será apreciado por la generalidad en su legítimo valor el trabajo del valiente gladiador en beneficio de la libertad, para la humanidad y para la ciencia, y se le levantarán estatuas.

Para no desdecir que nació poeta, se empeñó porque fuera planteado el Conservatorio Yucateco de Música y Declamación, por los Sres. Jacinto Cuevas y Lic. Rodolfo G. Cantón, prestándoles su valiosa cooperación, establecimiento que es sensible haya desaparecido, por lo que hubiese influido en el adelanto de nuestra cultura social.

Por fin, murió en 3 de Diciembre de 1880, y murió pobre después de tanto hacer; porque los trabajos de inteligencia aún no se recompensan entre nosotros. Mas disfruta de la inmortalidad á que se hizo acreedor el es-

poso modelo, padre amoroso, poeta, patriota y apóstol de las nuevas ideas, de la religión del porvenir.

CAPITULO XXXVII.

DOCTOR RAMÓN ALBERT.

AMABLE lector: si alguna vez has estado en uno de esos lugares de nuestros hermosos bosques, donde se establecen cortes de maderas, con profundo sentimiento habrás visto que se corte un árbol sin piedad antes de tiempo, que aunque fuerte y lozano levante sus tallos hasta el cielo, no se halla en sazón, y que á cada golpe del hacha que recibe, las magníficas copas de sus ramas se inclinan, su corteza destila la savia que lo nutría, y al fin cae, quejándose y dejando triste el lugar vacío que cubría con su benigna sombra; la misma pena causa ver que á un hombre en el vigor de sus años, joven aún, se le priva de la vida, sin razón, abandonando como el árbol á sus numerosos pequeños hijos, sin el espléndido abrigo que les prestaba, sin pan, sin educación y sin hogar. Pues no de otra manera sucedió con el Dr. D. Ramón Albert, que vino al mundo el 28 de Febrero de 1845, en la pequeña, pero simpática villa de Palizada, perteneciente entonces al Estado de Yucatán.

Desde muy niño fué traído á esta Ciudad de Mérida para ser educado; y en ella aprendió la enseñanza primaria, en la acreditada casa de educación del Sr. Mariano Correa, quien con el cariño de un padre fué su buen director.

Concluida la enseñanza primaria con bastante aprovechamiento, pasó al Seminario Conciliar de San Ildefonso á emprender sus estudios preparatorios, y allí se distinguió como aplicado estudiante, exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, por cuyo motivo en los exámenes recogía el fruto de sus afanes, siendo agraciado con las mejores calificaciones.

Después se inició en la carrera profesional de Médico, é hizo sus estudios en dicha profesión con notable y feliz éxito.

Algún tiempo estudió en las cátedras de la Escuela de Medicina de la Capital de la República.

Todavía de estudiante tuvo que marchar á los cantones del Sur del Estado, á prestar sus servicios de practicante de Medicina, en la campaña hecha á los bárbaros en el año de 1866.

En la guerra contra el Imperio, contribuyó en lo que estuvo de su parte para el triunfo de los republicanos. Ayudó á recaudar fondos para los gastos de la guerra, atendió como pudo á las familias de los Jefes que hicieron la campaña, pidió la hacienda "Valix" para alojar á la familia del General Cepeda Peraza, y prestó cuantos servicios se le pidieron, sin contar con los de su futura profesión, entre los cuales se registra el haber establecido el hospital provisional de la esquina llamada del "Flamenco," la tarde que fué muerto el Comandante Benjamín Cantarell, para asistir á los heridos de la tropa que mandaba este señor, y otras comisiones que desempeñó durante el sitio de esta Capital, de no menos peligro y mérito.

Después de la campaña concluyó sus estudios y se recibió de Doctor en Medicina y Cirugía, con todo lucimiento.

El día 2 de Enero de 1869, contrajo matrimonio con la señorita Candelaria Pacheco Cepeda, sobrina del General Cepeda Peraza.

A los pocos días emprendió viage con su esposa para su tierra natal, en donde vivió en la casa paterna, ejerciendo su profesión de Médico. De Palizada pasó á la isla del Carmen, y de allí volvió á Mérida, por nombramiento que obtuvo de Profesor del Instituto Literario, profesorado que desempeñó tan satisfactoriamente, que no tardó mucho en ser designado para Director de ese establecimiento, en el cual llevó á cabo cuantas mejoras pudo.

Fué empleado como Oficial mayor de la Secretaría de Gobierno, Diputado á la Legislatura local, y con esta investidura tomó parte activa en la lucha relativa á las cuestiones políticas, ocurridas en el Estado en los años de 1873 y 1874, contribuyendo así á la solución de aquellas, que consistió en que el Congreso de la Unión impartiera el auxilio federal al local, para restablecer el orden constitucional. En ese tiempo de lucha que dirigió, me ayudó como el que más hasta en la redacción de "El Renacimiento," periódico político que nos sirvió de órgano.

Desempeñaba la dirección del Instituto y era Diputado cuando triunfó la revolución del plan de Tuxtepec. Como diputado, inició varios trabajos de Legislación y llegaron á la categoría de leyes, enumerándose entre

éstos, una ley reglamentaria del Hospital General, varias reformas á la ley de instrucción pública, la ley reglamentaria de procedimientos penales, y dejó pendientes las reformas que presentó para mejorar la Constitución política de la localidad.

El Doctor Albert fué inteligente, laborioso y de valor, por cuya razón despreciaba el peligro.

Con el triunfo de Tuxtepec, se retiró á la vida privada y se consagró á formarse clientela en su profesión; pero como la política siempre le granjea enemistades al que la cultiva, y el formarse clientela en una profesión no es obra de un día, teniendo entretanto que sostener familia numerosa, sin contar con recursos, porque se había conducido con honradez, su situación se hacía cada vez más difícil, por no querer aceptar, ni menos solicitar nada del nuevo orden de cosas, porque su carácter enérgico se lo prohibía; entonces proyectó ir á la capital de la República en busca de recomendaciones para pasar á la ciudad de Tampico, donde creía prosperar y encontrar buena acogida como Médico, ó retirarse á vivir á la villa de Espita, la que conocía y había visitado no hacía muchos días, habiéndolo animado en ella el Sr. Dr. Fabián Vallado, para que fuera á sustituirlo, ofreciéndole dejarlo recomendado á su clientela, para venirse él á radicar á la Capital del Estado, contando ya con los recursos suficientes para hacerlo.

Cuando me manifestó sus proyectos, sin vacilar le di mi parecer de que se fuese á Espita, porque estaba cerca, no erogaría gastos crecidos en el viaje, iba entre gente conocida, y con la recomendación del Dr. Vallado,

pronto quedarían realizados sus deseos; pero le alhagaba más el pensamiento de marcharse para Tampico. Al fin se resolvió por este extremo contra mi opinión, aunque otros amigos suyos se lo aprobaron.

Resuelto su viaje, se empeñó porque le diera una cantidad de dinero para completo de los gastos de éste, en virtud de que carecía de recursos, y tuve el sentimiento de no haberlo podido servir en aquellas circunstancias. Mas como era simpático é insinuante, no faltó una casa de comercio que le diese el dinero, y emprendió su viaje.

Al irse, el Gobierno de esa época escribió á Mexico, denunciándolo como hombre peligroso, y recomendando que lo vigilasen, porque su viaje llevaba por objeto alguna conspiración política.

Sucedió otra cosa: que en el vapor en que se embarcó se encontró con un individuo llamado Antonio Vela, á quien conocía desde Palizada, que había sido separado del Resguardo de Progreso, y se dirigía para México. Desde luego fueron inseparables compañeros, y caminaron juntos hasta la Capital de la República, donde lo presentó Vela en las casas en que se reunían los descontentos del Gobierno.

De México bajaron á Orizaba, y de esta población siguió á Veracruz el Dr. Albert, mientras que Vela tomó rumbo para Alvarado.

Tras el Dr. Albert, se envió de Mexico á Veracruz una lista de personas, formada por los policías secretos que penetraban en las reuniones de los descontentos, y no solo daban cuenta de lo que pasaba en ellas, sino también

de las personas que asistían, en cuya lista figuraba su nombre; sin embargo, no era conocido en Veracruz y, por lo mismo, no se facilitaba su captura; pero no faltó un desgraciado que desempeñara el triste papel de Júdas, para enseñarlo.

Permaneció algunos días en Veracruz, y en ellos escribió una carta á D. Francisco Gil, en que le habló de que me había convertido en exéptico político.

Mas tan pronto como se supo que Antonio Vela se pronunció en Alvarado, apoderándose de uno de los vapores de guerra, guarda costas, que allí se encontraba, fué aprehendido en la casa del Sr. Dr. Anastasio Iturralde, como sus compañeros mártires, la fatal noche del 25 de Junio de 1879, y fusilado en la madrugada.

¡Qué terribles momentos serían los últimos de la pobre víctima, al pasar por su imaginación, su esposa, sus inocentes hijos, sus amigos, el mundo de sus ilusiones, todo acabado de un golpe y sin razón, puesto que en Veracruz nada se había movido, nadie se había pronunciado, es decir, no existía delito y se imponía la última pena, el último suplicio, sin las garantías tutelaras de la justicia humana!

Así acabó uno de los jóvenes que se opusieron al fusilamiento del General Santa-Ana en el año de 1867, sin que hubiera quien se opusiera al suyo. Las balas atravesaron su cuerpo, y concluyó todo en este mundo, para el joven de talento, de porvenir lisonjero, que dejó esposa y siete hijos pequeños en la mendicidad.

Sus amigos se comprometieron á pasarle una men-

sualidad por tres años á su familia, siendo yo el que se suscribió por mayor suma mensual.

D. Manuel Heredia Argüelles y el que esto escribe, nos apersonamos á implorar la caridad de las gentes en favor de la familia Albert, y obtuvimos un resultado mejor del que esperábamos. A cuantos pedimos nos dieron dinero, no solo personas del Estado, no solo de la República, sino hasta del extranjero. Todos los donativos los pusimos en manos de la Sra. viuda.

En la actualidad el hijo primogénito del Dr. Albert, se está educando en París, bajo la generosa protección de D. Antonio Zaldivar.

¡Que la sangre de nuestro inolvidable amigo y sus compañeros mártires, derramada sin piedad, sirva para que no se repita en la República, el crimen de que fueron víctimas!

CAPITULO XXXVIII.

CONCLUYE LA OBRA.

HE hablado de los motivos de la guerra contra el Imperio, de la conspiración hecha para llevarla á cabo, del principio de la guerra, de las acciones que se libraron y de los recursos empleados en la campaña; he hablado de las disposiciones del General en Jefe, de los Jefes secundarios que las ejecutaban y del éxito maravilloso con que lo hacían; pero no me he ocupado directa-

de las personas que asistían, en cuya lista figuraba su nombre; sin embargo, no era conocido en Veracruz y, por lo mismo, no se facilitaba su captura; pero no faltó un desgraciado que desempeñara el triste papel de Júdas, para enseñarlo.

Permaneció algunos días en Veracruz, y en ellos escribió una carta á D. Francisco Gil, en que le habló de que me había convertido en exéptico político.

Mas tan pronto como se supo que Antonio Vela se pronunció en Alvarado, apoderándose de uno de los vapores de guerra, guarda costas, que allí se encontraba, fué aprehendido en la casa del Sr. Dr. Anastasio Iturralde, como sus compañeros mártires, la fatal noche del 25 de Junio de 1879, y fusilado en la madrugada.

¡Qué terribles momentos serían los últimos de la pobre víctima, al pasar por su imaginación, su esposa, sus inocentes hijos, sus amigos, el mundo de sus ilusiones, todo acabado de un golpe y sin razón, puesto que en Veracruz nada se había movido, nadie se había pronunciado, es decir, no existía delito y se imponía la última pena, el último suplicio, sin las garantías tutelaras de la justicia humana!

Así acabó uno de los jóvenes que se opusieron al fusilamiento del General Santa-Ana en el año de 1867, sin que hubiera quien se opusiera al suyo. Las balas atravesaron su cuerpo, y concluyó todo en este mundo, para el joven de talento, de porvenir lisonjero, que dejó esposa y siete hijos pequeños en la mendicidad.

Sus amigos se comprometieron á pasarle una men-

sualidad por tres años á su familia, siendo yo el que se suscribió por mayor suma mensual.

D. Manuel Heredia Argüelles y el que esto escribe, nos apersonamos á implorar la caridad de las gentes en favor de la familia Albert, y obtuvimos un resultado mejor del que esperábamos. A cuantos pedimos nos dieron dinero, no solo personas del Estado, no solo de la República, sino hasta del extranjero. Todos los donativos los pusimos en manos de la Sra. viuda.

En la actualidad el hijo primogénito del Dr. Albert, se está educando en París, bajo la generosa protección de D. Antonio Zaldivar.

¡Que la sangre de nuestro inolvidable amigo y sus compañeros mártires, derramada sin piedad, sirva para que no se repita en la República, el crimen de que fueron víctimas!

CAPITULO XXXVIII.

CONCLUYE LA OBRA.

HE hablado de los motivos de la guerra contra el Imperio, de la conspiración hecha para llevarla á cabo, del principio de la guerra, de las acciones que se libraron y de los recursos empleados en la campaña; he hablado de las disposiciones del General en Jefe, de los Jefes secundarios que las ejecutaban y del éxito maravilloso con que lo hacían; pero no me he ocupado directa-

mente de la tropa, de los soldados, de esos héroes ignorados, que con el mayor desinterés, cuando oyen la voz de la patria, sin hablar, forman su lío, se lo echan á las espaldas, se presentan en el cuartel, toman el fusil, entran en formación, y marchan, sin averiguar á donde van, con quién han de combatir, qué distancia deben caminar, cuál es el número del enemigo, ni de qué vivirá su familia entretanto.

Pues estos héroes, humildes hasta el punto de no saber ellos mismos que lo son, dan existencia á la guerra, porque forman las columnas, que salen de sus masas, y porque, como dice Alejandro Dumás: «la gente hace la guerra.» El General da sus disposiciones, pero ¿quién las ejecuta, dándoles vida y completando lo que falta en ellas en la práctica, lo imprevisto, lo que sólo se puede conocer en el terreno, en el momento de obrar? Sin embargo, se concluye la jornada, y los elogios, las ovaciones, las guiraldas son para los Jefes, para los que tal vez no vieron el campo de batalla, para los que sin salir de su tienda comieron y bebieron durante el combate; pero nada para la tropa que anduvo leguas, corrió para llegar á la primera paralela, donde le aguardaba el enemigo á balazos y á cañonazos, pasándose el día sin comer ni beber, sufriendo sin número de penalidades, clareadas sus filas por las balas homicidas, sin poder amparar al infeliz que cayó herido, sin despedirse del que muere y sin descansar en la jornada, hasta oír el toque de diana en señal de la victoria.

En la guerra contra el Imperio, el soldado fué voluntario, carecía de paga y se batía á todas horas, sien-

do sepultado por sus compañeros, donde caía muerto, aunque se ignorase después el lugar de su sepultura. Morían á centenares los soldados, sin quien llevara cuenta del número de los muertos, y sin que aguardaran el consuelo de alguna recompensa, porque nunca la tiene el soldado. Si un Jefe muere en la guerra, se le hacen honores militares y se le señala pensión á su familia, en tanto que la familia del soldado, las más veces, no sabe si le dieron sepultura, ó si fué pasto de las aves de rapiña: mas, solo sabe que murió, porque concluida la guerra no volvió á su casa, sin que persona extraña vuelva á acordarse de él, por mucho que su esposa y sus hijos lo lloren en silencio.

Sin embargo, ese héroe ignorado ejecutó acciones grandes y nobles, durante la campaña y en la batalla en que murió, porque con su instinto prodigioso adivinó dónde estaba la emboscada é hizo que la evitara el Jefe, para que no cayera en ella la columna. Antes que recibiera auxilio el punto que debía ser atacado por sorpresa, se deslizó como el reptil sobre la arena, alcanzó la fortificación y la asaltó, á costa de su vida, siguiendo su ejemplo los demás, quienes disfrutaban del placer de la victoria alcanzada, según los periódicos y los discursos, gracias á la sabiduría de las disposiciones del Jefe superior, sin acordarse de la heroicidad sublime del soldado, que con su sangre conquistó la corona del triunfo, colocada en otras sienes.

La tropa llamada con propiedad carne de cañón, está acostumbrada á que no se le tome en cuenta, á que no se le considere para nada; pero no por eso deja de

hacer los mismos sacrificios, cada vez que se presenta la ocasión de servir á la patria. Y estamos tan acostumbrados á esos sacrificios, que casi no llamó la atención, que Nabor Garrido, antiguo liberal del barrio de la Mejorada, y tres compañeros suyos, enviados al castillo de San Juan de Ulúa, por desafectos al Imperio, se hubiesen presentado en el campamento de la Mejorada, cuando el sitio de Mérida, fugados de Veracruz, y hecho el viaje por tierra, á pie, atravesando ríos y desiertos, sin dinero y sin alimentos; mas al fin, al cuarto mes de camino, de amargura y de mil penalidades, pisaron el suelo de Mérida y llegaron al campamento ofreciendo sus servicios, como si hubiesen hecho la cosa más natural y sencilla del mundo.

Ese entusiasmo silencioso, ese heroísmo ignorado, esa abnegación sin ejemplo, no se encuentra en las otras esferas sociales, donde impera el orgullo, la ambición y el egoísmo. Por eso, si estuviera en mi mano hacerlo, levantaría un monumento en honor de los soldados, de la clase de tropa que murió en la guerra contra el Imperio. A ese monumento le daría por nombre "El altar de la Concordia," porque realmente ésta debe reinar, allí donde la igualdad es perfecta, donde no hay aspiraciones, donde está la abnegación de sí mismo, donde se hizo el sacrificio de la vida por amor á la patria, sin esperar premio ni recompensa.

Y en ese altar estaría representado el verdadero pueblo, el desinteresado, el que forma las muchedumbres. En ese altar se irían á inspirar los héroes, los poetas y todos los hombres de corazón, porque en ese lugar no

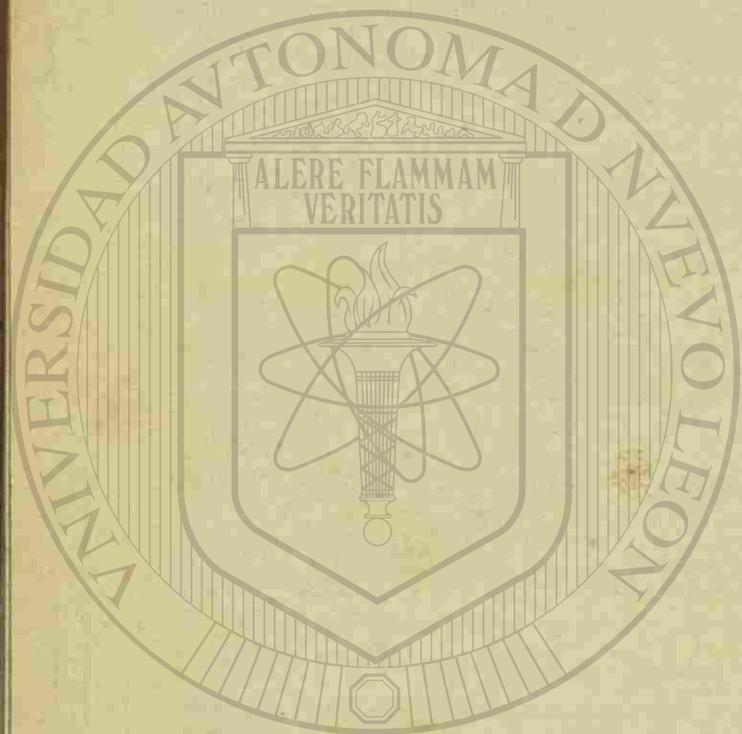
más se encontraría la verdadera grandeza y el amor á las nobles y santas acciones.

Si hoy no se puede hacer, tal vez algún día se haga; y entonces la clase humilde de los soldados será honrada y empezará á tener compensación en sus sacrificios, sirviendo "El altar de la Concordia" de lazo de unión para los patriotas, para los liberales, y se reunirán al rededor de él, para saber su número y el valor de sus fuerzas consagradas á la conquista de hechos y días de gloria, dedicados al suelo que los vió nacer.

Mientras tanto, héroes ignorados que habeis dado la vida por la patria, recibid de mi parte este pobre recuerdo, que os dedico con el alma, con el corazón, para que no quedeis olvidados, y siempre haya quien os imite, y nunca falten soldados valientes que defiendan las instituciones liberales de la República.

FIN.





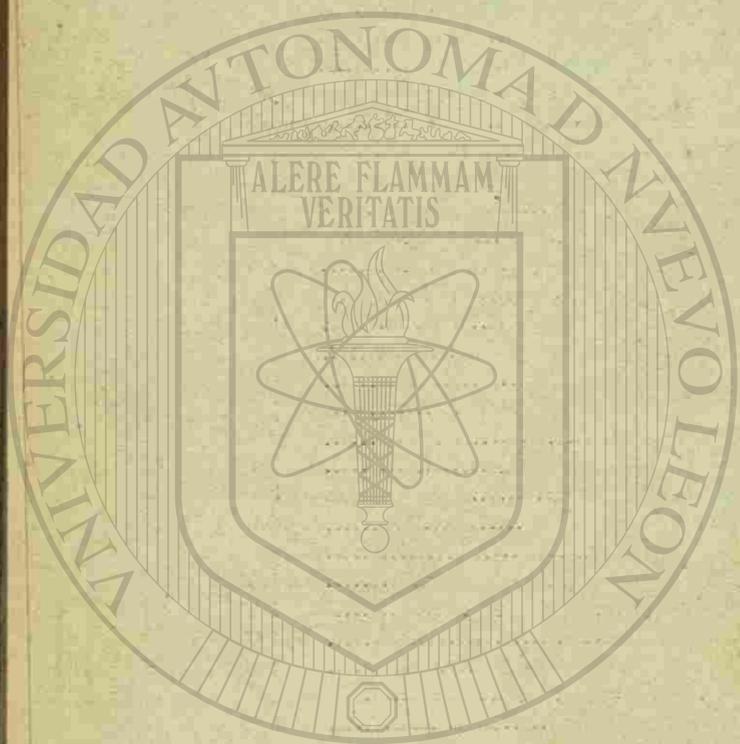
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

Capítulos.		Páginas.
	Introducción.	
I	La Patria es ofendida.....	1
II	Preliminares de la Soledad.....	7
III	El 5 de Mayo de 1862.....	10
IV	Hasta la rendición de Puebla.....	16
V	Principia la lucha contra el Imperio.....	24
VI	El destierro.....	28
VII	En Cozumel.....	33
VIII	La vuelta al hogar.....	39
IX	La conspiración.....	44
X	La primera victoria.....	49
XI	El sitio de Mukuyché.....	54
XII	El asalto de Tecoh.....	59
XIII	Capitulación de Izamal.....	62
XIV	Principia el sitio de Mérida.....	64
XV	La Razón del Pueblo.....	67
XVI	Avanzan las fortificaciones.....	71
XVII	La toma de Sisal.....	76
XVIII	Los días 4 y 5 de Mayo.....	80
XIX	El auxilio de Izamal.....	86
XX	Ataque al Comisariato.....	94
XXI	El día 4 de Junio.....	97
XXII	Captura del General Santa-Ana.....	102
XXIII	La conclusión de la guerra.....	107
XXIV	Consideraciones.....	115
XXV	La nueva Administración.....	121
XXVI	El 15 de Setiembre.....	128
XXVII	Continúa el anterior.....	136
XXVIII	El 16 de Setiembre.....	147
XXIX	Continúa el anterior.....	157
XXX	Noticias biográficas.....	165
XXXI	El General Manuel Cepeda Peraza.....	168
XXXII	Continúa el anterior.....	178
XXXIII	El Doctor Agustín O'Horán.....	186
XXXIV	Continúa el anterior.....	193
XXXV	Licenciado José Antonio Cisneros.....	200
XXXVI	Continúa el anterior.....	208
XXXVII	Doctor Ramón Albert.....	219
XXXVIII	Concluye la obra.....	225

FIN DEL INDICE.



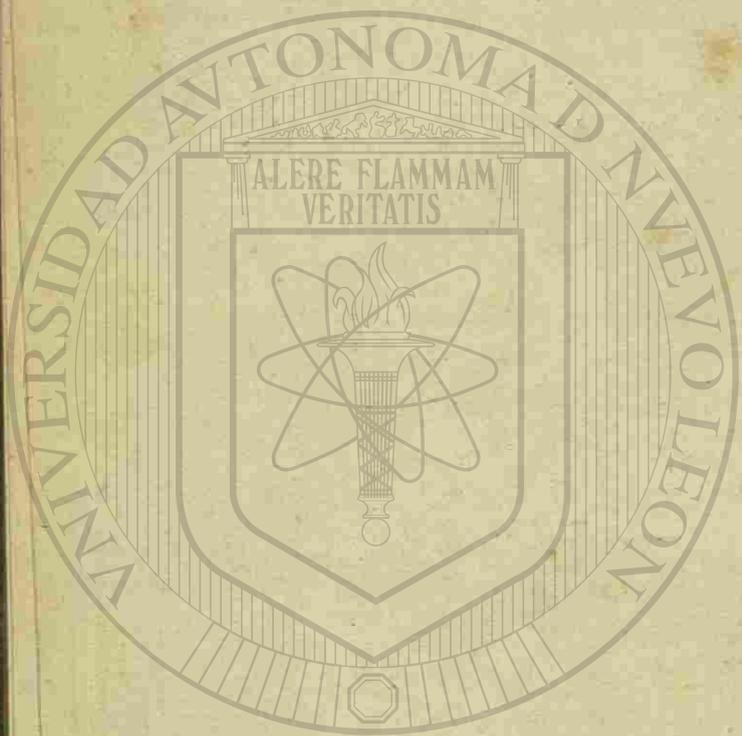
FE DE LAS ERRATAS MAS IMPORTANTES.

- Página 23 — línea 8 — dice: *de* — léase — *en*.
» 29 — » 26 — » *entreveer* — léase — *entrever*.
» 31 — » 29 — » *siembre* — léase — *siempre*.
» 38 — » 21 — » *fiete* — léase — *flete*.
» 80 — » 17 — » *nuestra* — léase — *nuestro*.
» 216 — » 1^a — » *unde* — léase — *funde*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



